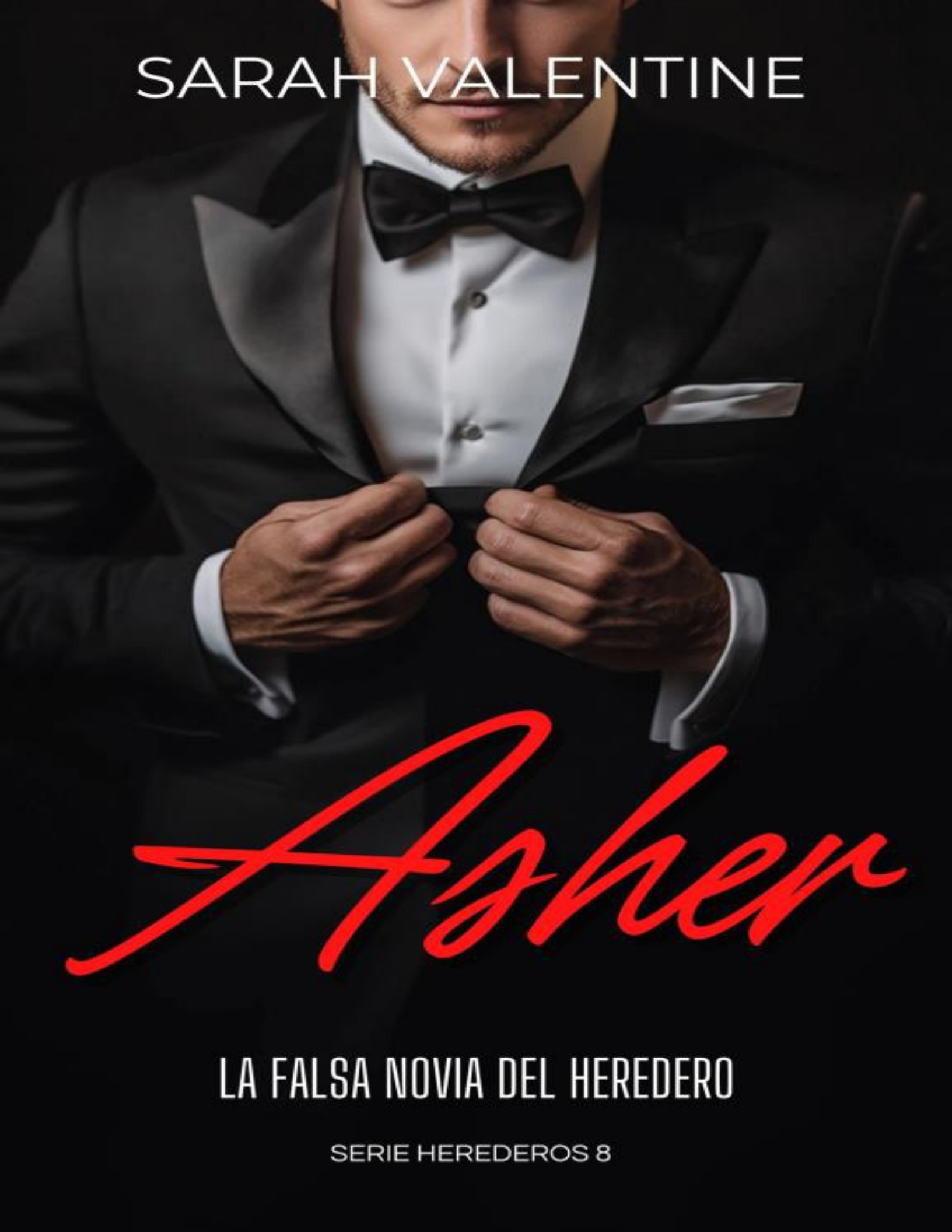

SARAH VALENTINE
Asher
LA FALSA NOVIA DEL HEREDERO
SERIE HEREDEROS 8

Índice

Asher. La falsa novia del heredero
Sinopsis
Dedicatoria
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo - Valerie
Epílogo - Asher
Nota de la autora
¿Dónde puedes encontrarme?
Tengo un regalo para ti
Encuentra aquí otras novelas de la autora

Asher.
La falsa novia del heredero
Serie Herederos, 8

Sarah Valentine

Sinopsis

Asher.
La falsa novia del heredero
Un romance lleno de intriga, pasión y secretos en el corazón de las Highlands

Cuando **Valerie** aceptó ser la asistente personal de **Asher O'Connor**, un heredero y magnate implacable con una tentadora sonrisa y una agenda caótica, jamás imaginó que su vida tomaría un **giro tan inesperado**.

Él necesitaba estabilidad para salvar su imperio empresarial. Ella, un trabajo que no implicara perder la cordura. ¿La solución de Asher? **Fingir un compromiso con la única persona que parecía inmune a sus encantos: Valerie.**

Lo que comenzó como un **trato puramente profesional** pronto se convierte en un **peligroso juego de sentimientos**. Entre cenas elegantes, reuniones con inversores y viajes a los paisajes más impresionantes de **Escocia**, los límites entre lo que es real y lo que es fingido comienzan a desdibujarse. Valerie descubrirá que, tras la arrogancia y la confianza de Asher, se oculta un hombre que lucha contra sus propios demonios. Y Asher encontrará en ella algo más que una solución temporal: **una razón para creer en el amor**.

¿Podrán ambos mantener el control en un acuerdo donde las emociones no estaban contempladas?

¿O se darán cuenta de que la mayor mentira fue no admitir lo que realmente sienten?

Asher. La falsa novia del heredero es mucho más que una **historia de amor**: es un viaje lleno de **pasión, segundas oportunidades** y la valentía de derribar las barreras que nos imponemos. Con una **química arrolladora, momentos de tensió**n que aceleran el **corazón** y **escenarios** que te transportarán, esta **novela es perfecta** para quienes buscan un **romance** que te atrape **desde la primera página** y te deje deseando un **amor tan intenso como inesperado.**

¡Atrévete a descubrirlo!

Sarah Valentine, autora de novelas románticas Best Sellers, como su serie Condes escoceses y su serie Duques escoceses, publica ahora ***Asher. La falsa novia del heredero*** (Serie Herederos), **Un romance lleno de intriga, pasión y secretos en el corazón de las Highlands**

Si te gustan las **historias 100% románticas**, lee las **novelas de Sarah Valentine.**

Para quienes buscan su final feliz,
porque todos merecemos uno.

© Sarah Valentine, 2025.
Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.
Los hechos que se narran y los personajes que aparecen en ese libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal.
Esta historia es una obra de ficción, por lo que cualquier coincidencia con la realidad es resultado del azar.

Prólogo

Valerie

El tren se desliza entre los paisajes de Escocia como si intentara escapar de algo. Afuera, la lluvia persiste, dibujando trazos incesantes sobre el cristal de la ventana. Es curioso cómo el agua parece fluir sin rumbo, buscando un destino que nunca llega a alcanzar, igual que yo. Sostengo un vaso de café entre las manos y noto el cartón empapado por la humedad, que empieza a filtrarse por todos lados. Ya está frío, pero sigo sujetándolo, como si fuera lo único sólido que tengo a mi alcance en este momento. Me recuesto contra el respaldo del asiento y dejo escapar un suspiro. Un sonido leve, casi imperceptible, que se pierde entre el traqueteo del tren. Llevo horas en este vagón y la sensación de estar atrapada no desaparece. La humedad, el frío y la soledad son abrumadores, pero no tanto como el eco de su nombre en mi cabeza: Asher O'Connor.

Incluso recordarlo me duele. Es como si cada letra de su nombre abriera una grieta profunda en mi pecho. Asher O'Connor, el hombre que me prometí no dejar entrar en mi vida, y quien, a pesar de mi esfuerzo, acabó cruzando todos los límites que me había jurado proteger de él.

Apoyo la frente contra el cristal. Está helado y esa frialdad parece calmar un poco el caos que siento dentro. Observo el paisaje que pasa con rapidez frente a mí, como si todo lo que me rodea estuviera huyendo también. Chasqueo la lengua y lanzo un hondo suspiro. Nunca debí aceptar su trato, me repito para mí mientras niego con la cabeza. Ahora lo tengo claro, pero en aquel momento creí que era la mejor opción. Parecía algo sencillo, sin complicaciones y dentro del ámbito profesional. Solo era una farsa que aparentaba ser fácil y que me beneficiaba.

¿Cómo iba a imaginar que ese acuerdo acabaría convirtiéndose en este caos emocional del que ahora intento escapar?

El día en que me propuso su plan, recuerdo que le miré como si hubiera perdido la cabeza. Él estaba frente a mí, apoyado en su escritorio con esa arrogancia suya que siempre me ha sacado de quicio. Como si el mundo entero estuviera a sus pies y solo tuviera que chasquear los dedos para que todo se adaptara a su voluntad y sin rechistar.

—Vamos, Valerie, no será tan difícil… No seas exagerada, mujer…

—¿Que no será difícil? Simular que soy tu prometida, mientras me miras con esa cara de suficiencia, va a ser un infierno.

Recuerdo que, al escucharme, él solo se encogió de hombros, divertido. Me regaló una de sus sonrisas, de esas que sabía que me irritaban tanto como me encantaban y, en ese momento, era cuando debería haber salido de su despacho sin mirar atrás. Pero no lo hice y, lo peor de todo fue que le dije que sí.

La voz metálica del altavoz del vagón interrumpe mis pensamientos para informar de que mi tren se aproxima a la estación de Waverley, en el corazón de Edimburgo. Todavía

faltan unos minutos, pero ya puedo ver a lo lejos las primeras luces de la ciudad entre la neblina. Mi estómago se contrae al reconocer el horizonte. Siento una mezcla de alivio y miedo que me invade. He pasado mucho tiempo intentando construir algo duradero y sólido aquí, pero ahora todo parece muy frágil, como si un simple soplo de aire pudiera desmoronarlo y acabar con todo. Lanzo un hondo suspiro y me recuesto en el asiento. El tren da un frenazo y el café se me cae de las manos y el líquido acaba en el suelo. Ni siquiera me molesto en recogerlo. Me inclino hacia adelante, apoyo los codos en las rodillas y cierro los ojos. La imagen de Asher sigue ahí, tan clara como si estuviera sentado frente a mí.

¿Cómo hemos acabado así?

¿En qué momento se desdibujaron los límites entre lo que era real y lo que solo fingíamos ser?

Quizá fue en Skye, bajo aquel cielo despejado, cuando me sonrió de una forma que no parecía que todo aquello solo era una mentira, la nuestra, y que él solo estaba actuando. O quizá fue aquella noche en su despacho, cuando su silencio fue más elocuente que cualquier palabra que pudiera decir. Bah, no tengo ni idea… Eso ya no importa. Lo único que tengo claro es que ahora estoy aquí, huyendo de todo.

El traqueteo del tren cambia de ritmo, anunciando que la estación cada vez está más cerca. Se me acelera la respiración, como si con cada metro que me acerca más a Edimburgo aumentara la presión en mi pecho. No debería volver. Lo sé. No después de cómo acabaron las cosas. Pero aquí estoy. No sé a qué otro lugar ir.

La lluvia arrecia contra las ventanas y oscurece el paisaje. Los campos verdes y las colinas desaparecen tras un velo gris y, por un momento, me pregunto si este es mi destino también: perderme tras una cortina de dudas y arrepentimientos. Resoplo mientras mis dedos juegan con la cadena que llevo al cuello, un gesto nervioso que no puedo evitar. Es un colgante sencillo, que mi madre me regaló antes de que todo se complicara. Me prometí no perderlo nunca, igual que me prometí tantas cosas que he acabado rompiendo por el camino. Lanzo un hondo suspiro y niego levemente con la cabeza.

Me viene a la cabeza la última vez que vi a Asher. Fue en su apartamento, justo antes de decidir que era hora de marcharme. Había algo en su mirada que me detuvo en la puerta, algo que casi me hizo volver. Pero no lo hice. Le di la espalda y me marché, dejando atrás no solo a él, sino a una parte de mí que no sé si recuperaré.

No sé si él siente lo mismo que yo. Si continúa en su despacho perfectamente ordenado, pensando en mí, o si ha seguido adelante con la facilidad con la que siempre parece hacer frente a todo. Aunque, en el fondo, sé que esa imagen que proyecta no es real. He visto lo que hay detrás de la apariencia que intenta dar y eso fue precisamente lo que me atrapó.

La estación de Waverley aparece finalmente al otro lado de los cristales del vagón. Los edificios góticos de la ciudad emergen entre la lluvia, imponentes y sombríos. El castillo de Edimburgo se alza en la distancia, como un recordatorio de todo lo que intenté construir aquí. Pero ¿qué me queda ahora?

El tren se detiene con un chirrido metálico y me quedo en mi asiento unos segundos más, incapaz de moverme. Por el altavoz, una voz metálica anuncia que el tren ya ha llegado y las puertas se abren tras un silbido. El aire frío entra en el vagón y me cala hasta los huesos. Recojo mi bolso y me pongo de pie, sintiendo cómo me tiemblan las piernas. Cada paso que doy hacia la salida es más pesado que el anterior. Afuera, la gente camina deprisa bajo paraguas y abrigos mojados, ajena a mi lucha interna.

Doy un paso fuera del tren y la lluvia me golpea la cara, fría y persistente. En este

preciso momento, me doy cuenta de que no importa cuánto intente huir, porque por muy lejos que trate de esconderme, el amor siempre siempre encontrará la manera de perseguirme.

Capítulo 1

Valerie

La oficina de O’Connor Enterprises tiene una energía peculiar, es algo a medio camino entre la seriedad de una multinacional y la sensación constante de que todo podría desmoronarse en cualquier momento. En este lugar, el caos no es un accidente, es una constante. Y yo, la asistente ejecutiva de Asher O’Connor, soy la única persona que parece ser consciente de eso.

Entro al edificio con la puntualidad que se espera de mí, sujetando un café que ya comienza a enfriarse y un maletín lleno de carpetas que probablemente ni siquiera llegarán a abrirse hoy. La recepción está impecable, como siempre, pero eso es solo parte de la buena imagen que O’Connor pretende que dé su empresa. Subo al ascensor, ajustándome el moño y repasando mentalmente la agenda del día, porque sé que nadie más lo hará.

Cuando las puertas se abren en la planta catorce, la primera visión que tengo es la de un grupo de empleados apiñados alrededor de una pantalla. Sus murmullos me indican que algo va mal.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, acercándome mientras intento que mi voz no suene demasiado impaciente.

Un chico del departamento de marketing, cuyo nombre nunca consigo recordar, se gira hacia mí con cara de preocupación.

—El proveedor de Singapur ha cancelado el envío de hardware. Dicen que no tienen la confirmación del pago.

Sujeto el asa de mi maletín con fuerza y respiro hondo antes de responder.

—¿Y alguien se ha molestado en revisar con contabilidad si realmente han hecho el pago o simplemente estáis aquí mirando la pantalla como si eso fuera a solucionarlo?

El chico balbucea algo incomprensible, pero yo ya estoy sacando mi móvil para llamar al jefe de finanzas. Siempre igual. Este lugar no necesita más empleados, necesita un milagro.

—Valerie, ¿has visto el correo de Asher? —dice una voz conocida a mi espalda.

Me giro y encuentro a Sophie, la secretaria de la planta, con una pila de documentos entre las manos. La miro y compruebo que su expresión refleja el mismo cansancio que siento yo.

—No. ¿Qué ha hecho ahora? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Ha cancelado la reunión con los inversores de las diez. Dice que la quiere mover a la tarde, pero no me ha confirmado la hora.

—¿Cómo que la ha cancelado? ¿Y piensa avisar él a los inversores o también espera que lo haga yo?

Sophie me lanza una mirada de empatía, pero no tiene respuesta. Por supuesto, soy yo quien tendrá que encargarse de todo. Resoplo y apresuro mi paso hasta que entro en mi

despacho y dejo las carpetas sobre la mesa, ignorando el pitido insistente de mi correo electrónico. Decido no mirarlo todavía. Primero necesito reorganizar la agenda del día para acomodar el nuevo capricho de Asher O'Connor. Sin embargo, mientras reviso las notas, suena mi móvil.

—Dime que ya estás aquí —respondo sin preámbulos.

La risa al otro lado de la línea es inconfundible.

—Buenos días, Valerie. ¿Así tratas siempre a tu jefe?

—Así trato a los que me hacen reorganizar una agenda completa sin previo aviso. ¿Dónde estás?

—En casa. Pensaba que teníamos la reunión más tarde.

—No, Asher, la reunión es a las diez. Bueno, era, porque ahora tendré que convencer a un grupo de inversores de que tus constantes cambios no quiere decir que estés improvisando —le digo rodando los ojos.

—Confío en que lo harás bien. Por eso te contraté.

El descaro de su respuesta me hace apretar los dientes.

—Llegaré en veinte minutos —añade, antes de acabar nuestra llamada sin nisiquiera despedirse, algo habitual en él..

Cuelgo el teléfono con más fuerza de la necesaria y vuelvo al ordenador para enviar los correos pertinentes. Mientras redacto las excusas, escucho pasos acercándose a mi despacho. Levanto la mirada justo a tiempo para ver a Sophie entrar con un café en la mano.

—He pensado que lo necesitarías —me dice, dejándolo sobre mi mesa.

—Gracias. Hoy va a ser uno de esos días… —le respondo soltando un resoplido sin apartar la mirada de la pantalla de mi ordenador.

—Siempre lo es con él —añade encogiéndose de hombros.

Asiento, pero no digo nada más. En el fondo, sé que tiene razón. Asher O'Connor es el epicentro del caos, y yo, por algún motivo que no alcanzo a entender, soy la única capaz de seguirle el ritmo.

Cuando Asher finalmente llega, son casi las once. Entra en la oficina como si nada, con su chaqueta sobre el hombro y la corbata floja. El pelo lo lleva ligeramente despeinado de una manera que parece más intencionada que accidental, y esa sonrisa arrogante, que siempre luce, me hace querer gritar.

—Buenos días a todos —saluda mientras atraviesa la sala con paso seguro.

Yo me cruzo de brazos y lo espero junto a la puerta de su despacho. Cuando llega a mi lado, le lanzo una mirada, que espero que sea lo suficientemente elocuente.

—¿Problemas? —me pregunta con una expresión de inocencia fingida.

—Siempre los hay contigo. Tenemos que hablar.

Sin esperar respuesta, entro en su despacho y cierro la puerta tras nosotros. Asher me sigue y deja su chaqueta sobre el respaldo de la silla antes de sentarse con toda la calma del mundo.

—¿Qué sucede ahora? —pregunta, como si no tuviera la menor idea de lo que ha provocado.

—¿De verdad necesitas que te lo explique? Has cancelado la reunión de las diez sin avisar y, además, llegas tarde. Otra vez.

Él se reclina en su silla, con las manos detrás de la cabeza y esa sonrisa de suficiencia que tanto me irrita.

—Vamos, Valerie. Sabes que confío en ti para manejar estas cosas. Eres la mejor

en lo que haces.

—Eso no significa que puedas dejarme a cargo de todo, mientras tú te paseas como si nada —le respondo, sintiendo cómo mi paciencia comienza a agotarse.

Asher me observa en silencio durante un momento, aunque veo algo en su mirada que me desconcierta. No es la típica arrogancia que suelo observar en él. Parece que está a punto de decir algo importante, pero entonces, justo en ese instante, suena su móvil.

—Tengo que responder —me dice señalando la pantalla.

Sin esperar mi respuesta, contesta al teléfono y empieza a hablar con alguien al otro lado de la línea. Me quedo donde estoy, cruzada de brazos, observándolo. A veces me pregunto cómo una persona puede ser tan exasperante y, al mismo tiempo, tan… hipnotizante. Pero no me permito albergar ese pensamiento demasiado rato, no puedo permitirmelo. No con él y, mucho menos, en este momento.

Cuando acaba de hablar, me lanza una mirada rápida antes de volver a sonreír.

—¿Decías algo?

—Nada que vayas a escuchar —le respondo recogiendo mi carpeta de la mesa.

Asher se echa a reír mientras salgo de su despacho, pero no miro atrás. Necesito un momento para recuperar la calma. El día apenas ha comenzado, y sé que no será menos caótico que cualquier otro en O’Connor Enterprises.

Capítulo 2

Valerie

Los lunes en las oficinas de O'Connor Enterprises no deberían llamarse lunes., deberían llamarse día del caos. Mientras camino por los pasillos, esquivando compañeros con tazas de café y carpetas que parecen explotar de papeles, no puedo evitar pensar en lo poco que ha cambiado esta rutina en los años que llevo aquí. No hay agenda que aguante, ni plan que sobreviva al ciclón Asher O'Connor.

Mi teléfono vibra justo cuando estoy a punto de entrar en la sala de reuniones. Al ver el mensaje, siento una mezcla de irritación y resignación que se ha vuelto tan habitual como el café frío en mi mesa:

Asher O'Connor:
Llegaré en 10 minutos. Haz lo tuyo y sálvame el culo.

—Claro que sí, Asher, cómo no —mascullo mientras pulso la pantalla para apagar el molesto brillo del mensaje.

Diez minutos en el idioma de Asher significan veinte o tal vez treinta, si tiene suerte y no se distrae con alguna conversación trivial o cualquier otra tontería, que para él sea de vital importancia. Por supuesto, para entonces, los inversores que esperan pacientemente en la sala estarán a punto de irse, si no lo han hecho ya. Los observo a través de la puerta de cristal: trajes impecables, miradas calculadoras y el tipo de expresiones que indican que su tiempo vale dinero, mucho dinero.

Respiro hondo, aliso mi falda y entro a la sala de reuniones.

—Buenos días, señores. El señor O'Connor se disculpa por la demora. Un imprevisto le ha retenido, pero estará aquí en unos minutos —les digo con tono profesional y la mejor de mis sonrisas.

Uno de ellos, un hombre mayor con gafas de montura metálica arquea una ceja con un gesto escéptico. Sé perfectamente lo que está pensando: «¿Otra vez tarde?». Por desgracia, no es la primera vez que lidio con esta situación por culpa del *señor* O'Connor.

—Mientras tanto, si les parece, puedo ir adelantándoles algunos de los puntos principales que discutirán en la reunión de hoy.

Me siento al extremo de la mesa, abro mi carpeta y comienzo a hablar. Explico los objetivos, las cifras y el plan de expansión. Todo lo que Asher debería estar presentando en este momento, pero que, por supuesto, recae sobre mí cada vez que él decide saltarse el protocolo por cualquiera de sus *imprevistos* habituales.

Cuando mi teléfono vuelve a vibrar, me apresuro a sacarlo para leer el mensaje:

Asher O'Connor:
¿Siguen allí?

—Sí, claro que siguen aquí —susurro entre dientes, ignorando la mirada inquisitiva de uno de los inversores. Escribo rápidamente una respuesta:

Valerie:
No tardes.
Empiezan a impacientarse.

Unos minutos después, la puerta de la sala se abre y tras ella aparece. Asher O'Connor, el hombre que convierte el desaliño en una declaración de estilo. Su camisa blanca tiene el cuello abierto, dejando a la vista el inicio de un tatuaje que sube por su clavícula y se pierde bajo la tela. La corbata cuelga floja, como si hubiera sido un accesorio opcional, y su chaqueta, que debería estar perfectamente abrochada, está sobre su hombro como si acabara de quitársela.

—Buenos días, caballeros. Lamento el retraso —dice mientras ocupa su lugar en la cabecera de la mesa, lanzando una de sus irresistibles sonrisas, que podrían convencer a cualquiera de que no tiene un solo defecto.

Desde mi asiento, lo observo con frustración. Asher es exasperante. Despreocupado, arrogante y absolutamente infalible cuando se trata de salirse con la suya. Y, sin embargo, hay algo en él que siempre consigue desarmarme. Me lanza una mirada rápida antes de centrar su atención en los inversores. Su sonrisa se ensancha y sus gestos se vuelven más precisos y calculados. Es un maestro de la improvisación, un hombre que puede entrar en una sala sin haber preparado nada y salir con un acuerdo firmado.

—Sé que el tiempo de todos es valioso, así que seré breve. Como saben, nuestra propuesta para la expansión en el mercado asiático es ambiciosa, pero tenemos los recursos y la experiencia necesaria para llevarla a cabo con éxito.

Lo escucho hablar, admirada a pesar de mí misma. Las palabras fluyen de su boca con una facilidad que me enfurece. Es imposible no reconocer su talento, incluso cuando me saca de quicio. Pero mientras él despliega su magia, yo estoy pensando en los documentos que revisé anoche hasta la madrugada y en las presentaciones que preparé para que él tuviera todo bajo control.

Entonces, uno de los inversores interviene.

—Todo esto suena muy bien, señor O'Connor, pero hay algo que nos preocupa.

Asher se detiene y lo observa con atención, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—Estoy aquí para resolver cualquier duda, así que no duden en plantearme todas las preguntas que tengan.

El hombre se ajusta las gafas sobre el puente de su nariz y toma la palabra.

—Estamos hablando de una inversión importante y queremos asegurarnos de que trabajamos con alguien que no solo sea estable financieramente, sino también en el plano personal. Necesitamos saber que podemos confiar en su compromiso, tanto profesional como personal.

Por primera vez en toda la reunión, Asher parece desconcertado. Lo veo tensarse, aunque disimula rápidamente dibujando una sonrisa en su cara. Sin embargo, reconozco esa chispa en sus ojos, una señal de que está a punto de hacer algo que complicará mi vida.

—Entiendo perfectamente sus preocupaciones —dice con un tono amable. Su mirada se desvía hacia mí y, de repente, me siento como un ratón atrapado por un gato juguetón —. Y tengo el placer de anunciarles que mi vida personal está en vías de estabilizarse más que

nunca.

¿Qué?

—De hecho —continúa, volviendo a mirar a los inversores mientras su sonrisa se ensancha—, estoy comprometido.

Mi cerebro se detiene por un segundo. No entiendo nada.

—¿Comprometido? —repite uno de los inversores, claramente interesado.

—Así es. Con mi maravillosa asistente, Valerie.

Al escuchar lo que acaba de decir, el mundo entero parece detenerse. Por un momento, todo lo que puedo oír en este instante es el latido de mi corazón resonando en mis oídos. Intento procesar lo que acaba de decir, pero mi mente no responde.

—Valerie, cariño, ¿quieres venir un momento?

No sé cómo, pero mis piernas me llevan hasta donde él está. Mi mente sigue intentando encontrar una explicación lógica, mientras Asher me toma de la mano con una sonrisa radiante.

—No sé qué haría sin ella —añade, dirigiéndose a los inversores.

Siento su pulgar rozar mi mano, un gesto que debería parecer tierno, pero que solo consigue aumentar mi confusión y mi irritación. Por fuera, sonrío, aunque, por dentro, solo quiero estrangularlo.

La reunión continúa y Asher sigue con su espectáculo, mientras yo me limito a asentir y fingir que todo está bajo control. Pero sé que en cuanto esta sala se quede vacía, vamos a tener una conversación a solas y muy seria.

Cuando los inversores finalmente se marchan, cierro la puerta y me giro hacia él.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Asher se recuesta en su silla, despreocupado.

—Una solución rápida a un problema inesperado —suelta encogiéndose de hombros.

—¿Una solución rápida? ¿Decirles que estamos comprometidos? ¿Cómo se te ocurre? —pregunto fuera de mí con los ojos muy abiertos.

Él se encoge de hombros de nuevo, como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Ha funcionado, ¿no?

—Ese no es el tema —le contesto con tono cortante.

—Entonces, ¿cuál es? —pregunta alzando una ceja con suficiencia.

Quiero gritarle, pero me contengo. Asher siempre encuentra la forma de salirse con la suya, pero esta vez ha ido demasiado lejos y ha cruzado una línea que es infranqueable, al menos, para mí.

—No puedes tomar decisiones así sin consultarme.

Él se levanta de la silla y se acerca, reduciendo la distancia entre nosotros. Su proximidad es desconcertante y su mirada, intensa.

—Necesito que seas mi prometida —dice con una seriedad que no esperaba.

Lo miro, intentando descifrar si realmente está siendo sincero o si esto es solo otra de sus estrategias.

—Eso es una locura —murmuro, más para mí misma que para él.

—Lo sé —responde, con una leve sonrisa.

La chispa de desafío en su mirada sigue ahí, pero también hay algo más, que no sé cómo interpretar.

—Por favor, Valerie. Solo será algo temporal.

Esas palabras, *por favor*, suenan extrañas saliendo de su boca. Por un momento, pienso que quizá esta vez realmente está en un aprieto, porque hablarme así no es propio de él. Sus ojos, de un grisl tan intenso que a veces parecen imposibles, me sostienen la mirada. Quiero decirle que no, que esto no tiene ningún sentido, pero las palabras no salen de mis labios y, mucho menos, de mi garganta. En lugar de eso, asiento.

—Vale. Pero más te vale que esto no se te vaya de las manos.

Asher sonríe y, por un segundo, me arrepiento de haber aceptado. Sé que esto no terminará bien.

Y, sin embargo, aquí estoy, otra vez, dejándome arrastrar por el caos de Asher O’Connor.

Capítulo 3

Valerie

El salón del piso que comparto con Lily, mi mejor amiga, es el único lugar donde siento que puedo ser yo misma. Es un espacio caótico, lleno de cojines coloridos que Lily insiste en renovar constantemente y de plantas que sobreviven milagrosamente a nuestros descuidos. Aquí no hay inversores con miradas frías, ni reuniones que requieran improvisaciones para salvar el culo a O'Connor. Aquí sólo estamos ella y yo, mi única conexión con la normalidad que parece no existir en ningún otro ámbito de mi vida.

Al llegar a casa, dejo caer mi bolso junto a la puerta y me desplomo en el sofá. Todavía llevo puestos los tacones, pero estoy demasiado agotada como para quitármelos. Desde la cocina, Lily aparece con su energía habitual y dos tazas de café. Se mueve como si flotara, ajena al cansancio que arrastro desde hace días.

—Vale, ¿qué te ha hecho esta vez? —me pregunta, dejando una taza sobre la mesa frente a mí.

No respondo de inmediato. Recojo el café, lo huelo y dejo escapar un suspiro.

—Ha decidido que somos pareja.

Lily se detiene en seco, como si hubiera escuchado mal lo que le acabo de decir. Acto seguido, estalla en carcajadas, tan contagiosas que incluso me cuesta mantener mi expresión de indignación.

—¿Qué? —Logra decir entre risas—. ¿Cómo que sois pareja?

—Hoy, delante de los inversores, ha anunciado que estamos comprometidos. Así, sin más, sin avisarme, sin un mínimo de consideración —resoplo indignada.

Lily se desploma en el sillón frente a mí, con una mano en el pecho como si intentara calmarse.

—Esto es increíble. ¡Valerie, estás prometida! —me dice, todavía riéndose.

—Me alegra que te haga gracia, porque yo estoy a punto de perder la cabeza.

—Vale, vale. —Levanta las manos, aunque su sonrisa persiste—. A ver, cuéntamelo todo desde el principio.

Suspiro y me paso una mano por el pelo y me deshago el moño que he llevado todo el día.

—Hoy ha sido un día de locos. Otro día más, quiero decir…—resoplo antes de continuar—-. Como siempre, ha llegado tarde, con su chaqueta al hombro, su corbata floja y esa maldita sonrisa *de puedo salirme con la mía* en los labios. En el momento en el que se ha presentado, yo estaba intentando salvar la reunión y, de repente, se gira y dice, delante de todo el mundo, que estamos comprometidos.

Lily se lleva una mano a la boca, intentando contener otra carcajada.

—Y tú, ¿qué has hecho?

—¿Qué iba a hacer? —Levanto los brazos, frustrada—. Me he quedado paralizada. No me ha dejado tiempo para reaccionar. Antes de que me diera cuenta, estaba a su lado, sosteniendo su mano y sonriendo como si todo fuera parte de un plan romántico perfectamente orquestado.

—Oh, por favor, dime que al menos le has gritado cuando os habéis quedado a solas.

—Claro que lo he hecho. Pero, ya sabes cómo es… No le importa nada. Me ha mirado como si fuera yo la que estaba exagerando y ha dicho que era una solución práctica.

Lily me observa con esa mirada suya de hermana mayor que intenta ser seria, pero que no puede evitar disfrutar de la situación.

—¿Y qué te molesta más que lo hiciera sin consultarte o que ahora tengas que pasar más tiempo cerca de él?

—¿Qué? —La miro, horrorizada—. ¿Cómo puedes siquiera insinuar eso?

—Valerie, llevo siendo tu compañera de piso más de cinco años. Te conozco mejor que tú misma.

—Eso no tiene nada que ver. Asher es…

—Guapo, encantador, seguro de sí mismo y completamente insoportable... Sí, todo eso ya me lo sé. Pero también sé que te desconcierta.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, como una acusación que no puedo negar, porque, en el fondo, tiene razón. Hay algo en Asher que me desconcierta y que me despierta una mezcla de emociones que no sé cómo manejar.

—Deja de mirarme así. —Cruzo los brazos, intentando protegerme de su análisis —. No hay nada entre nosotros —le digo intentando sonar tan tajante como puedo.

—Lo que tú digas. —Se encoge de hombros, pero su sonrisa traviesa no le desaparece de los labios—. Pero si te sirve de consuelo, no tienes que decidirlo ahora. Mientras tanto, déjame distraerte con mi propia vida amorosa.

—¿Qué? —frunzo el ceño, intrigada—. ¿Qué vida amorosa?

Lily se inclina hacia adelante, disfrutando de mi reacción.

—Ayer, por fin, Max me invitó a salir.

—¿Max? ¿El camarero del bar donde siempre pedimos pizza?

—Exactamente.

—¿Y cómo fue?

—Pues... interesante. —Se detiene un momento, como si buscara las palabras adecuadas—. Es diferente a lo que estoy acostumbrada. No va rápido, no intenta impresionar con grandes gestos. Simplemente está ahí, presente.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es… raro. —Su sonrisa se desvanece ligeramente—. Estoy acostumbrada a chicos que me aburren o que solo quieren algo superficial. Pero Max... parece que realmente quiere conocerme.

—¿Y eso te asusta?

—Un poco. —Juega con un mechón de su pelo, una rareza en ella, que siempre es tan segura—. No estoy acostumbrada a esto, a que alguien parezca interesado en algo de verdad.

Por un momento, las dos nos quedamos en silencio, cada una inmersa en sus propios pensamientos.

—Creo que deberías darle una oportunidad. —le digo con un tono más suave—. Quizá Max sea exactamente lo que necesitas.

Lily me mira con una mezcla de gratitud y algo que no sé identificar del todo.

—Tal vez tengas razón. —Hace una pausa antes de añadir con una sonrisa—. Pero, mientras tanto, ¿por qué no te planteas hacer lo mismo con cierto jefe encantador y caótico?

—Ni lo sueñes. —Ruedo los ojos, aunque no puedo evitar sonreír.

Pasamos el resto de la tarde hablando de cosas triviales, riéndonos y disfrutando de la compañía mutua. Pero cuando me voy a la cama, los pensamientos sobre Asher vuelven a invadirme. Su sonrisa, su mirada, incluso el tono de su voz cuando dice mi nombre… Todo está ahí, como un eco persistente que no soy incapaz de ignorar.

Mientras me acuesto, me giro sobre el colchón, intentando encontrar una posición cómoda, pero la imagen de Asher no me deja tranquila. Hay algo en él, algo que sigue presente en mí, como un secreto susurrado que se niega a desaparecer. Y eso, me guste o no, me asusta.

Capítulo 4

Asher

El despacho de mi padre en la casa familiar siempre me ha parecido más una sala de interrogatorios que un lugar de trabajo. La madera oscura, el olor a cuero y el silencio que lo envuelve tienen un peso asfixiante. Es el escenario perfecto para que Richard O'Connor, mi padre y el anterior dueño de la empresa, hasta que yo la heredé, me deje claras cuáles son sus expectativas, que nunca han sido bajas. Y aun así, cada vez que me siento frente a él, siento que no importa cuánto me esfuerce, jamás seré suficiente para él, nunca lo haré tan bien como él lo hizo antes de que *su* empresa pasara mis manos. Y, evidentemente, hoy no ha sido distinto.

Su voz ha continuado resonando en mi cabeza incluso después de salir de allí. «No basta con tener buenas ideas, Asher. Los inversores quieren confiar en ti como hombre, no solo como empresario». Sus palabras son una mezcla de desprecio y consejo, envueltas en esa habilidad suya para hacer que todo lo que digo o hago parezca un fracaso. Por mucho que intente demostrarle que puedo dirigir la empresa sin su ayuda, siempre encuentra una manera de hacerme sentir como un niño jugando a ser adulto.

De vuelta a mi despacho, intento concentrarme en el informe que tengo abierto en la pantalla del ordenador, pero las palabras de mi padre se interponen dentro de mi cabeza sin darme tregua. Levanto la mirada y observo el horizonte de Edimburgo a través de los grandes ventanales. Las luces de la ciudad comienzan a encenderse y, por un momento, pienso en cómo sería todo si no llevara el apellido O'Connor.

Llamarme O'Connor ha sido durante toda mi vida un arma de doble filo. Así lo describiría. Mi apellido me ha abierto puertas, pero también me ha hecho arrastrar con un peso que a veces tengo la sensación de que no puedo soportar. Ser un O'Connor significa tener un legado que mantener, pero también unas expectativas imposibles de cumplir, especialmente a ojos de mi padre.

A veces, desearía ser un don nadie.

Resoplo y me paso una mano por el pelo, despeinándolo aún más. No puedo permitirme este tipo de pensamientos ahora. Hay demasiado en juego. La expansión al mercado asiático no es solo una estrategia empresarial; es mi oportunidad de demostrar que puedo hacerlo solo y que no necesito la fortuna ni la influencia de mi familia para tener éxito. Pero para convencer a esos inversores, necesito algo más que números y promesas. Necesito aparentar estabilidad y, según ellos, eso empieza por tener una pareja al lado.

Nunca me he planteado casarme. Ni siquiera una relación seria. Las conexiones humanas nunca han sido mi fuerte, y menos cuando implican abrirme emocionalmente. Prefiero el control, la independencia y la libertad de no depender de nadie. Pero ahora, esa libertad se ha convertido en mi mayor obstáculo.

La puerta de mi despacho se abre sin previo aviso, y Valerie entra con su habitual

expresión de cansancio mezclada con su marcada determinación. Está preciosa, como siempre, aunque dudo que ella lo sepa. Lleva el cabello recogido en un moño que empieza a deshacerse, dejando mechones sueltos alrededor de su cara. Sus ojos marrones claros, que suelen reflejar irritación conmigo, hoy tienen un brillo particular.

—¿Qué necesitas? —me pregunta, sin preámbulos, dejando una carpeta sobre mi escritorio.

La miro durante un instante, intentando ordenar mis pensamientos. No es la primera vez que Valerie salva mi pellejo, pero esta vez necesito pedirle algo que va mucho más allá de su contrato como mi asistente personal.

—Siéntate —le digo, señalando la silla que tengo frente a mí.

Ella me observa con desconfianza, como si supiera que estoy a punto de soltar alguna de mis típicas ocurrencias. Sin embargo, se sienta, cruzando las piernas y apoyando las manos en su regazo.

—¿Qué has hecho ahora, Asher? —su tono es una mezcla de exasperación y curiosidad.

—Nada… todavía —respondo, apoyándome en el respaldo de mi silla y estudiándola.

Valerie es la persona más competente que he conocido, y también la única que no se deja impresionar por mis encantos. Tal vez por eso estoy a punto de pedirle algo tan absurdo como esto.

Ella arquea una ceja, impaciente.

—Vale, suéltalo ya.

Respiro hondo antes de hablar.

—Necesito que finjas ser mi prometida, de verdad, lo de ayer no fue ninguna locura. El silencio que sigue a mi frase es tan espeso que casi puedo oír los engranajes de su mente procesando mis palabras. Su expresión pasa de la incredulidad al enfado en cuestión de segundos.

—¿Perdona? Esa locura que soltaste ayer en la reunión no tiene ningún tipo de sentido —me recrimina abriendo mucho los ojos.

—Lo sé, pero es por los inversores. Quieren ver estabilidad en mi vida personal y tú eres la única persona en la que confío para hacer algo así.

—¿Estabilidad? —repite, con una risa seca—. ¿Y tu gran idea es inventarte un compromiso? ¿Conmigo?

—Es solo una farsa, Valerie. Nadie más lo sabrá. Solo tenemos que aparentar durante unos días que estamos prometidos. Por favor, solo hasta que cierre el trato.

Ella se levanta de golpe, como si la silla le quemara.

—Esto es una locura... Una cosa es organizar tus reuniones y salvarte el cuello cuando llegas tarde, pero esto… Esto es mezclar lo profesional con lo personal, y no voy a hacerlo.

Me pongo de pie, intentando calmarla.

—No estoy mezclando nada. Es solo una estrategia, una solución temporal. No significa nada.

—¿No significa nada? —se gira para mirarme, con el ceño fruncido—. ¿De verdad crees que puedes jugar con algo así y esperar que no tenga consecuencias?

—Tú eres la única que puede hacerlo funcionar. Por favor, Valerie —le ruego poniendo las manos frente a mi pecho con los dedos entrelazados.

Mis palabras parecen detenerla por un momento. No suelo rogar y creo que ambos lo sabemos. Me acerco, reduciendo la distancia entre nosotros. Su expresión sigue siendo tensa, pero hay algo en su mirada que me dice que está considerando mi propuesta, aunque no quiera admitirlo.

—Esto no es solo por la empresa —le digo bajando el tono de voz—. Es mi oportunidad de demostrar que puedo hacerlo a mi manera. Sin mi padre y sin la sombra de mi apellido. Y tú… Tú eres la única persona que sé que puede ayudarme.

Valerie me observa en silencio, como si intentara descifrar si estoy siendo sincero o si esto es solo otra de mis estrategias. Por un instante, creo que va a rechazarme, pero entonces suspira y niega con la cabeza.

—Esto va a ser un desastre —murmura, más para sí misma que para mí, negando con la cabeza.

—Entonces, ¿aceptas?

—Acepto —responde al fin con una mirada de resignación—. Pero si esto se te va de las manos, me aseguraré de que lo lamentes.

Una sonrisa se dibuja en mi cara, aunque intento no demostrarme demasiado exultante por haberme salido de nuevo con la mía. Sé que esto no será fácil, pero con Valerie a mi lado, tengo una oportunidad.

—Gracias —le digo con sinceridad.

Ella resopla y se cruza de brazos.

—Aún no me las des. Esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 5

Valerie

Cuando Asher me lo dice, no sé si reírme o lanzarle mi taza de café.

—¿Una cena elegante? —repito, intentando contener la risa—. ¿En serio?

Él me observa desde el otro lado de su despacho, con esa seguridad que siempre lo rodea. Apoya las manos en la mesa, ligeramente inclinado hacia adelante, como si esperara que yo me echara a sus pies con gratitud.

—No es una cena cualquiera. Es con los principales inversores—aclara, como si eso lo explicara todo—. Y necesito que vengas como mi prometida.

La palabra *prometida* flota de nuevo en el aire, absurda y fuera de lugar. Cruzo los brazos y me recuesto en la silla, tratando de procesar lo que acaba de decir.

—No sé qué es más ridículo, O'Connor: que te hayas inventado este compromiso o que realmente creas que voy a hacer toda la pantomima.

—Valerie… —comienza, arrastrando mi nombre como si con eso pudiera convencerme.

Le levanto una mano para detenerle.

—No. Ni siquiera empieces.

Pero, por supuesto, Asher O'Connor no es el tipo de hombre que se rinde fácilmente.

—Es importante, Valerie. Necesito que los inversores vean que soy más que un empresario. Necesitan estabilidad, y tú eres perfecta para ayudar a transmitírsela.

—¿Y qué pasa si les digo la verdad? —respondo, retándole.

Él sonríe. Esa sonrisa que siempre parece decir *puedo convencerte de lo que sea*.

—Si lo haces, estaré arruinado. Y entonces tendrás que buscarte otro trabajo.

Resoplo, frustrada al escucharle. Asher siempre sabe cómo presionarme donde más me duele. Me inclino hacia adelante y le miro directamente a los ojos.

—Muy bien. Pero que conste que solo lo hago, porque no quiero volver a enviar currículums.

—Lo sabía. —Su sonrisa se ensancha, y se recuesta en su silla con una satisfacción que me saca de quicio.

—Eso no significa que disfrute de tus locuras.

—No te preocupes, Valerie. Te prometo que lo disfrutarás más de lo que crees.

Y con esa última frase, me lanza un guiño antes de volver a concentrarse en su pantalla.

Horas después, cuando pienso que tengo algo de tiempo para relajarme, Asher aparece en mi despacho con su característico aire de *tengo un plan*.

—Vamos —ordena, sosteniendo las llaves de su coche en una mano.

Lo miro desde mi silla, sin inmutarme.

—¿A dónde?

—De compras.

—¿De compras? —repito arqueando una ceja—. Tengo un vestido negro perfectamente aceptable para esta cena.

—No para lo que tengo en mente.

Su tono no admite discusión y, antes de darme cuenta, estoy sentada en el asiento del copiloto de su deportivo, con el motor rugiendo mientras recorremos las calles de Edimburgo. El interior del coche es una declaración de lujo, con asientos de cuero y detalles que gritan exclusividad, algo que me hace sentir totalmente fuera de lugar, aunque intento disimularlo.

—Esto es innecesario —murmuro, mirando por la ventana mientras pasamos junto a tiendas que parecen más galerías de arte que establecimientos normales.

—No lo es —me responde sin apartar la vista de la carretera—. Esta cena es importante, y tú mereces lo mejor.

Su tono es tan convincente que casi me hace olvidar lo absurdo de la situación. Pero solo casi.

Las tiendas que visitamos no son simplemente exclusivas; son mundos aparte. Entramos en una boutique donde cada detalle, desde los espejos dorados hasta la iluminación estratégica, está diseñado para hacerte sentir que no perteneces a ese lugar, a menos que tengas una cuenta bancaria obscenamente abultada.

Una dependienta se acerca con una sonrisa impecable.

—Buenas tardes, señor O’Connor. Un placer verle de nuevo.

—Buscamos algo especial para ella —responde Asher, señalándome con un gesto casual.

Intento protestar, pero antes de que pueda abrir la boca, ya nos están llevando a una sección de vestidos que parecen sacados directamente de la alfombra roja.

—Esto es ridículo —susurro y me cruzo de brazos mientras él examina los percheros con la concentración de alguien que está eligiendo el mejor vino de una bodega.

—Confía en mí —dice sin apartar la mirada de los vestidos.

Finalmente, saca uno de terciopelo verde oscuro y lo sostiene frente a mí. El diseño es elegante y sofisticado, con un escote sutil pero seductor, y una caída que parece prometer resaltar cada curva en su justa medida.

—Pruébate este —ordena tendiéndomelo con una de sus manos

—Asher, esto debe costar más que el alquiler de mi piso durante seis meses.

—Probablemente, pero valdrá la pena.

Intento rechazarlo, pero su mirada es firme. Así que con un suspiro resignado, agarro el vestido y entro en el probador.

Cuando salgo, me detengo frente al espejo de cuerpo entero, y por un momento, me cuesta reconocerme. El terciopelo acaricia mi piel de una manera casi insultante, y el color realza mis ojos y el tono de mi piel de una forma que nunca había experimentado. Me siento… diferente. Especial.

Asher está de pie junto al espejo, observándome con una sonrisa.

—Te lo dije —murmura con un leve tono de admiración en la voz—. Es perfecto.

Me siento expuesta bajo su mirada, pero también extrañamente poderosa y eso me gusta. La dependienta, siempre atenta, añade unos zapatos de tacón alto y un bolso a juego, que

completan el conjunto. Todo parece encajar de una manera casi mágica.

—No puedo aceptar esto —digo finalmente, rompiendo el hechizo mientras miro el precio que asoma de la etiqueta.

—Claro que puedes. —concluye y desliza su tarjeta de crédito en la máquina antes de que pueda protestar—. Es una inversión.

Le lanzo una mirada incrédula, pero sé que no sirve de nada discutir con él. Asher O'Connor siempre consigue lo que quiere.

De vuelta en el coche, sostengo la caja con el vestido en mis brazos, sintiéndome como si acabara de vender una parte de mi alma.

—Esto es una locura —musito sin dejar de mirar por la ventana.

—Valerie, si supieras lo increíble que vas a estar esta noche, no preocuparías tanto.

Lo miro de reojo y, por un instante, creo ver algo más en su expresión. Algo que no es arrogancia ni sarcasmo. Pero dura apenas un segundo antes de que vuelva a concentrarse en la carretera.

Me recuesto en el asiento, dejando escapar un suspiro desde lo más profundo de mi garganta. No sé cómo he acabado en esta situación, pero estoy segura de que esto es solo el principio del caos que se avecina.

Capítulo 6

Valerie

Mi habitación parece una zona de guerra. El vestido verde, cuidadosamente colgado en la puerta del armario, contrasta con el caos que me rodea: maquillaje desparramado sobre la cómoda, un secador de pelo abandonado en el borde de la cama y un par de sujetadores que he descartado sin siquiera probarme. Es como si todo mi nerviosismo se hubiera materializado en forma de desastre.

—Valerie, para ya de dar vueltas —me dice Lilly desde la puerta, apoyada con los brazos cruzados y una sonrisa de suficiencia. Lleva un pincel en la mano, como si fuera una directora artística a punto de intervenir en un rodaje.

—Esto es una locura. ¿Qué hago yo preparándome para una cena con inversores millonarios? —respondo, llevándome las manos a la cabeza.

—Lo que debes hacer es calmarte y dejar que yo me encargue de todo. Si sigues así, vas a sudar antes de que llegues al restaurante y arruinarás el maquillaje.

Me dejo caer en el borde de la cama, derrotada. Lilly se acerca, coloca sus manos en mis hombros y me mira fijamente.

—Vas a estar increíble. Tienes el vestido perfecto, unos zapatos que podrían intimidar a cualquiera y, por primera vez en la vida, un motivo para usar ese lápiz de labios que siempre dices que es demasiado atrevido.

—No es sólo el vestido. Es todo. Los inversores, Asher, la mentira… —Dejo escapar un suspiro que parece salir directamente del fondo de mi pecho.

—Pues que se note que eres la mejor actriz de tu generación —responde con un guiño, levantando el pincel como si fuera una varita mágica—. Ahora, siéntate aquí y déjame trabajar.

Hago lo que me dice, resignada. Lilly es la persona más sensata que conozco y, en momentos como este, es la única que puede hacer que me sienta, aunque sea por un momento, capaz de plantar cara a lo que viene.

Mientras trabaja en mi peinado, aprovecho para desahogarme.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —le digo mientras ella recoge mi pelo con precisión—. Que parte de mí no puede evitar…

—¿Disfrutarlo? —me interrumpe mirándome por el espejo con una sonrisa traviesa.

—No lo disfruto.

—Claro que sí. Admitirlo no te va a matar.

—¡No lo disfruto! —repito, aunque mi protesta suena débil incluso para mí.

Lilly suelta una risita mientras trenza una pequeña sección de mi cabello, que luego asegura con una horquilla dorada.

—Bueno, lo que sea. Pero te aviso, cuando bajes y Asher te vea, se va a quedar sin palabras.

—Es su culpa que esté en esta situación. Como mínimo, debería quedarse sin palabras.

Lilly no responde, pero su sonrisa se ensancha. Termina con el peinado y da un paso atrás, evaluando su trabajo como si fuera una obra de arte.

—Perfecto. Ahora, el maquillaje.

Con la paciencia de un santo, Lilly empieza a trabajar en mi cara. Aplica base, sombras y un delineado que, según ella, hará que mis ojos parezcan como los de una diosa de la belleza. Cierro los ojos y trato de relajarme, aunque dentro de mi cabeza se siguen reproduciendo todas las posibles maneras en las que esta noche podría salir mal.

Finalmente, cuando termina, me tiende el lápiz de labios.

—Este es el toque final. Hazlo tú.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Porque necesitas practicar. Este tipo de cosas van a ser muy frecuentes si sigues saliendo con millonarios.

—No estoy saliendo con él.

Lilly alza una ceja y me mira como si acabara de confirmar su teoría. Pero prefiero ignorar su gesto, así que tomo el lápiz y me aplico el labial con cuidado. Cuando termino, Lilly asiente con aprobación.

—Vale, levántate. Es hora de que te pongas ese vestido y les demuestres a esos inversores quién manda.

Me pongo de pie, con los nervios acumulándose en mi estómago como si fuera a una entrevista de trabajo crucial. Lilly me ayuda a ponerme el vestido, cuidando cada detalle para que me quede perfecto. El terciopelo verde se adapta a mi piel y el ajuste del diseño parece haber sido hecho exclusivamente para mí.

Cuando me miro al espejo, apenas puedo reconocerme.

—Wow… —murmura Lilly a mi lado—. Ahora sí que pareces la prometida de un millonario.

Me giro para mirarla, intentando parecer indignada.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Decir cosas como esa. No estoy acostumbrada.

—Por eso lo digo. Necesitas acostumbrarte. Además, admítelo: estás espectacular.

No puedo evitar sonreír mientras me observo de nuevo en el espejo. El vestido realza mis curvas de una manera que no parece forzada, sino natural. Los zapatos añaden altura sin ser incómodos, y el maquillaje resalta mis rasgos como nunca.

Justo en ese momento, mi móvil vibra sobre la cómoda. Es un mensaje de Asher.

—¿Qué dice? —pregunta Lilly, inclinándose hacia el móvil con curiosidad.

—Está abajo.

—Pues no lo hagas esperar.

Me doy una última mirada al espejo, respiro hondo y tomo el bolso a juego que O’Connor insistió en que llevara.

—Buena suerte, *prometida* —bromea Lilly mientras me acompaña a la puerta.

—Si vuelves a decir eso, dormirás en el sofá.

Ella se ríe y me lanza un beso al aire antes de cerrar la puerta tras de mí.

En el ascensor, el silencio es absoluto. Mi reflejo me observa desde los espejos que cubren las paredes y, por un momento, casi puedo convencerme de que todo esto es real y de que no soy simplemente una asistente intentando sobrevivir al caos que mi jefe siempre trae consigo.

—Por lo menos, estoy increíble —murmuro para mí misma con una sonrisa irónica.

El ascensor llega a la planta baja y, cuando las puertas se abren, sé que no hay vuelta atrás. Asher me espera frente a la puerta de entrada y, aunque esta noche todo sea mentira, no puedo negar que una parte de mí está dispuesta a disfrutar del espectáculo.

Capítulo 7

Valerie

El restaurante al que me lleva Asher parece más un escenario de película que un lugar real. Desde el momento en que cruzamos la entrada, me siento como si estuviera interpretando un papel que no sé si podré mantener durante toda la velada. Las paredes revestidas de madera oscura reflejan un ambiente de lujo sobrio, mientras las lámparas, estratégicamente colocadas, bañan la sala en una luz cálida, que parece diseñada para favorecer a cualquiera. Incluso el suelo brilla como si lo hubieran acabado de pulir durante horas.

Asher camina a mi lado con esa seguridad que le sale de forma natural. Él pertenece a este mundo, yo no. Su traje perfectamente ajustado parece hecho a medida para complementar su actitud relajada. Por mi parte, el vestido de terciopelo verde, aunque espectacular, me hace sentir como si estuviera bajo una lupa, a través de la que todo el mundo me observa. Me ajusto el bolso en mis manos y trato de no tambalearme sobre los tacones, que Lilly ha definido como *armas letales*, por su afilado tacón de aguja

—Relájate —susurra Asher, inclinándose ligeramente hacia mí mientras el *maître* nos guía hacia una mesa al fondo de la sala—. Todo va a ir bien.

Le lanzo una mirada de advertencia, aunque por dentro me debato entre creerle o echarme a correr.

—Eso es fácil para ti decirlo —respondo en voz baja, procurando que mi tono no traicione el nudo que tengo en el estómago.

Asher sonríe de lado, con esa media sonrisa tan suya que parece hecha para desarmar a cualquiera.

Cuando llegamos a la mesa, los inversores ya están allí, esperándonos con copas de champán y expresiones que sonrientes. Tres hombres y una mujer, todos vestidos como si acabaran de salir de un catálogo de alta costura. El más mayor, un hombre con gafas de montura dorada y cabello blanco se pone de pie al vernos llegar.

—Ah, O’Connor, justo a tiempo.

—Señores, permítanme presentarles a Valerie. —Asher me presenta con una sonrisa, como si de verdad creyera que soy capaz de manejarme en este tipo de situaciones.

—Un placer conocerte, Valerie —dice el hombre de las gafas, estrechando mi mano con firmeza.

—El placer es mío —respondo, intentando que mi voz suene tranquila y segura.

Nos sentamos, y enseguida los camareros aparecen como por arte de magia para llenar nuestras copas. Mientras me acomodo en mi asiento, Asher se inclina hacia mí ligeramente, como si quisiera asegurarse de que estoy bien.

—Recuerda, solo sé tú misma —me susurra.

—Eso es justo lo que me preocupa —murmuro, sin apartar la mirada de la carta,

que han colocado frente a mí.

La conversación comienza con temas triviales, pero rápidamente deriva hacia los negocios. Los inversores hablan de cifras y estrategias como si estuvieran discutiendo el clima. Asher, por supuesto, se adapta sin esfuerzo. Habla con una calma que parece casi ensayada, con un tono firme pero no agresivo, y su lenguaje corporal denota una confianza que yo solo puedo soñar con emular. Intento concentrarme en lo que dicen, pero sin quererlo mi atención se desvía hacia él. Su habilidad para manejarse en este entorno es, en una palabra, fascinante. Parece dominar la conversación sin necesidad de imponerse, y sus comentarios siempre llegan en el momento justo para mantener el interés de todos los que estamos alrededor de la mesa. De repente, siento algo cálido en mi mano. Bajo la mirada y me doy cuenta de que Asher ha entrelazado sus dedos con los míos. Mi primera reacción es retirar la mano, pero él la sostiene con suavidad, sin apartar la mirada de los inversores.

—¿Qué opinas, Valerie? —pregunta de repente la mujer que tengo a mi derecha, mirándome con curiosidad.

Me quedo en blanco por un instante.

—¿Perdón?

—Sobre la expansión al mercado asiático —repite ella, con una sonrisa amable pero expectante.

—Creo que… —busco desesperadamente algo que decir, cualquier cosa que suene remotamente inteligente—… es crucial entender las particularidades culturales de cada mercado para adaptar la estrategia sin perder de vista los objetivos globales.

La mujer asiente, aparentemente satisfecha con mi respuesta, y yo respiro aliviada.

—Es exactamente lo que hemos discutido en casa, ¿verdad, cariño? —añade y se gira hacia mí con una sonrisa que intento imitar.

—Exactamente —respondo, tratando no parecer demasiado sorprendida por su comentario.

El camarero aparece con los primeros platos, una obra de arte culinaria que casi da pena descomponer. Mientras todos se concentran en la comida, aprovecho para observar a Asher con detenimiento. Es desconcertante cómo puede parecer tan auténtico incluso cuando sé que todo esto es una farsa.

—Cuéntales cómo nos conocimos, amor —me dice de repente, girándose hacia mí.

Mi cerebro entra en pánico. Esto no estaba en el guion.

—Oh, bueno… —tomo un sorbo de agua para ganar tiempo—. Fue en la oficina. Yo acababa de empezar y…

—Y fue amor a primera vista —interviene Asher, con una sonrisa que parece sacada de un anuncio de perfume. La mesa estalla en risas y yo intento unirme a ellas, aunque siento que estoy a punto de colapsar.

La cena continúa con comentarios y preguntas que, poco a poco, me obligan a improvisar más de lo que jamás habría imaginado. Asher, por supuesto, parece disfrutar de mi incomodidad. Cada vez que siento que estoy a punto de perder el control, él interviene con una palabra o un gesto que me devuelve al centro de este teatro absurdo. Entonces llega el momento que más temía.

—¿Y la boda? —pregunta el hombre de las gafas, mirándome directamente—. ¿Ya tenéis una fecha?

Al escuchar sus preguntas, por poco me atraganto.

—Todavía estamos decidiendo los detalles —interviene Asher con calma—. Queremos que sea algo especial, ¿verdad, amor?

—Sí, claro —respondo, intentando no sonar demasiado tensa—. Algo… inolvidable.

La cena termina con un brindis y cuando finalmente nos levantamos de la mesa, siento como si hubiera corrido una maratón.

—Lo has hecho muy bien —me dice Asher mientras me abre la puerta de su deportivo.

—Gracias, supongo —respondo, demasiado agotada para discutir.

Subo al coche y dejo escapar un suspiro mientras me acomodo en el asiento. Miro a Asher, que está revisando algo en su móvil, y no puedo evitar preguntarme en qué momento esta mentira empezó a parecer tan real.

Capítulo 8

Asher

El rugido del motor se mezcla con el silencio tenso que se ha instalado entre Valerie y yo desde que hemos dejado el restaurante. Ella no ha dicho una palabra desde que arrancamos y, aunque intento mantenerme centrado en la carretera, no puedo evitar echarle miradas de reojo. Su expresión, tan cerrada como siempre, está marcada esta vez por el cansancio. No me extraña. La cena ha sido un éxito, pero también una actuación agotadora, especialmente para ella.

El vestido verde que lleva, que yo mismo insistí en comprar, sigue sentándole como un guante. Aun así, parece incómoda, como si quisiera arrancárselo en cuanto llegue a su casa. Sonrío para mis adentros. Valerie siempre es así: desafiante incluso cuando la situación está completamente a mi favor.

—Has estado increíble esta noche —le digo sacándola de su ensimismamiento.

Ella gira la cabeza lentamente hacia mí, como si mis palabras le resultaran sospechosas.

—¿Increíble? Por poco me atraganto cuando preguntaron por la boda. Si eso es ser increíble, no quiero imaginar cómo sería un desastre.

Su tono es ácido, pero no puedo evitar sonreír. Esa es Valerie, siempre con una respuesta preparada.

—¿Sabes lo que ha hecho que sea tan creíble? —respondo, fingiendo un tono casual—. Tu reacción. No intentaste dar una respuesta perfecta y eso les ha encantado.

—¿Y ahora resulta que soy buena actriz? —me pregunta, con una mezcla de sarcasmo y cansancio en la voz.

—No exactamente. Pero lo has hecho genial, y eso es lo importante.

Ella resopla y vuelve a mirar por la ventana, perdiéndose en las luces de Edimburgo. Me concentro de nuevo en la carretera, aunque su presencia continúa siendo para mí imposible de ignorar.

Cuando aparco frente a su edificio, sé que este no es el momento ideal para lo que tengo que decirle, pero no tengo opción. Mejor dejar las cosas claras ahora.

—Antes de que te bajes, hay algo más de lo que tenemos que hablar.

Ella se queda quieta, con la mano en el tirador de la puerta, y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa ahora?

—En unos días hay un retiro de negocios con los inversores. Es en la isla de Skye.

Su expresión pasa de la curiosidad al enfado en cuestión de segundos.

—No.

Su respuesta es directa y firme. No me sorprende, pero tampoco me detiene.

—Valerie, no es una opción, ni te lo estoy preguntando. Tienes que venir

conmigo.

—Ya he hecho suficiente esta noche. Si crees que voy a seguir con esta pantomima, estás más loco de lo que pensaba.

—No es una pantomima. Es importante.

—Importante para ti, no para mí.

Se gira hacia mí, cruzándose de brazos, y sus ojos brillan con la misma intensidad que utiliza cuando quiere ganar una discusión en la oficina. La diferencia es que aquí no tiene todas las cartas.

—Si aparezco allí sin ti, todo lo que hemos conseguido esta noche se irá al traste —le suelto manteniendo la calma—. ¿De verdad quieres que todo este esfuerzo haya sido en vano?

Ella me mira, evaluando mis palabras, pero no responde. Sé que está buscando una salida, aunque no la hay.

—Además —añado, suavizando el tono—, piensa en ello como unas vacaciones pagadas. Skye es un lugar espectacular, con paisajes que te dejarán sin aliento.

—No necesito tus estrategias de venta, Asher.

—Entonces ven por otro motivo. Hazlo porque sabes que es lo correcto.

Valerie se pasa una mano por el pelo, claramente frustrada, y deja escapar un suspiro que podría haberme tumbado si no estuviera preparado para su resistencia.

—Esto es una locura —murmura, más para sí misma que para mí.

—Lo es —admito—. Pero también es necesario.

Me mira fijamente, con una mezcla de enfado y resignación.

—¿Y si digo que no?

—No puedes.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque tú nunca dejas las cosas a medias. Eres la persona más eficiente que he conocido y siempre haces lo que es necesario, aunque te cueste admitirlo.

Entrecierra los ojos mientras me mira fijamente, pero no responde. Durante unos segundos, el silencio entre nosotros se carga de una tensión que podría cortarse con un cuchillo.

—No sé cuánto más voy a poder soportar esto—me responde finalmente, con una voz más suave, casi vulnerable.

—No tienes que soportar nada. Solo acompáñame.

Resopla de nuevo, abre la puerta del coche y sale sin decir una palabra. La observo mientras se dirige hacia la entrada de su edificio, con su figura envuelta en el vestido verde, que todavía no puedo quitarme de la cabeza. Cuando desaparece tras la puerta, arranco el coche y me marcho, sintiendo una extraña sensación de triunfo.

De vuelta en mi apartamento, me sirvo un whisky y me dejo caer en el sofá. La noche ha sido agotadora, pero también reveladora. Valerie no es solo eficiente, también es brillante bajo presión. Su capacidad para adaptarse, incluso cuando odia la situación, es algo que no había visto en nadie más.

Tomo un sorbo y dejo que el alcohol me caliente el pecho mientras pienso en lo que nos espera en Skye. El retiro será crucial para cerrar el trato, pero también será un desafío. Tenerla allí, rodeada de inversores que analizarán cada uno de nuestros gestos y acciones, será como caminar por la cuerda floja. Sin embargo, estoy emocionado. Valerie tiene una habilidad especial para hacer que todo sea interesante, incluso cuando está enfadada conmigo.

Especialmente cuando está enfadada conmigo.

Mañana le enviaré los detalles del viaje. Y sé que, aunque proteste, estará allí. Porque, como siempre, Valerie hará lo que sea necesario. Lo que no sabe es que esta vez no se trata solo de los inversores. Se trata de algo más…

Capítulo 9

Valerie

El eco de mis tacones resuena en el suelo de la portería, marcando el ritmo de mis caóticos pensamientos. Cada uno de mis pasos parece enfatizar lo surrealista que ha sido la noche que acabo de vivir. Cuando llego al ascensor, pulso el botón con más fuerza de la necesaria, como si pudiera descargar mi frustración en ese simple movimiento. Un suave tintineo anuncia la apertura de las puertas y entro lanzando un hondo suspiro. Me apoyo en una de las paredes del ascensor y observo mi reflejo en el espejo. El vestido de terciopelo verde sigue sentándome como un guante y los tacones, aunque asesinos, logran darme una elegancia que no siento en absoluto. Pero mi cara... Ahí está la verdad. El maquillaje está intacto, obra del milagroso trabajo de Lilly, pero no hay manera de ocultar el cansancio que asoma en mis ojos.

—Por lo menos, aparentas que sabes lo que haces —murmuro para mí misma, con una media sonrisa.

Las puertas del ascensor se abren y salgo al rellano. Mientras busco las llaves en mi bolso, una parte de mí desea que Lilly esté dormida, porque ahora mismo no estoy segura de tener energía para enfrentarme a sus preguntas, aunque sé que eso es imposible. Lilly nunca deja pasar la oportunidad de enterarse de cada detalle, especialmente cuando mi vida se convierte en algo digno de un guion de cine.

Como si lo hubiera invocado con mis pensamientos, abro la puerta y me encuentro con ella sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y una taza de té en la mano. Su sonrisa traviesa y sus cejas alzadas son la bienvenida que esperaba.

—Por fin, Cenicienta vuelve del baile —dice, dejando la taza en la mesa y dando una palmada en el sofá para que me siente junto a ella—. Venga, cuéntamelo todo.

—¿Qué haces despierta? —pregunto mientras dejo el bolso y me quito los tacones en la entrada. Mis pies agradecen el alivio inmediato, aunque sigo tan cansada como antes.

—¿Crees que iba a dormirme sin saber cómo te ha ido? —responde con una sonrisa burlona—. Sabes que soy peor que las revistas del corazón cuando se trata de ti y de tu vida amorosa.

Me dejo caer en el sofá con un suspiro largo, quitándome el pelo de la cara y cerrando los ojos.

—Ha sido... surrealista —lanzo un hondo suspiro al recostar la espalda en el sofá.

—Eso ya me lo esperaba. Pero dame más detalles. ¿Cómo te han tratado esos peces gordos? ¿Te han pedido autógrafos por ser la prometida del gran Asher O’Connor?

Abro un ojo y la miro con una mezcla de cansancio y resignación.

—Peor. Han pedido que los invitemos a la boda.

Lilly suelta una carcajada que hace que mi exasperación se convierta en enfado.

—¿Estás hablando en serio? —me pregunta con los ojos brillando de diversión—.

¿O’Connor ha dicho algo al respecto?

—No directamente. Fue uno de los inversores quien lo mencionó y mi jefe, como siempre, lo dejó en el aire con su sonrisa de *todo está bajo control*.

Lilly se lleva una mano al pecho, dramatizando una expresión de asombro.

—Esto es mejor de lo que esperaba. Valerie, tu vida es oficialmente un culebrón. ¿Qué les has dicho?

—¿Qué le iba a decir? Nada. Apenas me salían las palabras, pero se ha encargado de cubrirme, como siempre hace. Tiene esa habilidad para improvisar que me pone de los nervios.

—Eso suena... fascinante —dice alargando la palabra con un tono cargado de sarcasmo—. Por no decir sexy.

—¿Sexy? —respondo, alzando las cejas—. Lo único sexy de esta noche ha sido el postre que sirvieron.

Lilly se ríe de nuevo y, aunque intento mantener mi expresión seria, su risa es contagiosa.

—Venga, cuenta más. ¿Qué ha pasado después?

—¿Qué más iba a pasar? Terminó la cena, soporté las miradas curiosas de los inversores y Asher me ha dejado en casa. Fin de la historia.

—¿Fin de la historia? —replica Lilly, entrecerrando los ojos—. No me creo que eso sea todo.

Vacilo un momento, porque sé que lo que estoy a punto de decir hará que su imaginación vuele.

—Ah, bueno… —añado quitándole importancia a lo que le voy a contar.

—¿Ves? Aún no habían acabado las sorpresas —se carcajea divertida.

—En unos días, Asher tiene un retiro de negocios con los inversores en la isla de Skye. Y, por supuesto, necesita que vaya con él —le cuento con gesto de resignación.

Lilly se queda en silencio por un segundo, mirándome fijamente, antes de estallar en carcajadas de nuevo.

—¡Esto mejora por momentos! —exclama, secándose una lágrima imaginaria de la comisura del ojo—. Tu relación de *prometidos* va viento en popa.

—No es una relación, es una pesadilla.

—Claro, claro. Y yo soy la reina de Inglaterra.

La miro con frustración, pero ella simplemente sonríe, disfrutando de cada segundo de mi incomodidad.

—Hablando en serio —continúa—, un viaje a Skye suena a vacaciones pagadas... ¿No has querido siempre explorar Escocia más allá de Edimburgo?

—Eso dice Asher, pero te aseguro que para mí no van a ser unas vacaciones. Serán días rodeada de inversores que analizarán cada uno de mis movimientos.

Lilly se encoge de hombros y me lanza una mirada divertida.

—Pues entonces disfruta de las vistas. Y, ya que estás, disfruta también de tu *prometido* —suelta riéndose.

Le lanzo un cojín, pero ella lo esquiva con la agilidad de quien está acostumbrada a mis reacciones.

—Hablando de vestidos, ¿crees que debería empezar a diseñar el mío de dama de honor? —bromea, llevándose la taza a los labios.

—¡Lilly, por favor!

Ella se ríe de nuevo, pero su tono cambia ligeramente, para volverse más suave.

—En serio, ¿cómo te sientes con todo esto?

—No lo sé. Es raro. Por un lado, quiero salir corriendo y olvidarme de todo. Pero por otro...

—¿Por otro?

—Por otro lado, hay algo en él que me hace querer seguir adelante, aunque no sé cómo terminará todo esto.

Lilly asiente lentamente, como si entendiera más allá de lo que le dejo ver con mis palabras.

—Eso suena a algo más que un simple acuerdo de trabajo.

—No empieces con tus teorías románticas. Esto son solo negocios —le digo tratando de sonar convincente.

—Claro, claro. Un negocio con cenas de lujo, retiros en islas y bodas ficticias. Totalmente profesional —ironiza.

Ruedo los ojos y me levanto, sintiendo que esta conversación no me llevará a ninguna parte.

—Me voy a la cama. Mañana será otro día laaaaaargo y estoy agotada —le digo y Lilly me lanza un beso al aire mientras desaparezco en el pasillo.

Cuando cierro la puerta de mi habitación, me quito el vestido con cuidado y lo cuelgo en el armario, donde queda como un recordatorio de todo lo que ha cambiado mi vida en los últimos días. Mientras me meto en la cama, mis pensamientos vuelven a la cena, a los inversores y, sobre todo, a Asher. Por mucho que me esfuerce, no consigo sacarlo de mi cabeza. Su sonrisa, su manera de manejar cada situación con una calma que parece innata y la forma en que entrelazó sus dedos con los míos en la mesa…

Cierro los ojos, intentando despejar mi mente, pero sé que esta mentira no tardará en convertirse en algo mucho más complicado. Y lo peor es que no estoy segura de querer evitarlo.

Capítulo 10

Valerie

El paisaje que nos rodea durante el trayecto a Skye es de una belleza que cuesta describir. Las colinas verdes se extienden como un manto interminable, salpicadas de ovejas que parecen pequeñas motas blancas a lo lejos. La carretera serpentea entre montañas y lagos, mientras el cielo encapotado promete lluvia en cualquier momento. Podría disfrutar de este viaje si no fuera porque mi acompañante parece incapaz de estar callado y de disfrutar de un poco de silencio y calma.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta Asher, con los dedos tamborileando sobre el volante como si estuviera escuchando música, aunque la radio está apagada.

—Bueno, al menos no me has obligado a conducir —respondo, mirando por la ventana para evitar su mirada.

—¿Obligarte? Valerie, si te obligara a algo, sería a relajarte de una vez. Te lo mereces.

Me giro hacia él y le lanzo una mirada escéptica.

—Sí, claro. Esto es lo que yo llamo un plan relajante: un retiro de negocios fingiendo ser la prometida de mi jefe. Ideal para el estrés.

Asher se ríe. Es una risa suave, no de esas que buscan imponerse y, por un segundo, me desarma. Su perfil, perfectamente delineado, refleja la calma que siempre parece llevar consigo, como si nada le afectara de verdad.

—Tienes razón, no es lo ideal —admite, sin perder la sonrisa—. Pero, aun así, gracias por venir.

—No lo hago por ti —le respondo con rapidez, cruzándome de brazos como si eso pudiera protegerme de lo que él podría sacar de esta conversación—. Lo hago porque no quiero tener que buscarme otro trabajo.

—¿Y no se supone que eso es también por mí?

Le lanzo una mirada, que espero sea lo suficientemente fría como para silenciarle, pero solo consigue que su sonrisa se ensanche.

—Eres insoportable —le suelto negando con la cabeza.

—Y tú eres adorable cuando te enfadas —me contesta con una tranquilidad que me pone de los nervios.

El silencio se instala por un momento, aunque no es incómodo. Así que aprovecho el momento de paz para observar el paisaje, tratando de encontrar algo que me distraiga del hombre que tengo al lado. No sé qué es lo que está cambiando en mi percepción de él, pero hay algo en su tono y en la forma en que me habla últimamente, que me desconcierta. Como si detrás de su actitud despreocupada hubiera algo más. Algo que no quiero descubrir, porque sé que complicará aún más esta mentira que ya empieza a parecer demasiado real.

—¿Alguna vez has estado en Skye? —me pregunta de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

—No, aunque siempre he querido ir. Todo el mundo habla de lo espectacular que es, pero nunca había tenido la oportunidad de visitar la isla.

—Entonces este viaje será especial para ti. Te prometo que no te arrepentirás.

—¿Debería preocuparme cuando haces promesas?

Se ríe de nuevo y, por primera vez, noto que su risa tiene algo diferente. Como si no fuera solo por diversión, sino porque realmente disfruta del momento.

—Solo de las que no puedo cumplir. Esta sí que puedo.

Nos quedamos callados un rato, y es él quien rompe el silencio con algo que no esperaba.

—Cuando era niño, mi padre solía llevarme a lugares como este. Le encantaba enseñarme todo lo que, según él, algún día sería mío.

Su tono ha cambiado. Ya no tiene la ligereza habitual, sino algo más profundo y serio.

—¿Te gustaba ir? —le pregunto, sin saber exactamente por qué me importa.

—No lo sé. Creo que de pequeño lo veía como una aventura. Pero a medida que fuí creciendo, entendí que no era solo un paseo. Era su manera de recordarme todo lo que él esperaba de mí.

Observo su perfil mientras habla y veo que no está bromeando ni intentando suavizar lo que dice. Por primera vez, parece completamente sincero, y eso me descoloca más que cualquiera de sus sonrisas.

—Debe de haber sido difícil —le digo en voz baja, sin saber si estoy siendo demasiado intrusiva.

—Más de lo que me gustaría. Mi padre no es un hombre fácil de complacer. Siempre hay algo que podría hacer mejor, algo que no es suficiente para él.

Por un momento, olvido que estamos fingiendo. Olvido que esto es un acuerdo temporal y que, en teoría, no debería importarme lo que hay detrás de la máscara tras la que trata ocultarse el verdadero Asher O’Connor.

—¿Por eso empezaste a hacer las cosas a tu manera dentro de la empresa?

Se gira hacia mí brevemente, lo suficiente para que nuestros ojos se encuentren antes de volver a concentrarse en la carretera.

—Sí. Necesitaba demostrarme a mí mismo que podía hacer algo sin su influencia. Que era capaz de pensar por mí mismo y así conseguir ser algo más que el hijo de Richard O’Connor.

Su respuesta me deja sin palabras. Es extraño verlo así, vulnerable. No sé qué decirle, así que hago lo único que se me ocurre.

—Lo estás haciendo bien.

Él se ríe, aunque hay un deje de amargura en su tono.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. La forma en que manejaste a los inversores en la cena fue impresionante. No parecía que estuvieras fingiendo nada.

Asher se queda en silencio y, por un momento, pienso que he dicho algo mal. Pero luego, su sonrisa reaparece, aunque tengo la sensación que esta vez parece más para sí mismo que para mí.

—Gracias. Significa mucho viniendo de ti.

El resto del trayecto transcurre en una especie de calma que no esperaba. Hablar con él, escucharlo abrirse un poco más, ha cambiado algo. No sé qué exactamente, pero hay una sensación nueva que se instala en mi pecho. Algo que no quiero analizar demasiado porque, si lo hago, sé que me perderé en ello y no quiero.

Cuando finalmente llegamos a Skye, el paisaje me deja sin aliento. Las montañas parecen emerger directamente del mar, creando un contraste impresionante con las aguas oscuras que las rodean. El cielo, aunque cubierto de nubes, tiene una luz que parece envolverlo todo en un halo mágico.

—Bienvenida a Skye —dice Asher, deteniendo el coche frente a una casa señorial, que parece sacada de un libro de cuentos.

—Es… increíble —respondo, sin encontrar otra palabra que describa lo que siento al ver todo esto.

—Te dije que no te arrepentirías.

Mientras bajamos del coche y saco mis cosas del maletero, le miro de reojo y veo algo en su expresión que me intriga. Como si este lugar significara algo más para él.

Hay mucho más detrás del hombre que todos ven y, aunque no sé si quiero descubrirlo todo, una parte de mí siente que ya no tiene elección.

—Espero que esta vez estar aquí sea diferente para ti —le digo, sin pensar demasiado en mis palabras.

—Lo será. Gracias a ti.

Y, aunque sé que debería ignorar su respuesta, no puedo evitar sentir que, por primera vez, no estoy fingiendo nada.

Capítulo 11

Asher

El rugido constante del motor acompaña nuestros silencios, pero no alivia la tensión que ha estado presente desde que dejamos la ciudad. Valerie está sentada a mi lado con la mirada fija en el paisaje que se despliega más allá del cristal. Con ella, el silencio nunca es solo silencio; es una especie de desafío. Cada minuto que pasa sin que diga nada me sirve para recordar lo mucho que le cuesta ceder terreno. El trayecto nos lleva por carreteras que serpentean entre colinas y montañas. Las nubes grises cuelgan pesadamente sobre nuestras cabezas, prometiendo lluvia, pero incluso con ese cielo apagado, la belleza del paisaje es difícil de ignorar. La hierba parece más verde aquí, las colinas más infinitas, y el aire tiene un frescor que no se encuentra en la ciudad. Miro de reojo a Valerie, que sigue absorta, y me pregunto si está disfrutando del paisaje o simplemente intentando ignorarme.

—Siempre pensé que los silencios eran incómodos, hasta que te conocí. Contigo, incluso el silencio es un reto.

Ella ni siquiera parpadea, aunque sé que me ha escuchado.

—Es que contigo no hay necesidad de hablar. Lo llenas todo con tus monólogos —responde, poco después, con un tono cargado de sarcasmo y sin apartar la mirada de la ventana.

—Ah, entonces me estás ignorando deliberadamente. Me siento halagado.

Finalmente, gira la cabeza hacia mí, y sus ojos, siempre tan expresivos, me lanzan una mirada que podría desanimar al más valiente. Pero yo no me desanimo.

—¿De verdad piensas llenar todo el viaje con tus intentos de conversación inútiles?

—Solo si prometes no matarme antes de llegar a Skye —respondo, sonriendo.

Ella resopla negando con la cabeza y vuelve a mirar por la ventana. Decido concederle un poco de espacio, aunque no puedo evitar pensar en cómo es capaz de desmontarme con tan solo una mirada o una palabra. Hay algo en ella que desafía todo lo que suelo dar por sentado y eso, a veces, llega a desconcertarme, aunque empiezo a conocerla bien y cada vez le resulta más difícil de conseguirlo conmigo.

El paisaje cambia a medida que avanzamos. Las montañas parecen más altas y los lagos más profundos. Es un tipo de belleza que me resulta familiar y extraña al mismo tiempo. Este camino lo he recorrido antes, muchas veces, pero siempre con un propósito distinto. De niño, mi padre solía traerme a lugares como este, no para disfrutar del paisaje, sino para recordarme lo que se esperaba de mí.

—¿Has estado aquí antes? —me pregunta sacándome de mis pensamientos.

Su pregunta me toma por sorpresa. No esperaba que fuera ella quien iniciara la conversación.

—Sí, varias veces. Mi padre me traía cuando era niño. Decía que era importante entender el legado familiar.

Ella asiente lentamente, como si estuviera procesando mis palabras.

—¿Te gustaba venir?

Pienso en su pregunta mientras mi deportivo sigue avanzando sobre el asfalto serpenteante.

—Al principio, sí. Era como una aventura. Pero con el tiempo, me di cuenta de que no era solo un paseo, sino que era la manera de mi padre de recordarme lo que él esperaba de mí.

—Debe de haber sido difícil —me dice en voz baja, casi como si no quisiera interrumpir mis pensamientos.

—No voy a mentirte, lo fue —le respondo encogiéndome de hombros—. Mi padre no es el tipo de hombre que se conforma con poco. Siempre había algo que yo podía hacer mejor o algo en lo que no era suficiente para él.

Valerie guarda silencio, pero noto que me mira de reojo. No estoy seguro de por qué le estoy contando esto. No suelo hablar de mi padre, ni siquiera con la gente más cercana a mí. Pero con ella, las palabras parecen escapar de mi garganta sin que pueda detenerlas.

—¿Por eso decidiste comportarte de una manera distinta a la suya en la empresa? —pregunta tras un momento de silencio.

—Sí. Necesitaba demostrar que podía hacer algo por mi cuenta, sin depender de él. Quería demostrarme a mí mismo que era capaz de ser algo más que ser simplemente otro O`Connor igual al anterior, como ha ocurrido siempre en mi familia a lo largo de muchas generaciones.

Sus palabras son simples, pero hay algo en ellas que me golpea más de lo que esperaba.

—¿Y lo lograste?

No estoy seguro de cómo responder a eso. Claro, he construido un negocio exitoso. Pero ¿es suficiente para mi padre? ¿Alguna vez lo será?

—A veces pienso que sí. Otras veces, no estoy tan seguro.

Ella asiente de nuevo, y en sus ojos hay algo que no había visto antes. No es lástima, ni compasión. Es algo más profundo, más auténtico.

Seguimos en silencio durante un rato, pero esta vez es un silencio compartido, casi cómodo, mientras el ronco rugido del motor de mi coche sigue su curso hacia nuestro destino.

Cuando finalmente cruzamos el puente hacia Skye, el paisaje se transforma. Las montañas parecen emerger directamente del mar, y el cielo, aunque cubierto de nubes, tiene una luz que lo hace parecer casi irreal.

—Es impresionante —dice cautivada por el paisaje que nos rodea.

—Te lo dije. Skye tiene algo especial.

Aparco el coche frente a la casa donde nos alojaremos. Es una construcción señorial, con paredes de piedra que parecen haber resistido siglos de viento y lluvia. Valerie se baja del coche y se queda mirando la casa, con su chaqueta ajustada al cuerpo para protegerse del aire frío que sopla desde el mar.

—¿Es aquí donde te traía tu padre? —me pregunta con curiosidad.

—No, pero el paisaje es similar. Lugares como este eran su forma de recordarme lo pequeño que era en comparación con lo que se esperaba de mí.

Ella me lanza una mirada, pero no dice nada. En lugar de eso, camina hacia el maletero y comienza a sacar sus cosas.

—Déjame ayudarte —le digo, tomando una de sus maletas.

—Puedo sola —me responde, así que no insisto.

Mientras caminamos hacia la entrada de la casa, noto que el ambiente entre nosotros ha cambiado. Tengo la sensación de que ya no hay tanta tensión, aunque todavía hay una barrera que ninguno de los dos está dispuesto a cruzar.

Cuando dejamos las maletas en la sala principal, me quito la chaqueta y veo que me observa con atención.

—¿Qué es eso? —pregunta de repente, señalando el tatuaje que se ve por debajo de la manga de mi camisa.

Me quedo quieto por un instante, sorprendido por su pregunta.

—Nada importante —respondo, girándome ligeramente para que deje de mirarlo.

—¿Nada importante? —insiste, cruzándose de brazos—. Si no fuera importante, no lo llevarías tatuado en la piel.

Sus ojos, siempre tan directos, parecen buscar algo más en mi respuesta. Algo que no estoy preparado para compartir.

—Es solo un recordatorio —digo finalmente, esperando que eso sea suficiente para satisfacer su curiosidad.

Pero Valerie no es del tipo que deja pasar las cosas fácilmente.

—¿Un recordatorio de qué?

—De que algunas cosas no se olvidan, aunque quieras.

La sinceridad en mis palabras parece sorprenderla y, por un momento, se queda callada.

—Está bien, no voy a insistir —me dice finalmente, aunque su tono sugiere que sigue queriendo saber más.

Cuando se gira hacia la ventana, miro el tatuaje que llevo en el brazo. Es un simple diseño, pero para mí significa más de lo que soy capaz de explicar en palabras. Me recuerda a las promesas que no se cumplieron y a las expectativas que no logré superar.

Hay cosas que no estoy listo para compartir, ni siquiera con ella. Y tal vez, nunca lo estaré.

Capítulo 12

Valerie

El aire en la isla de Skye tiene un frescor distinto, como si estuviera cargado de una calma diferente a la de Edimburgo. Caminamos por un sendero que bordea los acantilados, dejando que el grupo de inversores nos avance, mientras pasean distraídos con sus conversaciones banales. No me importa quedarme atrás, pero tener a Asher a mi lado no ayuda a que me relaje. Su presencia es como un recordatorio constante de que estoy atrapada en este papel absurdo de prometida ficticia.

El sonido del mar, rompiendo contra las rocas, debería resultarme tranquilizador, aunque lo único que consigue es intensificar mi enfado. Todo aquí parece conspirar para que me enfrente a cosas que no quiero afrontar, y él, por supuesto, no ayuda en absoluto.

—Tu comportamiento me recuerda a las olas del mar… Un día pareces cercana y otro en cambio…

Su comentario me hace girar los ojos antes de lanzarle una respuesta cargada de sarcasmo. Su tono despreocupado es exactamente lo que más me molesta de él. Es como si nada en el mundo pudiera afectarle, como si tuviera una coraza invisible que le permitiera pasar por la vida sin un rasguño.

—¿De verdad piensas estar todo el viaje con tus intentos de conversación inútiles? —le pregunto, acelerando el paso como si con eso pudiera dejarlo atrás.

—Solo si prometes no matarme antes de regresar a la ciudad —responde con una sonrisa que casi puedo identificar en el tono de su voz.

Resoplo y niego con la cabeza, volviendo mi atención al camino. El sendero se estrecha aún más y me obliga a concentrarme en cada paso. A mi lado, Asher sigue avanzando con esa facilidad exasperante que parece caracterizarlo.

El paisaje a nuestro alrededor es impresionante, aunque me resisto a reconocerlo en voz alta. Las montañas se alzan majestuosas contra el cielo gris, y el mar se extiende hasta donde alcanza la vista, con un azul oscuro que parece casi hipnótico. Pero incluso esa belleza no logra calmarme del todo.

Seguimos caminando en silencio, pero esta vez no me resulta incómodo. Hay algo diferente en el ambiente entre nosotros, algo que no quiero analizar demasiado porque me da miedo lo que podría significar.

El sendero se inclina ligeramente, y pierdo el equilibrio por un momento. Antes de que pueda caer, siento sus manos firmes sujetándome del brazo.

—¿Estás bien? —pregunta con su cara más cerca de la mía de lo que debería estar, por suerte, los inversores han avanzado en su paseo lo suficiente, como para no verlos, ni siquiera, de lejos.

—Estoy bien. Suéltame —le respondo tajante.

—No hasta que estés segura de que no vas a romperte un tobillo.

Su mano se desliza hasta mi cintura y, de repente, la cercanía entre nosotros me resulta abrumadora. Sus ojos se encuentran con los míos y siento como si todo el mundo se detuviera.

—Valerie...

Su voz es apenas un susurro y, antes de que pueda procesar lo que está pasando, sus labios están sobre los míos. El beso es intenso, cargado de una pasión que no esperaba. Mis manos se aferran a los pliegues de su chaqueta mientras siento cómo me rodea con más fuerza. Todo en mí parece desmoronarse y, por un momento, no hay nada más que nosotros.

Cuando finalmente me aparto, lo hago tan rápido que casi pierdo el equilibrio de nuevo.

—Esto no puede volver a pasar —le susurro con la voz temblorosa.

Pero incluso mientras lo digo, sé que no lo hago en serio.

—¿Por qué no?

—Porque no podemos. Esto... esto no es real.

Él asiente, pero sus ojos me dicen que no está de acuerdo. Y, aunque intento convencerme de que podemos seguir como si nada hubiera pasado entre él y yo, sé que es imposible. Algo ha cambiado, y no hay vuelta atrás.

Capítulo 13

Asher

Todavía noto el calor de sus labios sobre los míos, una descarga de no sé muy bien qué y que parecía provenir de un lugar mucho más profundo de lo que me atrevo a admitir. El beso fue breve, pero suficiente para desmoronar todo el control que suelo tener. No sé qué me impulsó a hacerlo. Bueno, sí lo sé: ella. Valerie. Siempre ella.

Camina delante de mí, con los hombros rígidos y el paso acelerado, como si quisiera alejarse lo máximo posible de lo que acaba de ocurrir. Pero no puede escapar de lo que ha cambiado entre nosotros y yo tampoco.

El sonido del mar rompiendo contra las rocas acompaña nuestros pasos, junto con el silbido del viento que arrastra el salitre hasta nuestra piel. Debería concentrarme en el paisaje y en el aire limpio que me recuerda por qué siempre he amado este rincón del mundo. Pero no puedo. Toda mi atención está puesta en ella. En su manera de apretar los labios y evitar mirarme, en cómo su cabello se mueve con el viento y en la tensión que se percibe en cada uno de sus movimientos.

—Esto no puede volver a pasar —ha dicho tras apartarse de mí.

Su voz temblaba, lo que ha hecho que su afirmación sonara más como una súplica que como una orden. Y aunque no le he respondido en ese momento, mi mente no ha dejado de darle vueltas desde entonces.

¿Por qué lo he hecho? Porque con Valerie todo parece diferente. Porque con ella, lo que debería ser sencillo siempre resulta complicado y lo complicado tiene una extraña forma de volverse irresistible.

—Valerie —le digo.

Se detiene, aunque no se gira de inmediato para mirarme. Se toma su tiempo, como si con ello pudiera decidir cuánto quiere darme de sí misma en este momento. Cuando por fin se vuelve, sus ojos están llenos de preguntas que no sé si quiero responder.

—¿Qué?

—No podemos fingir que no ha pasado nada.

—Claro que podemos —me responde con tono un cortante, defensivo. Se cruza de brazos y me mira con esa mezcla de desafío y vulnerabilidad que la hace tan terriblemente fascinante—. Esto no cambia nada.

—¿De verdad crees eso? —pregunto acercándome un paso a ella.

Pero Valerie no responde. Por primera vez, parece que no tiene una respuesta preparada. Eso me da una extraña sensación de triunfo, aunque también me deja con ganas de más. Reanudamos el camino, esta vez caminamos uno al lado de otro. El viento frío nos golpea, pero ninguno se queja. Skye tiene esa manera de imponerse, de recordarte lo pequeño que eres frente a la naturaleza. A pesar de todo, el paisaje logra calmar un poco la tensión.

—Mira esa roca —le digo mientras señalo un saliente cercano al borde del acantilado—. Si subes ahí, tendrás una de las mejores vistas de la isla.

Valerie me mira con escepticismo, pero su curiosidad parece ganar la batalla. Se acerca al borde con cuidado, evaluando cada paso que da, como si se tratara de un terreno peligroso. La sigo, manteniéndome lo suficientemente cerca como para intervenir si fuera necesario, aunque no lo admito ni en voz alta ni para mí mismo.

—No está mal —dice cuando llega a la cima del saliente, con el tono más neutro que puede encontrar.

—No está mal —repito burlándome suavemente de su falta de entusiasmo—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí, porque no quiero inflar tu ego más de lo necesario.

Me río, y el sonido se mezcla con el eco de las olas. Ella también sonríe, aunque intenta ocultarlo. Hay algo en este lugar que parece haber derribado, al menos por un instante, sus muros.

—¿Por qué haces esto? —me pregunta de repente, girándose para mirarme.

—¿Hacer qué?

—Intentar desconcertarme.

—Tal vez porque me gusta cómo reaccionas —respondo con sinceridad.

Su sonrisa desaparece, reemplazada por algo más serio.

—Sabes que esto no puede funcionar, ¿verdad?

La pregunta me descoloca. No porque no lo haya pensado, sino porque no esperaba que lo mencionara tan directamente.

—No tiene que funcionar. Solo tiene que ser lo que es.

Ella sacude la cabeza y vuelve su atención al horizonte, pero no dice nada más. Siento que debería añadir algo, llenar ese vacío que se ha creado entre nosotros. Sin embargo, no encuentro las palabras adecuadas y prefiero mantenerme callado. El silencio se alarga mientras observamos el paisaje. El viento sopla con más fuerza, levantando su cabello y despeinándolo de una manera que me parece terriblemente atractiva. Valerie no es solo una mujer, es mucho más. Ella es un desafío constante, un recordatorio de que, por mucho control que crea tener sobre mi vida, siempre hay algo o alguien, que puede desmoronarlo todo.

Finalmente, se gira y comienza a descender del saliente. La sigo, aunque me mantengo a una distancia prudente.

—¿Qué harías si no estuvieras aquí, en este lugar y con esta gente? —le pregunto de repente.

Valerie se detiene y me mira como si mi pregunta la hubiera pillado completamente desprevenida.

—No lo sé —admite finalmente— No me he parado a pensarlo.

—Deberías hacerlo. Tal vez descubras algo que ni siquiera sabías de ti misma.

No me responde, pero la expresión en sus ojos me dice que mis palabras le han hecho reflexionar.

Cuando llegamos de nuevo al sendero principal, donde el grupo nos espera, siento que algo ha cambiado entre nosotros. No sé si es bueno o malo, pero sé que no somos los mismos que éramos antes de empezar este paseo. Y, sinceramente, no estoy seguro de querer volver a serlo.

Mientras nos acercamos al resto, Valerie se gira y me lanza una última mirada. Es breve, apenas un segundo, pero suficiente para confirmar lo que ambos sabemos: lo que está

pasando entre nosotros no es algo que podamos ignorar. Y aunque debería asustarme, lo único que siento es un extraño deseo de ver hasta dónde podemos llegar, antes de que todo se desmorone.

Capítulo 14

Valerie

El eco de mis pasos resuena en el pasillo de la casa mientras me dirijo a mi habitación, buscando un momento de paz después de todo lo que ha ocurrido hoy. Mi cabeza está demasiado revuelta como para concentrarme en el presente, porque cada pensamiento me lleva al mismo lugar: el beso. Ese maldito beso con Asher, ¡mi jefe!

Cierro la puerta de mi dormitorio tras de mí y dejo caer la chaqueta sobre el respaldo de una silla. Miro alrededor, como si lo que me rodea pudiera ofrecerme algo que calmara el caos que llevo dentro. Pero la habitación, con su decoración impecable y su ambiente acogedor, no me da las respuestas que necesito en este momento. Suspiro mientras saco el móvil del bolso, para revisar las notificaciones como una excusa para no pensar en nada más. Entre correos y mensajes, veo una llamada perdida de Jack. Mi corazón se encoge al leer su nombre. Es mi hermano pequeño y, aunque no siempre lo demuestro, él es una de las pocas personas por las que daría cualquier cosa. Marco su número antes de que el remordimiento tenga la oportunidad de asentarse dentro de mí. Tarda solo dos tonos en responder.

—Por fin, Val. Pensé que te habías olvidado de mí —dice con ese tono entre reproche y broma que usa cuando está enfadado, pero no quiere admitirlo.

—No digas tonterías. Estaba ocupada —le respondo, intentando sonar despreocupada mientras me siento en la cama con las piernas cruzadas.

—¿Ocupada? ¿Qué clase de *ocupada*? ¿Con trabajo o con ese jefe tuyo del que nunca hablas? —pregunta y, aunque intenta sonar casual, sé que está intentando sonsacarme algo.

—Jack… —empiezo, pero no tengo energía para entrar en detalles—. No tengo tiempo para tus interrogatorios. ¿Qué quieres?

Hay un breve silencio al otro lado de la línea antes de que hable, y en su voz detecto algo que no esperaba: cansancio.

—Nada en especial. Solo quiero saber cómo estás. Hace semanas que no hablamos más de cinco minutos, y siempre vas con prisas.

Esa sencilla observación me golpea como un ladrillo. Es cierto. Desde que acepté este acuerdo con Asher, mi vida ha girado en torno a su mundo, a fingir y a mantener una mentira que cada vez me resulta más pesada. Y en ese proceso, he dejado de lado todo lo demás, incluyendo a mi hermano pequeño.

—Lo siento —murmuro con sinceridad—. Ha sido un mes complicado.

—Eso es lo mismo que dices siempre. Deberías cambiar de excusa, hermanita…

—No es una excusa –insisto, aunque sé que no me cree.

—Sea excusa o no, lo que tengo claro es que últimamente pareces distinta. Como si no fueras tú.

Sus palabras me dejan helada. Jack siempre ha tenido una forma especial de leerme, incluso cuando intento ocultar lo que siento. Pero esta vez no estoy segura de qué parte de mí ha cambiado. ¿Es el acuerdo? ¿Asher? ¿O hay algo más que aún no sé qué es?

—Estoy bien —respondo finalmente, esforzándome por sonar convincente—. De verdad.

—Si tú lo dices… —su tono es escéptico, pero decide no insistir.

—¿Y tú? ¿Cómo van las cosas? —pregunto, intentando desviar el foco de atención hacia él.

—Nada fuera de lo común. El trabajo está bien, aunque el jefe sigue siendo un idiota. Y mamá quiere que vayamos a cenar con ella el próximo domingo. ¿Te apetece?

—No sé si podré. Estoy fuera por trabajo.

—Siempre estás fuera por trabajo —me responde y suelta un resoplido.

Su reproche es más suave de lo que esperaba, aunque eso no hace que me duela menos. Me recuesto en la cama, mirando al techo mientras las palabras se acumulan en mi garganta, aunque ninguna parece la adecuada.

—Prometo que te compensaré. Cuando regrese, haré hueco para todo lo que quieras, ¿vale?

—Claro —me responde, aunque por su tono no parece que le haya convencido—. Bueno, no te entretengo más. Solo quería escuchar tu voz.

—Te quiero, Jack.

—Yo también, Val. Cuídate, ¿vale?

Cuando cuelga, me quedo mirando el teléfono en mis manos, sintiéndome más sola de lo que me sentía antes de la llamada de mi hermano. No es solo la distancia lo que me pesa, sino la certeza de que algo se está rompiendo entre nosotros. Jack ha sido mi apoyo incondicional desde que éramos niños, y ahora siento que le estoy fallando. Pero ¿cómo podría explicarle lo que estoy haciendo? ¿Cómo podría justificar esta mentira en la que me he metido y que cada vez me parece más difícil de manejar? Respiro hondo y dejo el móvil a un lado mientras intento calmar los pensamientos que amenazan con arrastrarme. Tal vez Jack tenga razón. Quizás estoy cambiando de una manera que ni yo misma entiendo. Pero lo que más me inquieta es que no estoy segura de si eso es bueno o malo.

Un golpe suave en la puerta me saca de mis pensamientos. Me levanto con cierta desgana y abro. Al abrir la puerta, me encuentro con Asher al otro lado. Está de pie, con las manos en los bolsillos y, cuando abro la puerta, fija sus ojos en los míos.

—¿Puedo pasar? —me pregunta con un tono más serio de lo habitual.

—Depende. ¿Vienes a decir algo útil o solo a desconcertarme como siempre? —le respondo cruzándome de brazos.

Él sonríe, aunque su gesto parece cargado de algo más que simple diversión.

—Quizá ambas cosas.

Doy un paso atrás y dejo que entre, cerrando la puerta tras él. Se queda en medio de la habitación, mirándome como si no supiera por dónde empezar. Es una imagen tan inusual en él, que consigue provocarme una gran curiosidad.

—¿Estás bien? —me pregunta finalmente.

—Sí. ¿Por qué no debería estarlo? —inquiero alzando una ceja.

—No lo sé. Parecías... ausente durante la cena.

—¿Ausente? ¿O simplemente harta de escuchar a un montón de inversores hablando de cifras y contratos?

Asher se ríe entre dientes y sacude la cabeza.

—Probablemente ambas cosas.

Nos quedamos en silencio por un momento y, aunque debería sentirme incómoda, no es así. Hay algo en su presencia que, pese a todo, empieza a resultarme extrañamente familiar.

—He hablado con mi hermano —le suelto de repente, sin saber muy bien por qué.

—¿Y? —me pregunta, con un interés real que no esperaba.

—Está bien. Solo... creo que no estoy siendo la hermana que debería.

Asher asiente lentamente, como si entendiera más de lo que le permito entrever con mis palabras.

—A veces, intentar complacer a todo el mundo solo acaba haciéndonos daño a nosotros mismos.

Sus palabras me sorprenden, no por su contenido, sino por el tono con el que las dice. Hay algo en él que parece... real. Como si supiera exactamente de lo que habla.

—¿Eso lo dices por experiencia propia? —pregunto, alzando de nuevo una ceja.

Él sonríe, pero su expresión tiene un toque melancólico.

—Digamos que he aprendido que no siempre se puede estar en todas partes al mismo tiempo.

Su respuesta me hace pensar, pero no insisto. Tal vez porque sé que, si empiezo a escarbar en su mundo, tendré que enfrentarme a preguntas que no estoy lista para responder sobre el mío.

Asher se acerca un poco más, como si quisiera decir algo importante, pero en el último momento decide no hacerlo y, en lugar de eso, me mira con intensidad a los ojos.

—Valerie, no tienes que hacerlo todo sola. —Su voz es baja, casi un susurro.

—Lo sé. Pero eso no significa que no lo intente.

Él asiente y, por un instante parece que va a decir algo más, pero se detiene. En lugar de eso, da un paso atrás y se dirige a la puerta.

—Buenas noches, Valerie.

—Buenas noches.

Cuando cierra la puerta y me quedo en silencio, sintiendo que algo más ha cambiado dentro de mí.

Capítulo 15

Asher

El salón principal está lleno de murmullos, del sonido de copas chocando suavemente y de las risas educadas de los inversores que disfrutan de la cena. La luz tenue de los candelabros realza el ambiente sofisticado, casi teatral de la escena. Todo parece ir según lo planeado. Valerie, sentada a mi lado, mantiene una expresión impecable, aunque puedo notar cómo sus dedos juguetean con el borde de su servilleta, un gesto que probablemente nadie más habría percibido, pero que a mí no se me escapa. A pesar de que sabe manejarse en estas situaciones, se siente incómoda, aunque, por suerte, eso solo lo detecto yo.

Entonces la puerta del salón se abre, y el ambiente cambia. No necesito girarme para saber quién ha entrado. Ese ligero murmullo entre los asistentes y el cambio en la energía de la sala… Todo me dice que Claudia acaba de hacer su entrada. La verdad es que no esperaba verla aquí, y menos después de cómo terminamos. Pero ella siempre tuvo el don de aparecer en los peores momentos.

Cuando finalmente levanto la mirada, allí está ella, con su característico aire de superioridad, y un vestido negro que le queda impecable y ese brillo helado en los ojos que parece atravesarlo todo. Su cabello castaño oscuro cae sobre sus hombros, y su sonrisa, siempre calculada, se ensancha en cuanto nuestras miradas se cruzan.

—Claudia —murmuro, más para mí mismo que para nadie.

—¿Quién es? —me pregunta Valerie en voz baja, ladeando ligeramente la cabeza hacia mí sin apartar la mirada de la nueva visitante.

—Una vieja conocida —respondo, intentando mantener mi tono neutral.

—¿Una vieja conocida o una ex? —insiste Valerie, con un matiz de desconfianza en su voz.

Antes de que pueda responder, Claudia se acerca hasta nuestra mesa, acompañada por uno de los inversores. Su paso es firme y su sonrisa impecable. Siempre ha sido experta en hacer entradas triunfales y convertirse en el centro de atención al instante.

—Asher, cuánto tiempo —me dice inclinándose ligeramente hacia mí con la familiaridad de alguien que sabe exactamente qué cuerdas tocar.

—Claudia —respondo, obligándome a mantener una expresión neutra.

—¿No vas a presentarme a tu acompañante? —pregunta, girándose hacia Valerie con una sonrisa llena de hipocresía.

Valerie, con su característica rapidez, no me da tiempo a reaccionar.

—Valerie —le dice extendiendo la mano con firmeza—. La prometida de Asher.

El pequeño titubeo en el rostro de Claudia es casi imperceptible, pero suficiente para que me dé cuenta de que no esperaba esa respuesta. Sin embargo, es suficientemente hábil como para recuperar la compostura rápidamente, estrechando la mano de Valerie con un gesto

que parece más un examen que un saludo.

—Qué interesante —le responde con un tono tan dulce que roza lo venenoso—. Espero que sepas en lo que te estás metiendo. Asher tiene un talento especial para encantar a las mujeres… pero nunca dura mucho.

El dardo se clava con precisión y siento cómo Valerie se tensa a mi lado. Sin embargo, no pierde la compostura.

—Gracias por el consejo —responde con una sonrisa que iguala en intensidad a la de Claudia—. Aunque creo que puedo manejarlo bastante bien.

Claudia se marcha antes de que ninguno de los dos pueda añadir algo más y nos deja con el eco de sus palabras resonando en el aire y una incomodidad palpable.

La cena continúa, pero mi atención está dividida. Claudia, desde su lugar en la mesa, lanza comentarios estratégicamente diseñados para llamar la atención de los inversores. De vez en cuando, sus ojos se posan en mí con una mirada cargada de intención que parece desafiarme a reaccionar. Valerie, por su parte, se mantiene impecable, aunque puedo notar la tensión en su postura y una leve tensión en su mandíbula cada vez que Claudia habla.

—¿Siempre es así de… *encantadora*? —me pregunta en un susurro cuando un camarero pasa sirviendo el siguiente plato.

—Claudia no cambia —respondo, intentando sonar indiferente.

—Ya me he dado cuenta. Aunque parece especialmente interesada en dejar claro que sabe cosas que yo no sé.

—No le sigas el juego, porque eso es precisamente lo que quiere.

Valerie no me dice nada más, aunque su mirada habla por sí sola. Ella no es una mujer que se quede de brazos cruzados, y esa es una de las muchas cosas que admiro de ella. Pero también sé que Claudia es experta en manipular situaciones para sacar lo peor de la gente.

Cuando la cena termina, aprovecho la primera oportunidad que tengo para interceptar a Claudia antes de que pueda causar más problemas. La encuentro en el vestíbulo, con postura relajada como si supiera que yo iba a ir a buscarla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto sin rodeos.

—¿No puedo aceptar una invitación de un viejo amigo? —responde, girándose para mirarme con esa sonrisa que siempre ha sido su arma más peligrosa.

—Sabes perfectamente lo que estás haciendo. Los inversores han empezado a hacer preguntas y eso no es una coincidencia.

—Oh, Asher, siempre tan paranoico… Quizá he venido hasta aquí para comprobar que continúas siendo el hombre que recuerdo.

—No estoy dispuesto a seguir aguantando tus jueguecitos de niña rica. Si estás aquí para sabotearme, mejor que lo pienses dos veces.

Ella se acerca demasiado a mí. Su perfume, uno que siempre he asociado con ella, me invade, trayendo recuerdos que preferiría olvidar.

—Sabes que todavía tengo suficiente poder para destruirte. Así que será mejor que cuides tus pasos, O’Connor.

Sus palabras son un susurro afilado y, antes de que pueda responder, se marcha, dejándome con un peso en el pecho que me desagrada profundamente.

Cuando regreso al salón, encuentro a Valerie en una esquina, conversando con uno de los

inversores. Aunque parece tranquila, puedo ver en su postura, que no está completamente cómoda. Me acerco a ella, interrumpiendo la conversación con una excusa cualquiera, y me la llevo de allí.

—¿Todo bien? —le pregunto mientras caminamos hacia una de las terrazas para alejarnos del bullicio de la sala.

—Todo perfecto —responde con sarcasmo—. Aunque sospecho que tu amiga Claudia podría tener una opinión diferente.

—No te preocupes por ella. No tiene nada que ver contigo.

—¿No? Porque parece bastante interesada en ti… y en hacerme saber que nunca estará demasiado lejos de donde estés tú.

Me detengo y la miro directamente.

—Claudia no significa nada para mí, más allá de ser un recuerdo para olvidar. No la dejes meterse en tu cabeza, no le des ese poder, no merece la pena.

Ella sostiene mi mirada durante un momento que se me hace eterno antes de asentir, aunque sé que no está completamente convencida.

—Esto ya es suficientemente complicado sin que alguien como ella se meta en medio —me dice finalmente.

—Tienes razón. Pero te prometo que no dejaré que afecte a lo que hemos venido a hacer aquí.

Valerie parece relajarse un poco con mis palabras, pero algo en su expresión me dice que todo este circo no ha hecho nada más que empezar.

Esa noche, mientras el resto de los invitados se dispersan, me quedo solo en la terraza, observando cómo el viento agita las sombras de los árboles bajo la tenue luz de las farolas. Claudia ha conseguido lo que quería: sembrar una duda que no debería existir.

La verdad es que no sé si estoy preparado para manejar lo que viene. Porque esto ya no es solo un acuerdo entre mi asistente personal y yo. Lo que está ocurriendo entre Valerie y yo es real, y eso lo complica todo. Y con Claudia merodeando como un espectro del pasado, sé que los días que tenemos por delante no serán fáciles.

Lo único que tengo claro es que esta vez con Valerie no voy a rendirme.

Capítulo 16

Valerie

El salón principal rebosa de energía contenida, como si cada palabra estuviera medida para causar la mejor impresión. A mi alrededor, los inversores parecen inmersos en conversaciones cuidadosamente elaboradas y sus risas discretas se entremezclan con el suave tintineo de las copas. A simple vista, podría parecer una velada sofisticada sin nada fuera de lo común, pero siento una corriente subterránea que amenaza con romper la calma superficial que impera en el ambiente.

Claudia, con su elegancia estudiada, está en el centro de esa corriente. Su mera presencia es como una piedra lanzada al agua: un impacto que deja ondas a su paso. Desde que ha aparecido, no ha perdido la oportunidad de lanzar sus comentarios afilados y de pasearse entre los inversores como si tuviera derecho a ser el destino de cada mirada y de cada palabra que se pronuncia esta noche.

Intento concentrarme en la conversación que hay a mi lado, aunque no estoy realmente presente. Estoy más atenta a los movimientos de ella y a cada mirada que lanza en dirección a Asher o a mí. Siento un nudo en el estómago, no por celos, sino por la manera tan calculada en la que se mueve, como si estuviera orquestando algo que no sé muy bien qué es.

La oportunidad que estaba esperando llega cuando se acerca a un pequeño grupo de inversores con una copa de vino en la mano y esa sonrisa falsa que lleva tatuada en los labios. Los inversores la reciben con la misma cortesía con la que han tratado a todos los demás, pero Claudia se inclina hacia ellos, bajando el tono de voz, aunque no lo suficiente como para que pase desapercibido.

—Es fascinante, ¿no creéis? —les suelta con una sonrisa hipócrita—. Asher nunca deja de sorprendernos. Primero con su rápida ascensión en el mercado y ahora con esta... *relación*.

Noto cómo el grupo de inversores intercambia miradas rápidas, un poco incómodas, pero lo suficientemente curiosas como para quedarse a escuchar lo que quiere contarles Claudia. Doy un paso adelante antes de que pueda pensar en las consecuencias. No suelo ser impulsiva, pero hay algo en su tono y en la manera en que pronuncia la palabra *relación*, que me enciende.

—Disculpadme un momento —interrumpo, mirando directamente a Claudia—. ¿Estás insinuando algo, querida?

Claudia se gira hacia mí con la misma calma con la que una serpiente podría enfrentarse a su presa. Su sonrisa apenas se tambalea.

—Oh, no, solo estaba comentando lo afortunada que eres de haber encontrado a alguien como Asher. Aunque, claro, algunos podrían preguntarse cómo has logrado captar su atención tan rápido.

Su golpe no es sutil. Es un ataque directo envuelto en terciopelo. Los inversores miran de un lado a otro como si estuvieran viendo un partido de tenis.

—Bueno, supongo que ser auténtica ayuda mucho —respondo, devolviéndole una sonrisa que espero que sea igual de cortante—. Aunque entiendo que esa idea pueda resultarte algo… ajena.

Durante un breve instante, su expresión se endurece, pero lo disimula con una carcajada suave que parece impresionar a los inversores que tiene a su alrededor.

—Eres encantadora —me dice y, aunque las palabras parecen un cumplido, su tono las vacía de significado—. Espero que sepas lo que haces. Asher no es precisamente fácil de manejar y sus intereses siempre han sido... cambiantes.

—Gracias por el consejo, aunque no lo he pedido —le respondo mirándola directamente a los ojos y asegurándome de que no haya ni un atisbo de duda en mi voz—. Pero si hay algo que sé manejar es a las personas que intentan jugar con otras para su propio beneficio.

El grupo de inversores se queda en silencio y siento como todos fijan su atención en nosotras como si algo estuviera a punto de ocurrir. Claudia parece saborear ese momento, como si la tensión le resultara adictiva.

—Oh, querida, no estoy jugando con nadie. Simplemente me preocupo por mi viejo amigo Asher. Después de todo, sé de lo que es capaz cuando alguien lo decepciona.

Sus palabras son una amenaza velada, y sé que no solo van dirigidas a mí, sino también a Asher.

—Y yo sé de lo que soy capaz cuando alguien me subestima —le respondo manteniendo mi postura y clavando mi mirada en la suya, aunque siento cómo la sangre me hierve. Claudia no es una rival fácil; sabe exactamente dónde golpear para hacer el mayor daño posible. Se inclina ligeramente hacia mí y reduce el espacio que hay entre nosotras.

—Espero, por tu bien, que realmente estés preparada para lo que significa estar a su lado. Porque créeme, no es tan sencillo como parece desde fuera.

Antes de que pueda responder, uno de los camareros se acerca con una bandeja e interrumpe nuestra conversación. Claudia aprovecha para alejarse, dejando tras de sí un aire cargado de tensión y muchas miradas dirigidas hacia mí.

Asher aparece a mi lado en ese instante, como si hubiera sentido que algo no iba bien.

—¿Cómo va? —me pregunta en voz baja recorriendo mi cara con su mirada, como si estuviera buscando alguna señal de que estoy a punto de perder los nervios.

—Perfecto. Claudia y yo estábamos teniendo una conversación *encantadora* —respondo con sarcasmo, aunque sé que él percibe la incomodidad que siento en mi tono.

—No dejes que te afecte. Claudia es especialista en buscar problemas.

—Ah, ¿sí? Pues parece bastante buena en lo que hace —respondo sin dejar de mirar hacia donde ella conversa con otro grupo como si no hubiera sucedido nada.

Asher suspira y coloca una mano en mi brazo.

—No tienes que demostrarle nada —me aclara.

—No se trata de demostrarle nada a ella, sino de no permitir que alguien como Claudia crea que puede pisotearme.

No me responde de inmediato, pero sus ojos se encuentran con los míos y, por un momento, siento que el ruido de la sala se desvanece.

—No voy a dejar que te haga daño.

—Espero que no lo haga, pero si lo hace, puedes estar tranquilo. Sé defenderme

sola.

Mientras la noche avanza, intento concentrarme en los demás y en mantener la apariencia de la perfecta prometida. Pero en el fondo, la conversación con Claudia sigue rondando mi mente, como una espina que no puedo sacar.

Sé que esta guerra no ha terminado, porque estoy convencida de que Claudia no es alguien que se detenga después del primer enfrentamiento. Pero si quiere jugar, tendrá que estar preparada para perder.

Capítulo 17

Valerie

La lluvia cae con fuerza sobre los ventanales del salón mientras intento mantener la compostura. Desde mi rincón, los murmullos de los inversores y sus risas apenas llegan a mis oídos. Todo lo que realmente escucho son las palabras de Claudia, que con su voz afilada perfora mis oídos una y otra vez. Las formas en las que consigue humillarme, incluso con sutileza, son dignas de estudio.

—Parece que no estás acostumbrada a este tipo de ambientes. Pero no te preocupes, querida. Asher siempre ha sido generoso con sus… proyectos. —Esas palabras, dichas en un tono que pretende parecer inofensivo, han sido su golpe final.

Mis manos se cierran en torno a la copa de vino. Miro a mi alrededor, buscando algo que me ayude a escapar de esta sensación de exposición y vulnerabilidad, pero no hay nada. Solo caras que fingen no haber escuchado nada y ojos que me observan con curiosidad mal disimulada.

—Perdona —le digo en un murmullo, apartándome del grupo antes de que alguien pueda detenerme.

Salgo al vestíbulo y me encuentro con el sonido de la lluvia golpeando las piedras del camino exterior. La humedad impregna el aire, pero no me importa. Necesito escapar, aunque sea solo por unos minutos. Empujo la puerta principal y siento el frío del viento que me golpea de lleno en la cara. La tormenta es intensa, pero caminar bajo la lluvia parece la única manera de apaciguar el caos que llevo dentro.

Los primeros pasos que doy me resultan liberadores. Dejo que las gotas empapen mi cabello, mi ropa, todo, no me importa lo más mínimo. Con cada paso que doy hacia los jardines, siento como si estuviera dejando atrás un poco de la rabia que me quema el pecho. Pero no es suficiente.

—¡Valerie! —La voz de Asher atraviesa la oscuridad, firme y frustrada.

Me detengo en seco y cierro los ojos con fuerza. No quiero verle. No ahora. No después de lo que ha pasado.

—¡Valerie, espera!

El sonido de sus pasos rápidos se mezcla con el de la lluvia. En cuestión de segundos, lo tengo frente a mí, con el pelo empapado y la camisa pegada al cuerpo por el agua que la empapa. Está enfadado, pero su preocupación también es evidente.

—¿Qué crees que estás haciendo? —me pregunta con una mezcla de incredulidad y exasperación.

—Intento respirar. Ahí dentro no puedo —le respondo, señalando la mansión con mi brazo y mano derechos.

—¿De verdad? ¿Salir bajo esta tormenta es tu idea de encontrar una solución?

Su tono es demasiado autoritario y controlador, y eso me enciende aún más.

—¡No estoy buscando soluciones! Estoy huyendo, porque es lo único que puedo hacer cuando tu *querida* Claudia decide convertirme en el objeto de su espectáculo personal.

Mis palabras lo sorprenden, pero no retrocede. Da un paso más hacia mí con la mandíbula apretada y los ojos clavados en los míos.

—No tienes por qué escucharla, solo busca provocarte.

—¿Y qué haces tú al respecto? Nada. Te quedas ahí, como si todo lo que dice fuera un mal chiste que puedes ignorar.

—¡Porque sé cómo es! Sé que, si reacciono, le doy justo lo que quiere.

—¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? Estoy aquí, aguantando sus ataques, soportando miradas que me cuestionan y comentarios que me minimizan, todo por un trato que tú propusiste y al que yo no he podido negarme.

La lluvia sigue cayendo con fuerza, pero apenas la siento. Todo mi cuerpo está invadido por la rabia que no consigo contener.

—¿Crees que esto es fácil para mí? —su voz se eleva y su mirada arde —. Fingir que soy un hombre perfecto cuando ni siquiera puedo soportar mirarme al espejo…

Sus palabras me dejan sin aliento. Durante un segundo, me quedo en silencio, intentando procesarlas. Pero la rabia aún está ahí, mezclándose ahora con algo más profundo.

—Eso no te da derecho a ignorar lo que está pasando. Ni a mí.

Él da un paso más hacia mí, reduciendo la distancia que hay entre nosotros hasta que casi puedo sentir el calor que desprende su cuerpo, incluso bajo la lluvia.

—No lo estoy ignorando. Pero tampoco puedes decir que esto no nos afecta a los dos.

Su voz se ha suavizado, pero sigue cargada de una intensidad que me resulta casi insoportable. Y entonces ocurre. Sin pensarlo ni planearlo, sus labios buscan los míos con una fuerza que lo consume todo.

El beso que me da es una explosión. No hay suavidad ni delicadeza, solo pura necesidad. Sus manos se posan en mi cintura y me atraen hacia él, mientras mi cuerpo responde como si hubiera estado esperando esto desde el principio. Mi propia rabia se transforma en deseo y lo único que quiero es perderme en esta conexión que lo consume todo.

—Valerie... —susurra contra mis labios, aunque apenas oigo su voz por el ruido de la tormenta que nos empapa.

No respondo. No hay palabras que puedan expresar lo que siento en este momento. Solo me aferro a él, como si fuera la única cosa que puede mantenerme a flote.

—Ven conmigo —me dice de repente mientras sus ojos buscan a los míos con una urgencia que no puedo ignorar. Asiento, incapaz de pensar en nada más que en lo que acaba de ocurrir.

Entramos en la mansión como dos fantasmas que huyen de la tormenta, dejando un rastro de agua a nuestro paso. Asher me lleva de la mano y me guía por los pasillos hasta su habitación. Cuando llegamos, cierra la puerta tras nosotros y se queda en silencio, observándome como si estuviera intentando decidir algo. Pero la duda no tiene cabida en este momento entre nosotros. Me acerco a él y deslizo mis manos por su cara, buscando esa conexión que acaba de despertar algo en mí y que no sabía que existía. Justo en este momento, ocurre de nuevo. Otro beso, pero ahora más intenso y urgente.

La habitación parece cobrar vida con el sonido de nuestros suspiros, un ritmo acompasado que aumenta con cada roce y con cada mirada que cruza la barrera de lo superficial

y llega a lo más profundo. La lluvia que golpea contra las ventanas apenas es un eco lejano frente a la tormenta que se desata entre nosotros. Mis manos buscan su cara, sus hombros y su pecho, como si necesitaran memorizar cada centímetro de su piel. Asher me observa, y su mirada me envuelve con una intensidad que no deja lugar a dudas: no hay marcha atrás.

—Valerie —mi nombre se escapa de sus labios como un susurro cargado de deseo y, algo que me quema sin comprenderlo del todo.

Siento sus manos en mi cintura, firmes pero delicadas, como si temiera que pudiera desvanecerme si me tocara con demasiada fuerza. El calor de sus dedos parece encender cada parte que toca de mi cuerpo, y la distancia que aún queda entre nosotros se reduce cuando él me atrae hacia su pecho. Nuestros cuerpos encajan como si hubieran sido diseñados para encontrarse en este preciso momento. La primera capa de ropa cae al suelo con un movimiento casi imperceptible, y la sensación de su piel desnuda contra la mía me provoca un escalofrío que recorre mi espalda. No sé si es el frío de la tormenta o el fuego que él despierta en mí, pero ahora mismo es lo último que me importa.

—Eres tan hermosa —murmura con la voz ronca, mientras sus labios se deslizan por mi cuello, dejando un rastro de calor que hace que todo mi cuerpo tiemble.

Mis dedos se enredan en su cabello y mis labios buscan los suyos con una desesperación que nunca había sentido. Nuestro beso es un choque de emociones desbordadas, una mezcla de necesidad y anhelo que me hace olvidar todo lo que no sea él. Sus manos recorren mi espalda, trazando líneas invisibles que hacen que mi respiración se entrecorte. Es como si supiera exactamente dónde tocar para desarmarme y hacerme olvidar el mundo exterior que hay al otro lado de la puerta de esta habitación.

Cuando nuestras miradas se encuentran, siento que el aire desaparece de mis pulmones. Hay algo en la forma en que me mira que me hace sentir vulnerable y poderosa al mismo tiempo, como si fuera capaz de destruirme y salvarme en un solo instante.

—No tengas miedo —me dice en apenas un susurro.

Y, por primera vez, no lo tengo. Me rindo a lo que estoy sintiendo, a este deseo que arde en mi interior como nunca antes lo había hecho. Su boca busca la mía de nuevo y esta vez nuestro beso es más lento y profundo, como si quisiera grabar este instante en mi memoria para siempre.

Las prendas de ropa, que aún nos quedan puestas desaparecen una tras otra. Cada uno de nuestros movimientos están marcado por una ternura que me desconcierta y me emociona a partes iguales. Sus manos recorren mi piel con una mezcla de hambre y devoción, como si cada centímetro de mí fuera un tesoro que él estuviera descubriendo por primera vez. Me pierdo en él, en sus caricias y en el peso de su cuerpo sobre el mío cuando finalmente nos dejamos caer sobre la cama. Nos abrazamos y él se coloca entre mis piernas. Siento mi sexo húmedo y hambriento de él. Asher lo sabe y con un gesto hábil coloca la punta de su glande en mi entrada y se adentra poco a poco, pero con decisión y de manera profunda. Al sentirlo ensartado en mí, se me escapa un hondo suspiro desde lo más profundo de mi garganta y él vuelve a besarme. Entre besos mi cuerpo se abre poco a poco para adaptarse a él. Acompasamos el ritmo de nuestras caderas y la noche se convierte en un torbellino de emociones, un vaivén entre la pasión y algo mucho más profundo. Cada caricia y cada palabra susurrada entre jadeos, me lleva más lejos de la realidad, a un lugar donde solo existimos él y yo. Es un momento de entrega absoluta, donde no hay espacio para las dudas ni para el miedo, solo existe el calor de su cuerpo, la fuerza de sus brazos y la manera en que sus ojos parecen hablarme sin necesidad de palabras. Sin duda, sabe cómo tocarme y cómo acariciarme para volverme loca. Es un amante hábil y entregado y lo sabe, por lo

que le cuesta poco hacerme enloquecer con sus buenas dotes de amante generoso. Cuando estallo de placer entre sus brazos él me sigue, mientras nos miramos a los ojos y nos besamos.

Cuando finalmente caemos juntos en el silencio, con la respiración entrecortada y los cuerpos aún entrelazados, siento que algo dentro es distinto. Asher me observa de una manera que no esperaba y, en ese instante, sé que, pase lo que pase después, esta noche quedará grabada en mi memoria como una de las más intensas y reales de mi vida.

A la mañana siguiente, la luz tenue se cuela por las cortinas mientras me despierto. Asher sigue dormido a mi lado, con la respiración tranquila y su rostro relajado. Es una imagen que me sorprende, porque es muy distinta a la del hombre que conozco.

Me levanto con cuidado, intentando no despertarle, y empiezo a buscar mi ropa. Es entonces cuando mi mirada se fija en un documento que sobresale de su mochila, colocada descuidadamente junto a la puerta y que anoche ni me di cuenta de que estaba ahí.

La curiosidad me vence. Me acerco, lo cojo y leo las primeras líneas sin realmente entender por qué lo estoy haciendo, pero lo que leo me deja helada. Frente a mí tengo los términos del trato con los inversores. La necesidad de mantener una relación para cumplir con las condiciones.

El papel tiembla entre mis manos mientras lo dejo de vuelta en su sitio. Siento que todo lo que ha ocurrido esta noche, todo lo que he sentido, acaba de ser eclipsado por una verdad que no sé cómo digerir. Me visto en silencio y salgo de la habitación antes de que Asher se despierte, y huyo hasta mi dormitorio con la cabeza llena de preguntas que no sé si quiero responder.

Capítulo 18

Valerie

El aire de la habitación me ahoga. Cada rincón parece susurrarme al oído lo que pasó anoche, la intensidad, el deseo y, ahora, la traición que me quema por dentro. Recuerdo el documento que he tenido entre mis manos hace unos instantes, y que ha convertido algo que ya sabía en una realidad demasiado cruda para ignorar. Lo sabía, claro que lo sabía, pero verlo escrito me ha roto por dentro.

Camino por mi habitación con los brazos cruzados, sintiendo cómo la rabia y la decepción se mezclan en mi interior. Cada palabra que aparecía en ese texto me retumba en la cabeza: *relación conveniente, necesidad de apariencia*... Tengo claro que para Asher no soy más que un peón en su partida, y esta noche… me he dejado arrastrar como una ingenua. Respiro hondo, intentando calmar el temblor en mis manos. Mi ropa aún está húmeda por la tormenta, pero lo que siento no tiene nada que ver con el frío que noto en mi cuerpo. Me siento humillada, usada, como si cada gesto, cada palabra y cada caricia, que Asher me regaló anoche, hubiera formado parte de un guion premeditado.

Llena de rabia, decido regresar a su habitación. Necesito hablar con él y que me diga a la cara cómo justifica esta farsa, aunque sea solo para confirmar lo que ya me temo: que todo entre nosotros no ha sido más que una mentira bien ejecutada por su parte.

Cuando llego frente a su puerta, lanzo un hondo suspiro en un fracasado intento de tranquilizarme y llamo con los nudillos sobre la madera oscura. Poco después, él aparece tras la puerta con una toalla alrededor de la cintura y con el pelo desordenado y aún mojado. Su piel parece brillar bajo la luz tenue de la habitación. Por un momento, me detengo a observarlo, a recordar cómo me miró anoche y cómo me tocó, pero esa imagen se disuelve en cuanto mis ojos vuelven a la mochila que hay junto a la puerta y al papel que sobresale de ella. Entro en la habitación, sin esperar a que me invite y camino hacia la mochila.

—¿Qué es esto? —le pregunto después de coger con un zarpazo el documento y con la voz más firme que consigo reunir.

Él se detiene, desconcertado al principio, pero en cuanto ve el papel en mi mano, su rostro cambia. Es sutil, un ligero fruncimiento de ceño, una tensión en los hombros, pero es suficiente para que lo note.

—Valerie, déjame explicártelo.

—No quiero explicaciones. Quiero saber si todo esto, todo lo que hemos hecho, todo lo que me has dicho, es parte de este maldito trato. —Levanto el documento, agitando la hoja en el aire frente a su cara, como si el simple gesto pudiera disipar la niebla de mi cabeza.

Asher da un paso hacia mí, pero retrocedo. No quiero que esté cerca de mí, no ahora.

—El trato era necesario para salvar la empresa —me dice con voz grave, como si

eso lo justificara todo—. Pero lo que ha sucedido esta noche… eso no tenía nada de falso.

Su tono casi me hace dudar, pero no puedo permitírmelo.

—¿De verdad esperas que te crea? —mi voz se quiebra, aunque intento mantenerme fuerte—. Para ti, tal vez fue real. Pero para mí, solo fue otra mentira más en tu repertorio.

—Valerie, no es así. Lo que siento por ti…

—¡No te atrevas a terminar esa frase! —le interrumpo, sintiendo cómo la rabia se apodera de mí—. No mezcles sentimientos con esto, no después de lo que he leído.

El silencio entre nosotros es tan denso, que parece llenar cada rincón del dormitorio. Él se pasa una mano por el pelo, frustrado, mientras yo intento mantenerme firme, aunque por dentro me estoy rompiendo.

—¿Qué querías que hiciera? —me pregunta finalmente con un tono de voz más suave, pero cargado de cansancio—. ¿Dejar que todo se viniera abajo? ¿Perderlo todo?

—No me metas en tu guerra. No soy tu solución.

Camino por la habitación, dejo el papel sobre la mochila y regreso hacia la puerta.

—¿Qué haces?

—Lo que debería haber hecho hace tiempo. Me voy. No puedo seguir con esto, ni con este trato ni contigo.

—Valerie, no seas impulsiva.

—¿Impulsiva? ¿Impulsiva es negarme a seguir siendo parte de tu teatro? —pregunto cruzando los brazos sobre mi pecho—. He soportado tus reglas, tus condiciones y tu maldito control sobre todo. Pero no puedo aguantar esto.

Sus ojos reflejan algo que no sé identificar. ¿Frustración? ¿Miedo? No importa. No puedo quedarme a averiguarlo.

—Por favor, no te vayas —me ruega, dando un paso hacia mí, pero esta vez no retrocedo.

—No me pidas nada más. Ya me has rogado demasiado.

Paso junto a él y salgo de la estancia, dejando atrás la habitación y todo lo que representa. Voy hacia mi dormitorio, cojo mi maleta y me marcho. Cada paso por los pasillos de la mansión es un recordatorio de lo lejos que he llegado para terminar así. El sonido de la lluvia ha cesado, pero el aire sigue cargado, como si la tormenta aún se resistiera a marcharse del todo. Cuando subo al coche, que me llevará al puerto, miro por última vez la mansión. No siento alivio, solo un vacío que amenaza con consumirlo todo.

El ferry se mueve con suavidad sobre las aguas aún agitadas. Me quedo junto a la barandilla, dejando que el viento fresco me golpee la cara mientras intento organizar mis pensamientos. Pero es inútil. Lo único que consigo es recordar las palabras, las manos y la mirada de Asher. En ese momento, mi móvil vibra en el bolsillo de mi abrigo y me arranca de mis pensamientos. Al principio, no pienso en contestar, pero algo me impulsa a mirar. Es un mensaje de un número desconocido.

Número desconocido:
No creas todo lo que te han contado.
Hay más en juego de lo que imaginas.

Leo el mensaje una y otra vez, intentando encontrarle sentido. ¿Qué significa? ¿Quién lo ha enviado?

Guardo el teléfono de nuevo, con el corazón bombeando rápido en medio de mi pecho. La rabia que sentía se mezcla ahora con una nueva sensación: incertidumbre. Sé que esto no ha terminado y que lo que he dejado atrás en Skye aún no ha dicho su última palabra.

Capítulo 19

Asher

El eco de mis pasos en el despacho es lo único que rompe el silencio de la casa. He perdido la cuenta de las vueltas que he dado de un lado a otro. Mi cabeza va a mil por hora y no consigue detenerse, atrapada entre los recuerdos de Valerie y el maldito vacío que dejó cuando se fue. Nunca he sido alguien que tolere la soledad, pero esta vez no se trata de estar solo. Se trata de perderla a ella.

Apoyo las manos en el borde del escritorio y cierro los ojos. La última conversación que tuvimos me persigue como una sombra. Su mirada llena de rabia, su voz rota al acusarme de usarla y de convertir lo que compartimos en una mentira. No puedo culparla. La verdad, tal y como ella vio en ese documento, era lo suficientemente cruel como para hacer que cualquier cosa que haya pasado entre nosotros parezca un engaño.

Miro alrededor del despacho, buscando algún consuelo en los objetos que me rodean, pero lo único que consigo es sentirme atrapado. Siempre he pensado que esta empresa es un reflejo de mi éxito, de lo lejos que he llegado, pero ahora todo parece vacío, igual que yo me siento. Ni siquiera las vistas de Edimburgo desde los ventanales logra calmarme. Lo único que veo es la distancia que se ha creado entre Valerie y yo.

Valerie. No puedo dejar de pensar en su cara, en su sonrisa y en cómo me miraba antes de que todo se desmoronara. Y lo peor de todo es que sé que la culpa es mía. No he sido honesto ni con ella, ni siquiera conmigo.

Un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos. Mi padre entra sin esperar respuesta, como siempre. Richard O’Connor nunca ha sido de los que piden permiso para nada.

—¿Vas a pasarte todo el día aquí, lamentándote? —su voz tiene ese tono despectivo que he aprendido a soportar desde niño.

No respondo de inmediato. Me limito a enderezarme y a mirarle fijamente. Su presencia siempre llena la estancia en la que está, no por su tamaño, sino por la fuerza con la que proyecta su autoridad.

—No estoy de humor para tus sermones, papá —respondo, cansado de mantener las formas.

—Pues será mejor que lo busques, porque no pienso quedarme callado mientras veo cómo tiras tu vida por la borda.

—¿Mi vida o la empresa? —le espeto, cruzándome de brazos. Al escucharme, su expresión se endurece, pero no retrocede.

—Ambas. Estás fallando como empresario y como hombre. Tu madre estaría decepcionada si viera en lo que te has convertido: un niño mimado jugando a ser el jefe.

Sus palabras me golpean en medio del pecho. Mi madre siempre fue el equilibrio en mi vida, algo que mi padre nunca pudo ser, y mencionarla en este contexto es un golpe muy

bajo incluso para él.

—No tienes derecho a hablar de ella —le advierto con la voz grave.

—Claro que lo tengo. Y si estuviera aquí, estaría diciendo lo mismo que yo: que estás dejando que una mujer y tus propios errores te hagan perder todo por lo que hemos trabajado.

La rabia comienza a arder en mi interior, pero me esfuerzo por mantener la calma. No le daré el gusto de verme perder el control.

—No sabes nada de lo que está pasando —le respondo finalmente.

—Sé suficiente. Sé que Claudia sigue moviendo los hilos a tus espaldas y que tú estás demasiado ocupado llorando por una asistente como para hacer algo al respecto.

—Valerie no es *una asistente*. Y en cuanto a Claudia, ya me ocuparé de ella. No necesito que me digas cómo manejar mi vida.

Mi padre me observa durante un largo momento, evaluándome como si fuera un proyecto en el que ha perdido la fe. Finalmente, sacude la cabeza y se gira hacia la puerta.

—Espero que sea cierto. Porque, si no, no tendrás nada que manejar dentro de poco.

Su salida deja tras de sí un silencio que me pesa más que sus palabras. Me dejo caer en la silla del escritorio y me paso las manos por la cara. No puedo seguir así. Necesito respuestas. Y sé exactamente por dónde empezar a buscarlas.

Claudia está sentada en la terraza de uno de los clubes más exclusivos de Edimburgo, con una copa de vino en la mano y una sonrisa que no promete nada bueno. Me acerco a ella, ignorando las miradas curiosas de los demás comensales. Cuando estoy lo suficientemente cerca, levanta la mirada y su sonrisa se ensancha.

—Vaya, Asher. No esperaba verte tan pronto. ¿Qué te trae por aquí? ¿Negocios o placer? —su tono es ligero, aunque percibo una malicia evidente en sus ojos.

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí —le respondo, tomando asiento frente a ella sin esperar a que me invite a sentarme.

—Ah, ¿sí? —me pregunta antes de beber un sorbo de vino con la calma de alguien que sabe que tiene la ventaja—. Ilumíname.

—Valerie se ha ido. Y estoy casi seguro de que tú tienes algo que ver con eso.

Su risa es suave, casi musical, pero no hay nada de divertido en ella.

—Oh, Asher. Siempre tan rápido para culpar a los demás. ¿No se te ha ocurrido pensar que, tal vez, la chica simplemente se cansó de *jugar a ser tu prometida*?

—No juegues conmigo, Claudia. Sé cómo funcionas. Siempre tienes un plan, y estoy harto de formar parte de él.

Ella se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa y me mira directamente a los ojos.

—Por supuesto que tengo un plan. Siempre lo he tenido. Y si esperabas que me quedara de brazos cruzados, entonces no me conoces en absoluto.

—Esto no es un juego —le digo, intentando mantener la calma—. Estás poniendo en peligro algo más grande de lo que puedes controlar.

—¿En serio? Porque, desde donde yo estoy, parece que tú eres el único que lo está perdiendo todo. Y no soy yo quien ha dejado que una mujer lo arruinara.

Su comentario me golpea fuerte en medio del pecho, pero me obligo a mantenerme firme.

—Valerie no tiene nada que ver con esto. Y si has hecho algo para que se marche, pienso descubrirlo.

Claudia me dedica una sonrisa venenosa, que me hace sentir como si estuviera un paso por detrás de ella.

—Quizá deberías preguntarle a Valerie sobre el misterioso mensaje que recibió. Quién sabe, tal vez descubras que tus problemas no terminan conmigo.

Sus palabras me dejan helado, pero no le doy el gusto de mostrarlo. Me levanto sin decir una palabra más y me marcho, dejando su risa burlona detrás de mí.

Mientras camino por las calles de Edimburgo, con la cabeza llena de preguntas y el corazón cargado de culpa, solo puedo pensar en una cosa: encontrar a Valerie y descubrir la verdad antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 20

Valerie

La rutina debería ser mi refugio, pero no consigo sentirme cómoda en ella. El café que tengo frente a mí se ha enfriado mientras intento concentrarme en el correo electrónico que tengo abierto frente a mí en la pantalla del portátil. La lluvia suave golpea los cristales de la ventana del pequeño salón de mi piso en Edimburgo, creando un ambiente acogedor que debería relajarme. Sin embargo, mi mente sigue atrapada en el mismo lugar: la Isla de Skye.

Desde que regresé, he intentado llenar los días con tareas que me mantengan ocupada, pero no hay suficiente trabajo en el mundo que consiga distraerme de ese mensaje anónimo, ni del recuerdo de Asher. Su mirada, sus palabras… y todo lo que ocurrió aquella noche en su habitación. Me levanto de golpe, incapaz de soportar el peso de mis propios pensamientos.

Mi teléfono vibra en la mesa y consigue sacarme de mi espiral. Es Lilly.

—¿Sigues metida en casa como una ermitaña? —me pregunta con un tono divertido, aunque sé que está preocupada.

—Estoy trabajando —respondo, aunque sé que no le estoy diciendo del todo la verdad.

—Claro, *trabajando…* —La ironía en su voz es imposible de ignorar—. Valerie, necesitas salir de ahí. Un paseo, un café, lo que sea. Te estás consumiendo metida en casa y sin que te dé el aire.

Sus palabras me golpean donde me duele. Suspira al otro lado de la línea antes de añadir:

—Mira, está parando de llover, así que aprovecha y ve a la cafetería de siempre, pide un capuchino y finge que la vida sigue siendo normal.

Dudo por un momento, pero finalmente acepto. Quizá un cambio de escenario me ayude a aclarar mis pensamientos.

La cafetería está animada, aunque no tanto como esperaba para una tarde de sábado. Me acomodo en una de las mesas que hay junto a la ventana y dejo que el calor de la taza, que tengo entre mis manos, me reconforte. Desde mi asiento, observo cómo la gente al otro lado de la ventana va y viene, sumida en su propio mundo. Durante un instante, envidio su aparente tranquilidad, aunque poco después mis pensamientos regresan de nuevo al mensaje que todavía no consigo entender y que se repite en mi cabeza como un mantra infinito: *«No creas todo lo que te han contado. Hay más en juego de lo que imaginas»*. ¿Qué más puede estar en juego? Ya he perdido lo suficiente: mi trabajo, mi dignidad, mi paz mental…

—¿Valerie?

La voz profunda que pronuncia mi nombre hace que mi cuerpo se tense al

instante. Levanto la vista y ahí está: Asher con su intensa mirada gris acero. Su figura, imponente como siempre, bloquea por completo mi visión de la puerta. Lleva una chaqueta oscura que resalta el color de sus ojos y una expresión que no sé descifrar.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con un tono más frío del que pretendía.

—No esperaba encontrarte. —Señala la silla que tengo frente a mí—. ¿Puedo sentarme?

Dudo. Quiero decir que no, pero algo en su mirada me detiene. Finalmente, asiento con un gesto brusco.

—No tengo mucho tiempo.

—Solo necesito unos minutos.

Se sienta y, durante unos segundos, ninguno dice nada. Me fijo en cómo se mueve, en los pequeños gestos que hace al colocarse la chaqueta o al frotarse las manos. Parece cansado, casi derrotado, pero no dejo que eso me afecte.

—Quiero explicarme —comienza.

—No hace falta. Ya sé todo lo que necesito saber.

—No, no lo sabes. Valerie, lo que pasó en Skye… no fue solo un error o una estrategia, como crees... Para mí fue real.

Su sinceridad me desconcierta, pero me esfuerzo por mantenerme firme.

—¿De verdad esperas que te crea?

Él frunce el ceño, como si estuviera intentando buscar las palabras adecuadas.

—Sé que cometí errores. No debería haber ocultado lo que sabía que podía herirte, pero Claudia…

—Por supuesto. Claudia. Siempre Claudia. —Interrumpo, cruzando de brazos—. ¿Qué excusa tienes esta vez?

—No es una excusa. Ella está detrás de todo esto, intentando sabotear la empresa y todo lo que he construido. Y creo que también está detrás de ese mensaje que recibiste.

Sus palabras hacen que me enderece en la silla.

—¿Qué sabes sobre ese mensaje? —le pregunto arrugando el entrecejo.

—No mucho. Solo que alguien quiere separarnos más de lo que ya lo estamos. Y creo que Claudia tiene un interés personal en asegurarse de que no volvamos a confiar el uno en el otro.

Su voz suena honesta, pero mi orgullo no me permite bajar la guardia tan fácilmente.

—Si esto que me dices es cierto, ¿por qué me lo cuentas ahora?

—Porque necesito tu ayuda. —Su tono cambia, volviéndose más intenso—. No puedo hacerlo solo. Claudia conoce mis puntos débiles, pero contigo no sabe cómo comportarse.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Hay una parte de mí que quiere rechazarlo de inmediato, decirle que se las apañe solo. Pero hay algo en la forma en que me mira, que me hace dudar.

—¿Y qué esperas que haga? —pregunto finalmente.

—Quiero que me ayudes a descubrir la verdad. No solo sobre lo que está haciendo Claudia, sino sobre lo que pasó realmente en Skye.

Su respuesta me descoloca.

—¿Por qué crees que me importa lo que pasó en Skye?

—Porque si no te importara, no estarías aquí ahora mismo, escuchándome.

Su comentario me deja sin palabras. Aprieto los labios, intentando no ceder al

torbellino de emociones que siento.

—Está bien —digo finalmente—. Te ayudaré. Pero con una condición.

—La que sea.

Me inclino hacia él, asegurándome de que entienda cada una de mis palabras.

—Esto no cambia nada entre nosotros. Cuando todo termine, tú y yo seremos historia.

Asher asiente lentamente, aunque algo en sus ojos me dice que no está tan convencido como aparenta.

Cuando salgo de la cafetería, siento que el aire es un poco más ligero, aunque dentro de mi pecho sigue desatado el caos. Sé que ayudar a Asher es un riesgo, no solo para mi tranquilidad, sino también para mi corazón. Pero, a pesar de todo, hay algo dentro de mí quiere creer que esto es algo más que un juego, tal y como decía ese mensaje. Y, por primera vez desde que volví a Edimburgo, siento que el camino que tengo delante, aunque complicado, es el que debo seguir.

Capítulo 21

Asher

El motor del coche ronronea suavemente mientras recorro las calles de Edimburgo. Valerie está sentada a mi lado, con la mirada fija en el paisaje que hay al otro lado de la ventanilla. La ciudad parece estar sumida en un sueño, con las luces de los edificios brillando como diminutas estrellas contra el cielo encapotado. Me esfuerzo por mantener la atención en la carretera, aunque la sensación de tenerla aquí, tan cerca y tan lejos a la vez, pesa más de lo que querría.

Cuando aparco frente a mi edificio, me doy cuenta de que no he pronunciado ni una sola palabra desde que salimos de la cafetería. Valerie tampoco ha dicho nada, pero sé que no está tranquila, porque sus manos, entrelazadas en su regazo, no han dejado de moverse durante todo el trayecto.

—¿Aquí vives? —me pregunta finalmente, observando el edificio de cristal y acero que se alza ante nosotros.

Asiento y salgo del coche. El aire frío de la noche me golpea en la cara mientras rodeo el vehículo para abrirle la puerta. Ella sale sin mirarme, con su típica expresión de indiferencia que sé que es solo la imagen que pretende aparentar.

Subimos en silencio hasta el ático. Mi apartamento no es un lugar que suelo compartir con nadie, pero esta vez no tengo opción. Si vamos a trabajar juntos para descubrir lo que Claudia está tramando, necesito tener acceso a mis documentos, y todos los tengo aquí.

Cuando abro la puerta, Valerie entra con pasos cautelosos, como si temiera romper algo. Sus ojos recorren el espacio, deteniéndose en los ventanales que ofrecen una vista panorámica de la ciudad.

—No me lo esperaba así —dice al cabo de un momento, cruzando los brazos delante de su pecho.

—¿Qué esperabas?

—Algo más frío. Más... impersonal —me contesta encogiéndose de hombros.

No respondo. Sé que mi apartamento tiene un aire distinto al resto de los lugares donde suelo moverme. Las paredes están adornadas con cuadros que mi madre eligió cuando aún vivía, y hay libros desparramados en una estantería que jamás he tenido la paciencia de ordenar. Este espacio es más mío que cualquier otro lugar, por eso no acostumbro a compartirlo con nadie.

—Siéntate donde quieras. Voy a buscar los documentos —le digo, señalando el sofá de cuero frente a una mesa de cristal.

Ella asiente, aunque parece más interesada en el cuadro abstracto que cuelga sobre la chimenea que en tomar asiento. Voy hacia el despacho, donde tengo una pila de carpetas relacionadas con los inversores y los movimientos recientes de Claudia. Cuando regreso al salón, la encuentro de pie, mirando uno de los libros abiertos sobre la mesa.

—¿Lees poesía? —pregunta con una ceja levantada, señalando el libro.

—A veces. Mi madre la adoraba.

No dice nada más, pero noto que algo en su postura se suaviza. Es un pequeño cambio, casi imperceptible, pero lo suficiente como para darme cuenta de que está viendo una parte de mí que nunca había mostrado fuera de estas paredes.

Nos sentamos frente a la mesa, y empiezo a explicarle lo que he encontrado sobre Claudia: correos electrónicos sospechosos, movimientos financieros que no cuadran y una lista de contactos, que claramente incluyen a algunos de los inversores más influyentes. Valerie escucha con atención, haciendo preguntas precisas y tomando notas en un cuaderno que ha encontrado sobre la mesa.

—Todo esto es un desastre —dice después de un rato, dejándose caer contra el respaldo del sofá.

—Bienvenida a mi vida —respondo con una media sonrisa, aunque en el fondo no me hace gracia.

Es entonces cuando lo ve. El sobre que sobresale de una de las carpetas. Valerie lo saca con cuidado y lo abre antes de que pueda detenerla.

—¿Qué es esto?

—Cartas —respondo, incapaz de alcanzarlo antes de que lo abra—. De mi madre.

La miro mientras saca una de las cartas y empieza a leerla en silencio. La habitación parece haberse quedado en pausa y, aunque debería quitarle ese sobre de las manos, no lo hago. Esas cartas son un tesoro para mí, porque son lo único que me queda de ella, de su voz y de su manera de ver el mundo.

Cuando termina de leer, alza la mirada del papel y me mira con algo que no sé si es compasión o curiosidad.

—¿Qué significa? —pregunta, señalando la frase que se repite en varias de las cartas: *El amor no es debilidad, sino valentía*.

—Era algo que solía decirme. —Me llevo una mano al cuello, donde el tatuaje con esas palabras asoma por debajo de mi camisa—. Ella creía que amar a alguien era el acto más valiente que podíamos hacer, porque significaba abrirse y arriesgarse.

Valerie guarda silencio, pero su mirada lo dice todo. No sé por qué le estoy contando esto. Quizá porque no quiero que piense que soy solo un cínico que utiliza a las personas.

—¿Por qué nunca hablas de ella? —me pregunta finalmente.

Al escucharla, noto cómo un nudo se forma en mi garganta, pero lo ignoro.

—Porque su muerte me rompió. Tenía catorce años y, en aquel momento, pensé que podía superar cualquier cosa. Pero cuando ella se fue… todo cambió. Mi padre se convirtió en alguien que no reconocía, y yo aprendí a mantenerme fuerte, porque no había nadie más que lo hiciera por mí.

Valerie me mira como si estuviera viendo algo que no esperaba encontrar.

—No puedo permitirme ser vulnerable —admito en voz baja—. Cada vez que lo hago, pierdo a las personas que más me importan.

Sus palabras llegan a mí como un golpe directo.

—Tal vez esa sea la razón por la que siempre terminas solo.

Me gustaría enfadarme al escuchar lo que me acaba de decir, pero no puedo. Tiene razón. Y quizá, por primera vez, no intento negarlo. Solo la miro, dejando que esas palabras se queden flotando entre nosotros, tan ciertas como dolorosas.

Capítulo 22

Valerie

Los papeles que tengo frente a mí parecen multiplicarse cada vez que paso la mirada por ellos. Documentos financieros, correos impresos, extractos bancarios… un cúmulo de información que he pasado horas desentrañando, tratando de encontrar algo que confirme las sospechas de Asher. El ambiente en su apartamento es tranquilo, quizá demasiado para mi estado mental. Solo el sonido lejano de la ciudad y el ocasional sonido de las páginas al pasarlas interrumpen el silencio que domina todo.

En ese momento, mi móvil vibra junto al cuaderno donde he estado tomando notas. Lilly me ha escrito un mensaje que ni siquiera abro; sé que es otro recordatorio de lo imprudente que estoy siendo al implicarme tanto en esta historia. Pero algo dentro de mí no me permite dar un paso atrás, al menos no hasta aclarar qué está ocurriendo realmente.

—¿Te queda mucho? —pregunta Asher desde la cocina, donde está preparando algo que huele deliciosamente bien.

Alzo la mirada hacia él, que está de espaldas y observo sus hombros anchos y fuertes, y noto cómo la tensión que siento se extiende al ambiente. No puedo dejar de pensar en la conversación que tuvimos anoche y en cómo me abrió una puerta a una parte de él que no sabía de su existencia.

—Todavía no he terminado. Esto no tiene fin —resoplo y le muestro la carpeta que tengo entre las manos, antes de volver a sumergirme en los documentos.

Es entonces cuando me doy cuenta de algo. Un correo que había pasado por alto al principio tiene un destinatario desconocido, alguien que no figura entre los contactos habituales de Asher, ni de los inversores. Leo el contenido y, a medida que avanzo, mis sospechas se confirman: Claudia no solo está filtrando rumores, sino que ha enviado mensajes desde direcciones falsas, haciéndose pasar por mí.

—Esto no puede ser real —digo en voz alta y la rabia comienza a hervir en mis venas, aunque intento mantener la calma.

—¿Qué has encontrado? —Asher se acerca con dos tazas de café en la mano y se sienta junto a mí, dejando una a mi lado.

—Correos enviados en mi nombre. Claudia no solo está intentando sabotearte a ti, también ha intentado desacreditarme. —Le paso el papel para que lo lea, mientras siento cómo mi pulso se acelera.

Él lo revisa con el ceño fruncido y una maldición escapa de sus labios.

—Es más astuta de lo que pensaba. No solo quiere destruir la empresa, sino también quiere asegurarse de que nadie confíe en ti.

—Eso no es lo peor. —Me aparto un mechón de pelo de la cara y respiro hondo —. Estos correos se enviaron a inversores clave, lo que significa que está intentando apartarnos a

ambos del camino.

Asher me observa en silencio durante un momento, como si estuviera evaluando hasta qué punto puede ser verosímil lo que le digo.

—¿Crees que eso podría demostrarse? —pregunta finalmente.

—Con las pruebas adecuadas, sí. Pero no va a ser fácil. Claudia es cuidadosa y dudo que haya dejado rastros evidentes que la incriminen.

Él asiente, pero su mirada refleja algo más que preocupación. Hay una mezcla de culpa y vulnerabilidad que no puedo ignorar, aunque no estoy dispuesta a permitirme sentir lástima por él.

—Gracias por no salir corriendo —me dice de repente con la voz más suave de lo habitual.

Me quedo paralizada por un instante. No sé si agradezco su sinceridad o si me molesta que siga viendo esto como una cuestión personal entre nosotros.

—No lo hago por ti —respondo, buscando restarle importancia a la tensión que hay en el aire—. Lo hago porque nadie merece que le hagan esto.

Él sonríe levemente, pero sus ojos me dicen que no me cree del todo.

Horas después, estoy frente a un inversor clave que accedió a reunirse con nosotros tras insistir en que era urgente. Asher y yo hemos presentado los datos necesarios para demostrar que algo está ocurriendo en la empresa, pero es evidente que el hombre no está del todo convencido.

—Es una acusación muy seria —nos dice mientras entrelaza los dedos sobre la mesa—. No puedo tomar decisiones basándome únicamente en sospechas.

—Lo entendemos —responde Asher con su habitual calma calculada—. Pero agradeceríamos que revise la información y considere lo que está en juego.

Antes de que podamos continuar, la puerta se abre y entra Claudia, vestida impecablemente y con esa sonrisa que siempre me parece más un arma que un gesto cordial.

—¡Vaya, vaya! —exclama con fingida sorpresa—. No esperaba encontraros aquí.

—Claudia. —El tono de Asher es frío, cortante.

Ella se acerca a la mesa, ignorando por completo la tensión que ha creado su presencia.

—¿Y qué os trae por aquí? ¿Algún asunto de negocios? Oh, claro, seguramente la señorita Valerie esté compartiendo su sabiduría con vuestro querido inversor. —Su tono está cargado de veneno, pero su expresión no muestra nada más que cortesía.

Antes de que pueda responder, noto cómo el inversor nos observa con creciente interés. Claudia no pierde el tiempo en aprovechar la oportunidad para plantar sus dudas sobre la mesa.

—Espero que no le estés dando demasiada importancia a lo que te dicen. Después de todo, no es un secreto que esta… relación es más teatral que otra cosa. —Sus palabras parecen flotar en el aire, cargadas de intención.

Mi pulso se acelera, pero no puedo dejar que me afecte. Me enderezco en mi asiento y la miro directamente a los ojos.

—Si nuestra relación es una farsa, entonces Claudia debes ser una experta en teatro, porque parece que siempre estás actuando para alguien.

Un silencio tenso llena la sala mientras mis palabras resuenan a nuestro alrededor. Claudia me mira con una expresión que no logra disimular su sorpresa, pero rápidamente se recupera y sonríe con falsa amabilidad.

—Siempre tan ingeniosa, Valerie. Es una pena que no aproveches ese talento para algo más útil.

—Quizá deberías intentarlo tú. —Mi tono es cortante, pero no alzo la voz. No pienso darle la satisfacción de verme alterada.

Claudia se despide con una sonrisa forzada, pero sé que este no será el último enfrentamiento que tengamos.

De vuelta en el coche, me recuesto contra el asiento mientras intento procesar todo lo que ha sucedido. Asher conduce en silencio, pero puedo notar como fija su mirada en mí de vez en cuando.

—Lo has manejado bien —dice finalmente.

—Gracias —respondo sin mucha emoción.

Cuando llegamos a su apartamento, mi teléfono suena con un mensaje y al buscarlo en mi bolso encuentro un sobre sin remitente, que no estaba ahí antes. Mi corazón se detiene por un instante mientras lo abro y leo las palabras escritas con letra pulcra en un papel sin nadie que lo firme:

«Si quieres salvar a Asher, abandónalo».

Las palabras parecen gritarme desde el papel, como una advertencia que no puedo ignorar. Alzo la mirada hacia Asher, pero no digo nada. Aún no. Sé que este juego está lejos de terminar y la partida acaba de volverse más peligrosa.

Capítulo 23

Asher

El eco de nuestros pasos en el suelo del apartamento es lo único que oímos. Valerie no dice nada mientras dejo mi chaqueta sobre el respaldo de una silla, y yo tampoco hablo. Después de todo lo que ha sucedido en la reunión, no sé cómo empezar. Su actitud durante el encuentro con el inversor ha sido impecable, firme y calculada, pero ahora parece más distante que nunca.

Me acerco a la barra de la cocina y abro una botella de agua. El simple acto de llenar un vaso me da unos segundos para aclarar mis pensamientos. No puedo ignorar lo que Claudia insinuó en aquella sala, ni la forma en que Valerie la desarmó con una sola frase. Pero también sé que esto está lejos de terminar.

—Gracias —digo finalmente.

Valerie, que ha permanecido de pie junto al sofá, gira la cabeza hacia mí. Su mirada es indescifrable y veo el cansancio en sus ojos.

—¿Por qué? —pregunta, cruzando los brazos. Su tono es tan frío que me hace estremecer.

—Por defenderme. Por mantenerte firme, incluso cuando Claudia ha intentado arrastrarte al barro. —Doy un paso hacia ella, pero me detengo antes de acercarme demasiado. Hay una barrera invisible entre nosotros que no me atrevo a cruzar.

Valerie resopla, negando con la cabeza.

—No lo he hecho por ti. Lo he hecho porque alguien tenía que pararle los pies y acabar con su interpretación de teatro malo.

Su respuesta debería dolerme, pero en cierto modo la entiendo. Me quedo en silencio, buscando las palabras adecuadas para responderle, aunque sé que nada de lo que le diga será suficiente.

—Sé que no debí haberte metido en esto —le digo al fin, apoyándome en el respaldo del sofá. Mis dedos tamborilean sobre la madera mientras intento calmar mi ansiedad —. Nunca ha sido mi intención convertirte en el blanco de sus ataques.

Valerie suelta una carcajada seca, sin rastro de humor.

—¿De verdad? ¿Qué esperabas que sucediera cuando aceptaste ese trato? —Da un paso hacia mí, y sus ojos me atraviesan como dagas—. ¿Que todo sería sencillo? ¿Que nadie hiciera preguntas?

—No —admito, bajando la mirada hacia el suelo—. Pero tampoco pensé que las cosas llegarían tan lejos.

Su expresión cambia ligeramente, aunque no estoy seguro de si es por compasión o exasperación.

—Entonces, dime la verdad. Toda la verdad.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos verdes. Veo algo en ellos que me

obliga a seguir adelante, aunque cada palabra que estoy a punto de decir me pese como una losa.

—Al principio, acepté porque era lo único que podía salvar la empresa. —Respiro hondo, intentando reunir el valor para continuar—. Pero no fue solo eso. Lo hice porque quería demostrarle a mi padre que podía hacer algo por mí mismo, que no soy el fracasado que siempre ha creído que soy.

Valerie frunce el ceño, y sé que no basta con lo que he dicho. Así que dejo salir todo lo que llevo dentro.

—Siempre sentí que tenía que ser perfecto para ser aceptado, para ganar su respeto. Pero incluso cuando conseguí todo lo que él quería, nunca le resultó suficiente. Y contigo… —Hago una pausa, temiendo que mi voz se quiebre—. Contigo me he dado cuenta de que nunca seré suficiente para nadie.

El silencio que sigue a mi confesión es ensordecedor. Valerie me mira como si intentara descifrar lo que acabo de decir.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que no eres suficiente? —su voz es suave, aunque hay mucha dureza en ella.

—Es lo que he aprendido a lo largo de mi vida —respondo, encogiéndome de hombros. Intento sonar indiferente, pero la verdad es que noto como si hubiera dejado al descubierto la parte más vulnerable de mí.

Valerie se cruza de brazos, pensativa con una expresión en su cara menos severa, pero todavía no sé si está dispuesta a creerme.

—Eso no cambia nada —dice finalmente, con un tono que no admite discusión—. Te ayudaré a limpiar tu nombre y a salvar la empresa, aunque eso no significa que confíe plenamente en ti.

Asiento, aceptando su condición. No puedo esperar más de ella, no después de todo lo que he hecho.

—Gracias —murmuro, aunque sé que esa palabra no basta para compensar el daño que le he hecho.

Antes de que pueda decir algo más, mi teléfono vibra sobre la encimera. Lo cojo sin mirar el número y contesto con un seco:

—¿Sí?

La voz al otro lado de la línea hace que mi sangre se congele.

—Espero no haber interrumpido nada importante —escupe Claudia.

—¿Qué quieres? —gruño, girándome de espaldas a Valerie.

—Solo pensé que te gustaría saber que estoy en tu oficina. Y no estoy sola.

Su tono burlón me pone los nervios de punta, pero intento mantener la calma.

—¿A qué te refieres?

—Digamos que he encontrado algo que podría interesarte. ¿Por qué no vienes y lo vemos juntos?

Cuelga antes de que pueda responder, dejándome con una mezcla de rabia y confusión. Me giro hacia Valerie, que me observa con una ceja levantada.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Claudia. Está en mi oficina y parece que tiene algo planeado.

—¿Vas a ir?

—No tengo otra opción —le respondo encogiéndome de hombros. Valerie asiente y, aunque no dice nada, puedo ver la preocupación en su mirada.

—Voy contigo —me dice.

Cuando llegamos a la oficina, Claudia nos espera en la sala de reuniones, con una carpeta en la mano y una sonrisa que no presagia nada bueno. Mi padre está sentado junto a ella, con su habitual expresión de desdén.

—Qué bueno que hayas venido —dice Claudia, levantándose de su asiento—. Tenemos algo que mostrarte.

Abre la carpeta y saca un contrato, que coloca sobre la mesa y frente a mí con un gesto teatral. Mi nombre aparece en el documento, junto al de mi padre.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque ya intuyo la respuesta.

Claudia sonríe con malicia.

—Es el acuerdo que tu padre y yo firmamos para tomar el control de la empresa.

Miro a mi padre, esperando que lo desmienta, pero él se limita a encogerse de hombros.

—Es solo un asunto de negocios, Asher. No te lo tomes como nada personal, personal.

Las palabras me golpean como un mazazo en medio del pecho, pero no puedo permitirme perder la calma. Miro a Claudia, que me observa como si ya hubiera ganado esta partida.

—Este es tu final, Asher —me dice con la voz cargada de veneno.

Pero mientras ella sonríe, yo juro que esto no ha terminado. Ni para ella ni tampoco para mi padre.

Capítulo 24

Valerie

El coche avanza por las calles de Edimburgo con una cadencia tranquila, que contrasta con la tensión que se respira en el interior del vehículo. Asher mantiene las manos firmes sobre el volante y la mirada fija al frente, aunque su mandíbula apretada revela que su cabeza está lejos del tráfico. Yo, por mi parte, estoy concentrada en controlar mis propios nervios. No sé si estoy más preocupada por lo que presiento que va a ocurrir o por cómo voy a reaccionar cuando lo haga.

—No deberías haber venido—dice de repente con la voz es baja, casi resignada.

—Claro que sí —respondo sin pensarlo demasiado. Lo digo con firmeza, aunque no estoy completamente segura de por qué estoy aquí.

—No es una cena cualquiera. Mi padre… —Se detiene, como si no supiera cómo describir a Richard O'Connor sin darle más poder del que merece—. Mi padre no es el tipo de persona con quien se pueda tener una conversación sencilla.

—Perfecto. Me encantan los retos —le respondo con convicción. Aunque su ceño sigue fruncido, puedo notar que una sombra de sonrisa aparece fugazmente en sus labios antes de que vuelva a mirar al frente.

El trayecto hasta la casa de Richard O'Connor no es largo, pero a mí se me hace eterno. Cuando llegamos, me sorprende estar frente a una mansión que parece sacada de una revista de arquitectura: imponente, elegante y completamente intimidante. La fachada de piedra se alza majestuosa con grandes ventanales que dejan entrever la luz cálida del interior. A pesar de su belleza, hay algo en esta casa que resulta frío, como si reflejara a la perfección la personalidad del hombre que vive en ella.

—¿Lista? —me pregunta Asher mientras apaga el motor y se gira hacia mí.

—Siempre —respondo, tratando de transmitir más confianza de la que realmente siento.

Al bajar del coche, él me ofrece su brazo, y aunque sé que esto no es más que parte de la representación, acepto. Caminamos juntos hacia la puerta, que se abre antes de que tengamos que tocar el timbre. Un hombre con un traje impecable nos da la bienvenida, aunque su expresión es neutra, casi robótica.

—El señor O'Connor les espera en el salón —anuncia antes de indicarnos el camino con un gesto.

El vestíbulo es un despliegue de opulencia: suelos de mármol, una lámpara de araña que parece valer una fortuna y cuadros de paisajes que, estoy segura, son auténticas obras de arte. Todo está diseñado para impresionar y para recordar a cualquiera que entre aquí, que está en territorio de los O'Connor.

Cuando llegamos al salón, las conversaciones se detienen brevemente. Los ojos de

los invitados se posan en nosotros, evaluándonos con una mezcla de curiosidad y juicio. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que Asher no es una figura particularmente querida en esta casa.

—Hijo, cuánto tiempo sin verte —dice Richard O'Connor desde su lugar en el centro de la estancia. Su tono es cordial, pero hay algo en su voz que me pone los pelos de punta.

—Padre —responde Asher con la misma cordialidad fría.

La tensión entre ellos es palpable, un campo de batalla silencioso donde las palabras son las armas. Richard me dedica una mirada breve, casi indiferente, antes de esbozar una sonrisa tan fría como él.

—Y tú debes ser Valerie. ¿Cómo has conseguido que este hijo mío te traiga hasta aquí? —me pregunta como si estuviera haciendo una broma inofensiva.

—Quizá porque quería venir —respondo con una sonrisa tan falsa como la suya.

Richard alza una ceja, sorprendido por mi respuesta, pero no dice nada más. Nos invita a sentarnos a la mesa, donde ya están los demás invitados. Reconozco a algunos por los eventos empresariales que Asher ha mencionado, pero la mayoría parecen ser familiares lejanos y socios de su padre.

La cena comienza con un desfile de platos exquisitos, cada uno más elaborado que el anterior. Las conversaciones giran en torno a temas superficiales: viajes, negocios o alguna anécdota de sociedad. Asher y yo apenas hablamos entre nosotros ni con el resto de los invitados, aunque siento su incomodidad cada vez que alguien intenta involucrarlo en la conversación.

Sin embargo, la calma no dura mucho. En cuanto el postre llega a la mesa, Richard decide atacar.

—Hijo, he estado revisando algunos informes de la empresa —comienza con un tono casual que no engaña a nadie—. Parece que las cosas no van tan bien como deberían.

Asher se endereza en su asiento, pero no pierde la compostura.

—Estamos trabajando en ello. La situación no es sencilla, pero estoy tomando las medidas necesarias.

—Ah, ¿sí? —Richard alza una ceja con fingido interés—. Porque a mí me parece que no estás tomando ninguna medida en absoluto.

El ambiente en la sala cambia al instante. Los invitados intentan fingir que no están pendientes de la conversación, pero el silencio, que se ha instaurado, lo dice todo.

—La empresa está bajo control —responde Asher con calma.

—¿Bajo control? —Richard suelta una carcajada seca—. Por favor, Asher. Llevas años jugando a ser empresario, y lo único que has conseguido es hundirte más en el fracaso.

Siento cómo mi sangre me empieza a hervir en las venas. Miro a Asher, esperando que responda, pero su expresión sigue siendo neutra, como si estuviera acostumbrado a estos ataques gratuitos de su padre. Sin embargo, yo no puedo soportarlo más e intervengo.

—Puede que su hijo no sea perfecto, pero al menos tiene la valentía de enfrentarse a usted —digo, mirando directamente a Richard con voz firme, aunque mi corazón late con fuerza—. Algo que, por lo que veo, nadie más aquí parece capaz de hacer.

El silencio que sigue a mis palabras es ensordecedor. Todos los ojos están puestos en mí, incluidos los de Richard, cuya expresión ha cambiado por primera vez desde que llegamos. Ahora me observa con una mezcla de sorpresa y desdén, como si no estuviera seguro de si debería sentirse ofendido o impresionado.

—Valentía, dices —responde finalmente, dejando su copa de vino sobre la mesa

con un gesto calculado—. Me pregunto si lo de mi hijo sigue siendo valentía cuando lleva años dando vueltas en círculos sin llegar a ninguna parte.

—Quizá no ha llegado a donde usted quiere, pero al menos lo está intentando. Y eso es más de lo que puedo decir de muchas personas que están aquí —añado, lanzando una mirada rápida a los otros invitados, que de repente parecen muy interesados en sus platos.

Asher me mira y, aunque su rostro permanece impasible, hay algo en sus ojos que no logro descifrar. ¿Gratitud? ¿Confusión? Sea lo que sea, no dice nada, por lo que continúo.

Richard suelta un suspiro teatral y se recuesta en su silla.

—Eres más combativa de lo que esperaba, Valerie. No sé si eso es bueno para Asher o si terminará siendo su perdición.

—Eso no es algo que le corresponda decidir a usted, ¿no cree? —replico, sin apartar la mirada de él.

El resto de la cena transcurre en un silencio incómodo. Nadie se atreve a decir mucho más después de nuestra confrontación y, aunque siento que he ganado una pequeña batalla, sé que la guerra está lejos de terminar.

Cuando finalmente nos levantamos de la mesa, Richard se acerca a mí antes de que pueda reunirme con Asher.

—Un momento, Valerie. Quiero hablar contigo.

Miro a Asher, que está al otro lado del salón hablando con uno de los invitados. Dudo por un instante, pero finalmente asiento y sigo a Richard hasta un rincón más apartado de la sala.

—No sé qué ves en mi hijo —comienza, sin preámbulos—. Siempre ha sido un problema para esta familia. Un rebelde sin causa que no entiende lo que significa la responsabilidad.

—Con el debido respeto, no creo que usted lo conozca tan bien como cree —le respondo, manteniéndome firme.

Richard sonríe, pero es una sonrisa vacía, casi condescendiente.

—Crees que lo estás ayudando, pero lo único que haces es retrasar lo inevitable. Él no necesita una pareja, Valerie. Necesita una niñera.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Trato de mantener la calma, pero sé que mi expresión debe haber cambiado, porque su sonrisa se ensancha.

—Su hijo es más fuerte de lo que usted cree —le digo finalmente, obligándome a mantener el tono de mi voz inalterable.

—¿De verdad lo crees? —Richard me mira como si estuviera evaluándome—. Entonces demuéstramelo. Porque, hasta ahora, todo lo que he visto en él es un niño que sigue intentando ganar una carrera en la que ya ha perdido.

No espero a que diga nada más. Me doy la vuelta y me dirijo hacia Asher, que me recibe con una mirada inquisitiva.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta, pero niego con la cabeza.

—Nada diferente a lo que has escuchado antes —le aclaro a media voz.

Él parece querer insistir, pero algo en mi tono lo detiene. Poco después, salimos juntos de la mansión, y el aire frío de la noche me resulta un alivio después del ambiente asfixiante del interior.

En el coche, mientras conduce de regreso a su casa, no puedo evitar mirarlo.

—¿Realmente crees que puedes superar a tu padre? —pregunto, sin rodeos.

Asher no responde de inmediato. Sus manos están firmes en el volante y su

mirada fija en la carretera.

—No lo sé —admite finalmente, con una sinceridad que me sorprende—. Pero contigo, siento que tal vez tenga una oportunidad.

Sus palabras me dejan sin respuesta. Miro por la ventanilla, tratando de procesar lo que acaba de decir. Porque, aunque no quiera admitirlo, una parte de mí empieza a creer que tiene razón.

Capítulo 25

Valerie

La notificación en mi correo lleva horas parpadeando en la pantalla, y, sin embargo, no soy capaz de abrir el mensaje. Sé exactamente lo que contiene, y eso lo hace aún más aterrador. Una oferta de trabajo en Londres, un sueño largamente olvidado que de repente parece haber vuelto para tentarme. Podría ser mi propia jefa, liderar un equipo y construir algo desde cero. Es todo lo que siempre quise… antes de que mi vida, también la personal, girara en torno a un nombre: Asher O'Connor.

Me levanto de la mesa del salón de la casa de Asher y camino hacia la ventana. La lluvia golpea los cristales en un ritmo constante que debería ser reconfortante, pero solo añade peso a mis pensamientos. Desde aquí, puedo ver los tejados de Edimburgo, bañados por la melancolía que caracteriza a esta ciudad. He aprendido a quererla, aunque nunca llegué a sentirme completamente en casa.

El sonido de la puerta me sobresalta, y me giro justo cuando Asher entra en el salón. Lleva una camisa blanca remangada y una expresión de agotamiento que no logra ocultar. Esos ojos grises, siempre de mirada intensa, hoy parecen más oscuros que de costumbre, como si llevara días sin descansar.

—¿Todo bien? —me pregunta con tono casual, aunque o detecto una sombra de preocupación en su voz.

—Sí, solo estoy… pensando.

Asher asiente, pero no se mueve. Permanece en el umbral, observándome con esa mirada que siempre me hace sentir que ve más allá de lo que le quiero mostrar.

—He pedido algo de comida. ¿Te apetece?

—No tengo hambre, gracias.

—¿Segura? —insiste, dando un paso hacia mí.

—Segura.

Vuelve a asentir, aunque parece dudar antes de retirarse hacia la cocina. El silencio vuelve a llenar la estancia, pero esta vez no me reconforta. Camino de regreso a la mesa y finalmente abro el correo.

La oferta de trabajo que aparece en la pantalla de mi ordeandor es tan buena como recordaba. Un puesto en una consultoría de renombre, con un equipo de profesionales de alto nivel y la promesa de liderar proyectos que podrían cambiar mi carrera. Londres no es solo una opción; es una puerta abierta hacia el futuro que siempre imaginé. Pero aceptar significaría marcharme. Dejar a Asher, su mundo, sus problemas y… a él. Apoyo la cabeza en mis manos y cierro los ojos, intentando imaginarme lejos de aquí. ¿Sería más feliz? ¿Más libre? Quizá. Pero también sé que una parte de mí se quedaría atrás, entre estos muros que han sido testigos de conversaciones que cambiaron mi forma de ver el mundo… y de él.

Un sonido suave me saca de mis pensamientos. Es Asher, que vuelve con una taza de café. Me la ofrece sin decir nada y, aunque no tengo ánimo para tomar nada, la acepto.

—¿Quieres hablar de lo que sea que te preocupa? —me pregunta finalmente, apoyándose en el respaldo del sofá.

—No hay mucho que decir.

—Eso no es cierto. Siempre hay algo que decir.

Su insistencia es típica de él, pero esta vez no tengo fuerzas para discutir.

—He recibido una oferta de trabajo en Londres —admito, manteniendo mi mirada fija en la taza.

—¿Londres?

—Sí. Es una consultoría que me ofrece un puesto de liderazgo. Es… importante.

No levanto la mirada para ver su reacción, pero el silencio que sigue a mi confesión me dice más de lo que quisiera saber.

—¿Vas a aceptarla?

—No lo sé.

Finalmente alzo la mirada y me encuentro con sus ojos grises de mirada intensa y llenos de preguntas que no se atreve a hacer.

—No puedo seguir aquí. No mientras todo esté tan enredado, tan… complicado como lo está ahora.

Él no me responde de inmediato. En lugar de eso, se pasa una mano por el pelo, un gesto que he aprendido a reconocer como señal de frustración.

—¿Es por mí? —pregunta al fin.

—No es solo por ti —respondo, aunque sé que eso no es del todo cierto—. Es por todo.

Mi confesión flota en el aire entre nosotros y, por un momento, creo que va a discutir y a intentar convencerme de que me quede. Pero en lugar de eso, asiente lentamente.

—Si esto es lo que necesitas…

—Lo es.

Horas después, estoy en mi habitación y frente a mi maleta medio llena. Cada prenda que guardo parece pesar más que la anterior. Me detengo frente al espejo y me observo con una mezcla de incertidumbre y decisión. Londres es una oportunidad que no puedo rechazar, pero también es un adiós. Un adiós a esta etapa, a esta ciudad y a este hombre que ha puesto mi mundo patas arriba.

Cojo un papel y un sobre del escritorio y me siento en la cama con un bolígrafo en la mano. He intentado escribir esta carta al menos tres veces, pero las palabras nunca parecen ser suficientes. Finalmente, escribo lo que siento, de la forma más sincera que puedo:

Asher,
Sé que esto no es lo que esperabas, ni lo que querías. Tampoco es lo que yo quería, pero siento que es lo correcto. Necesito encontrar mi propio camino, lejos de todo lo que nos ha atado y alejado al mismo tiempo. Espero que encuentres lo que buscas, y cuando lo hagas, sé que serás capaz de alcanzar cualquier cosa que te propongas.
Valerie.

Doblo la carta y la dejo en mi bolso para luego enviarla a Asher. Miro alrededor de mi habitación por última vez, intentando grabar cada detalle en mi memoria. Esta casa ha sido un refugio y una prisión, y ahora me preparo para abandonarla.

En la estación de tren, la lluvia cae con fuerza, empapando a los pocos viajeros que se apresuran por los andenes. Estoy de pie junto a mi maleta, con las manos metidas en los bolsillos de mi abrigo mientras espero el anuncio de mi tren. Me repito a mí misma que esto es lo mejor, que Londres será un nuevo comienzo y una forma de recuperar mi vida. Pero entonces escucho algo, una voz que me llama.

—¡Valerie!

Me giro bruscamente y lo veo. Asher, corriendo bajo la lluvia, con la camisa empapada pegada al cuerpo y con un gesto lleno de desesperación.

—Por favor, no te vayas. No otra vez.

Me quedo congelada, incapaz de moverme o responder. Su voz, su mirada y todo en él parece rogarme que me quede.

—Asher…

—Escúchame, por favor —me interrumpe, acercándose hasta que está a apenas a unos pasos de mí—. Sé que he cometido errores, sé que no he sido sincero contigo, pero no puedo perderte. No así.

—No estoy haciendo esto para castigarte —respondo con tanto temblor en la voz como en mis manos—. Estoy haciendo esto porque necesito algo más.

—¿Y yo no soy suficiente?

Sus palabras me desgarran, pero sé que no puedo retroceder ahora.

—No es cuestión de ser suficiente. Es cuestión de que necesito encontrarme a mí misma antes de perderme por completo.

Asher da un paso más hacia mí, y su proximidad me hace tambalear.

—Valerie, contigo he aprendido que puedo ser mejor, que hay algo más allá de todo lo que he conocido. Si te vas ahora, no sé si podré encontrar eso otra vez.

—No es mi trabajo salvarte, Asher.

—No, no lo es. Pero quizá puedas caminar a mi lado, mientras intento salvarme a mí mismo.

Sus palabras se clavan en mi pecho y, durante un instante, el ruido de la estación desaparece. Solo estamos él y yo, bajo la lluvia, enfrentándonos a algo más grande que cualquiera de los dos.

El altavoz anuncia la llegada de mi tren, y siento cómo la realidad nos arrastra de nuevo al presente. Miro hacia el vagón, luego a él, y mi corazón se parte en dos.

—Tengo que irme —susurro, aunque cada una de mis palabras es una batalla, que se libra en mi garganta.

—Por favor, no lo hagas.

Capítulo 26

Asher

La estación está abarrotada. Voces, pasos apresurados y el incesante pitido de los altavoces se mezclan con el estruendo del tren que está a punto de partir. No escucho nada. Lo único que oigo es el tamborileo de mi corazón mientras corro bajo la lluvia, con cada paso empapando más mis zapatos y mis pensamientos girando dentro de mi cabeza totalmente descontrolados. Valerie no puede irse. No ahora. No así.

—¡Valerie! —grito, con toda la fuerza que me queda.

Su figura, de pie junto al tren con una maleta a su lado, parece más pequeña de lo que recordaba. Al escuchar mi voz, se gira despacio, como si le costara creer que soy yo quien la llama. Su rostro, mojado por la lluvia, refleja sorpresa, pero también algo más. Algo que me recuerda por qué estoy aquí.

—Por favor, no te vayas —le ruego en un momento de nuestra conversación. El agua continúa cayendo sin piedad, empapando mi camisa y pegándola a mi cuerpo, pero me da igual. Lo único importante ahora es lo que tengo que decirle.

Ella me mira, inmóvil, como si no supiera cómo reaccionar. Sus ojos me escudriñan, buscando respuestas que aún no he dado.

—Asher… —su voz es apenas un susurro, quebrada por la confusión y el cansancio.

—Escúchame, por favor —la interrumpo, porque sé que el tiempo apremia y mi oportunidad de detenerla se está agotando—. Te necesito, Valerie. No como mi asistente, ni como mi falsa prometida. Te necesito como tú, como la persona que me desafía a ser mejor.

Ella parpadea, sorprendida al escuchar lo que acabo de decirle. La lluvia sigue cayendo entre nosotros, creando un velo casi irreal.

—No puedo hacerlo, Asher —me responde finalmente, negando con la cabeza. Su voz es firme, pero hay una grieta en ella, una que me da un resquicio de esperanza.

—¿Hacer qué? —le pregunto acercándome un paso más hacia ella.

—Confiar en ti —responde sin rodeos. Sus palabras son un dardo directo a mi corazón, pero no me aparto. Sé que tiene razón—. Todo lo que hay entre tú y yo se basa en mentiras y juegos. ¿Cómo pretendes que crea en algo más?

—Tienes razón —admito. Y esta vez, no busco excusas ni intento justificarme. Porque sé que la única manera de detenerla es ser completamente sincero—. Pero quiero que seas mi verdad, no mi mentira. Déjame demostrarte que puedo cambiar.

Ella aparta la mirada, luchando consigo misma. Puedo ver el conflicto en cada línea de su rostro y en la forma en que aprieta los labios y entrelaza las manos frente a su pecho.

—¿Cómo puedo creerte? —me pregunta y esta vez su voz tiembla, dejando entrever todo lo que ha intentado esconder.

—Etoy dispuesto a hacer lo que sea para que confíes en mí —respondo, con toda la sinceridad que soy capaz de reunir en este momento—. Haré todo lo que sea necesario para recuperar tu confianza. Y a ti.

Mis palabras quedan suspendidas en el aire, mezclándose con el sonido de la lluvia y el ruido de la estación. Valerie me mira como si intentara decidir si merece la pena creerme.

—Si me quedo… —comienza a decir con tono cauteloso, casi como si temiera arrepentirse de lo que está a punto de decir—, hay condiciones.

—Las que sean —respondo sin dudar.

—Corta todos los lazos con Claudia. No solo en los negocios, sino en todo. No quiero verla cerca de ti.

—Hecho —respondo, con una determinación que no sabía que tenía.

—Enfréntate a tu padre. No puedes seguir permitiendo que te manipule.

—Lo haré.

Ella me observa con escepticismo, como si no estuviera segura de si creerme.

—Y no quiero promesas vacías, Asher. Si me quedo, necesito que esto sea real.

Doy un paso más hacia ella, acortando la distancia que nos separa hasta que puedo ver cada gota de lluvia sobre su piel.

—Lo será —le prometo, con una firmeza que viene desde lo más profundo de mi ser.

El altavoz anuncia la partida de su tren con un pitido estridente y siento cómo el tiempo se agota. Valerie mira hacia el vagón y luego a mí, atrapada entre dos decisiones que parecen igual de difíciles.

—De acuerdo —dice finalmente, con una voz tan baja que casi no la oigo.

Sus palabras resuenan en mi interior como un eco, llenando el vacío que me ha invadido desde que supe que planeaba marcharse.

—Gracias —murmuro, con un alivio que no puedo esconder.

Ella asiente, pero su mirada sigue cargada de dudas.

Sé que esto es solo el principio y que tendré que demostrarle con hechos lo que hoy le he dicho con palabras. Pero por ahora, es suficiente.

Cuando comienza a caminar hacia la salida del andén, la sigo. La lluvia sigue cayendo con fuerza, pero ya no noto el frío. Lo único que siento es una chispa de esperanza.

Mientras conduzco de vuelta a casa, el silencio entre nosotros no es incómodo, pero tampoco relajado. Es un espacio lleno de preguntas sin responder y de emociones que todavía no hemos puesto en palabras. Valerie está mirando por la ventanilla y, aunque no dice nada, sé que está pensando en todo lo que acaba de ocurrir.

—Gracias por quedarte —le digo finalmente.

Ella no responde de inmediato. Se gira hacia mí con una expresión seria, como si estuviera evaluando el peso de mis palabras.

—No lo he hecho por ti, Asher. Lo he hecho porque creo que merezco una oportunidad de descubrir si esto puede ser real.

—Y lo será —le aseguro, sabiendo que no puedo permitirme fallar.

Cuando llegamos a mi casa, la lluvia ha disminuido, pero el aire todavía huele a humedad. Valerie se detiene en la entrada, observando la puerta como si dudara si cruzarla.

—¿Quieres que entremos? —pregunto, intentando sonar más seguro de lo que me

siento.

—Solo si prometes que esta vez no habrá mentiras.

—Prometido.

Ella asiente y me sigue al interior. El ambiente dentro es cálido en comparación con el exterior, pero la tensión entre nosotros todavía está presente. Me giro hacia ella, decidido a no dejar pasar este momento.

—Sé que no puedo borrar lo que ha pasado, pero puedo empezar a arreglarlo.

—Eso espero—responde y, aunque su tono es serio, hay un atisbo de confianza en sus palabras que me da fuerzas para seguir adelante.

Horas después, cuando Valerie ya está dormida en la habitación de invitados, me quedo sentado en el sofá con un whisky en la mano. Miro hacia la ventana, donde la ciudad de Edimburgo se extiende como un mar de luces bajo el cielo nublado y pienso en todas las promesas que he hecho hoy a Valerie y en todo lo que tendré que hacer para cumplirlo.

Cortar toda relación con Claudia será lo primero. Ya no puedo seguir permitiendo que interfiera en mi vida, ni en mi relación con Valerie. Y luego está mi padre… Ese será el mayor reto. Richard O'Connor nunca ha sido un hombre fácil, pero sé que es hora de trazar una línea y dejar claro que ya no puede controlarme. Tomo un sorbo del whisky y dejo que el líquido abrase mi garganta mientras me repito que esto no será fácil. Pero, por primera vez, siento que estoy dispuesto a luchar por algo que realmente importa.

Valerie me ha dado una segunda oportunidad, y no voy a desaprovecharla.

Capítulo 27

Valerie

El edificio de oficinas tiene un aire distinto esta mañana. Aunque el cielo de Edimburgo sigue encapotado, hay algo en el ambiente que parece más ligero. Quizás sea mi estado de ánimo, o tal vez sea que estoy empezando a notar un cambio en Asher. Cuando cruzo las puertas principales, el murmullo del personal trabajando y el sonido constante de los teléfonos me envuelve. Camino hacia el despacho de Asher, saludando con un leve movimiento de cabeza a los empleados que pasan a mi lado. Algunos responden con sonrisas tímidas, mientras que otros parecen demasiado ocupados para notar mi presencia. Cuando llego a la puerta de su despacho, la encuentro entreabierta lo suficiente como para escuchar el suave murmullo de su voz al teléfono.

—Sí, quiero que se haga efectivo de inmediato —dice con un tono firme, aunque calmado—. No hay margen para reconsideraciones. Asegúrate de que todos los documentos estén firmados y enviados hoy mismo.

Empujo la puerta con suavidad y entro. Asher me ve y me hace un gesto para que pase, mientras termina su llamada. Deja el teléfono sobre la mesa con un leve suspiro y me dedica una media sonrisa.

—Buenos días —saluda, apoyándose en el respaldo de su silla.

—Buenos días. Parece que alguien ha tenido un inicio de semana ajetreado.

—Ya era hora, ¿no crees? —responde con un leve sarcasmo. Pero sus ojos, siempre tan expresivos, hoy me muestran algo diferente. Hay menos peso en ellos, como si hubiese soltado una carga que llevaba demasiado tiempo arrastrando.

—¿Y? ¿A qué se debía esa llamada tan seria? —pregunto mientras me siento frente a él.

—He roto cualquier vínculo con Claudia. No solo en lo personal, sino también en lo profesional. Ya no tiene acceso a la empresa ni a los proyectos. Además, he enviado una carta formal a los inversores explicando la situación.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Una parte de mí quiere creerle, pero otra no puede evitar preguntarse si todo esto es solo un intento por impresionarme.

—¿Por qué haces todo esto ahora? —le pregunto finalmente, sin rodeos.

—Porque quiero arreglar las cosas cuanto antes, fue una de mis promesas —me responde con sinceridad—. Además, no solo quiero arreglarlas contigo, sino también conmigo mismo. No quiero seguir permitiendo que personas como Claudia interfieran en mi vida.

Parece que me habla con total sinceridad, pero mi escepticismo todavía está ahí, acechando en la sombra.

—Es un buen comienzo —admito, cruzándome de brazos—. Pero sabes que esto no es suficiente para que confíe plenamente en ti.

—Lo sé —me responde y se inclina ligeramente hacia adelante para estar más

cerca de mí—. Pero estoy dispuesto a demostrarte que puedo ser mejor.

Antes de que le responda, alguien golpea la puerta. Es una de las administrativas, que entra para recordarle la reunión con los inversores.

—Perfecto. Valerie, ¿me acompañas? —pregunta, levantándose de su silla.

—¿Estás seguro? No suelo ser bienvenida en este tipo de reuniones.

—Segurísimo. Quiero que estés conmigo.

Su tono no admite discusión, así que lo sigo sin decir nada más.

La sala de juntas está llena cuando llegamos. Los inversores están sentados alrededor de la mesa, con expresiones que oscilan entre la neutralidad y la desconfianza. Asher saluda a todos con su habitual calma, aunque puedo ver la tensión en la forma en que mantiene los hombros rectos.

La reunión comienza con uno de los inversores, un hombre mayor de gesto severo, cuestionando las recientes decisiones de Asher.

—Señor O'Connor, entiendo que ha habido ciertos… cambios en la estructura de la empresa. ¿Pero podría explicarnos cómo planea recuperar la confianza de los accionistas?

Asher asiente, manteniendo la compostura.

—Por supuesto. He tomado medidas para garantizar que la empresa recupere su estabilidad. He eliminado cualquier elemento que pudiera ser una distracción y estoy implementando nuevos procesos para mejorar la transparencia.

—Eso suena bien, pero las palabras no son suficientes —interviene una mujer con un aire autoritario—. Necesitamos resultados tangibles.

El ambiente en la sala se vuelve más tenso. Asher está llevando la situación con serenidad, pero los inversores no están del todo convencidos con sus argumentos. Entonces, algo en mi interior me impulsa a intervenir.

—Si me permiten, quisiera decir algo —digo interrumpiendo la conversación.

Todas las miradas se vuelven hacia mí, algunas sorprendidas y otras claramente escépticas.

—He trabajado junto a Asher durante los últimos meses y he visto de primera mano su compromiso con esta empresa. No solo es un líder brillante, sino alguien que está aprendiendo de sus errores. Y no hay nada más valioso en los negocios que eso.

Mi voz suena más firme de lo que esperaba, y el silencio que sigue a mis palabras es casi ensordecedor. Finalmente, el hombre que habló primero asiente lentamente, como si estuviera considerando mis palabras.

—Tendremos en cuenta lo que ha dicho, señorita —responde, antes de pasar al siguiente punto en la agenda.

Asher me lanza una mirada rápida, cargada de gratitud, pero no dice nada.

Cuando la reunión termina, nos dirigimos de nuevo al despacho de Asher. El silencio entre nosotros es diferente esta vez.

—Gracias por lo que has dicho ahí dentro —dice cuando llegamos al despacho y después de cerrar la puerta.

—No lo he hecho por ti. Lo he hecho porque es lo correcto —respondo, aunque sé que eso no es del todo cierto.

—Aun así, gracias.

Se acerca a mí, deteniéndose a unos pasos de distancia. Sus ojos, tan intensos como siempre, parecen buscar algo en los míos.

—Cada vez que te veo, Valerie, siento que tengo algo por lo que luchar.

Sus palabras me toman por sorpresa, dejándome sin saber qué decir. No estoy segura de si puedo creerle, pero hay algo en su voz y en su mirada, que me hace querer intentarlo.

Capítulo 28

Valerie

El aire frío de Edimburgo se cuela por el cuello de mi abrigo mientras camino de regreso a mi apartamento. Las luces de las farolas iluminan las calles empedradas con un brillo tenue, y el ruido distante del tráfico crea una banda sonora melancólica, que parece acompañar a la perfección a mis pensamientos. No sé si estoy más cansada física o emocionalmente. Todo es como una maraña en mi cabeza, y cada vez que intento desentrañarla, acabo más atrapada.

Cuando llego al edificio, compruebo con fastidio que el ascensor está estropeado, por lo que no me queda más remedio que subir a pie. Sin embargo, hoy las escaleras parecen más largas de lo normal. Cada peldaño me parece como un pequeño desafío, y aunque solo hay un tramo de escaleras hasta mi puerta, me resulta interminable. Al girar la llave, el sonido familiar del pestillo me reconforta, aunque solo sea por un instante.

—¡Por fin llegas! —exclama Lilly desde el sofá, con una copa de vino en la mano y una expresión que mezcla preocupación y curiosidad. Está envuelta en una manta de cuadros, como si el frío también se hubiera instalado en ella.

—Tenía que quedarme un poco más —respondo, dejando las llaves sobre la mesa y quitándome el abrigo.

Lilly me mira en silencio mientras me acerco al sofá y me dejo caer a su lado. Me pasa una copa de vino sin preguntar, y yo la acepto agradecida. El líquido rojo y cálido se desliza por mi garganta y, aunque no soluciona nada, al menos me da un breve respiro.

—¿Y bien? —pregunta girándose hacia mí para mirarme. Su tono es suave, pero su mirada está cargada de preguntas.

—¿Y bien qué? —respondo, fingiendo no entender qué me quiere decir, aunque ambas sabemos a lo que se refiere.

—No te hagas la tonta, Valerie. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho Asher esta vez?

Suelto un suspiro y apoyo la copa en mi rodilla, girándola suavemente entre mis dedos.

—Está… cambiando. O al menos eso parece. Se ha desligado de Claudia en todos los sentidos y está intentando demostrar que puede ser mejor.

—¿Y tú te lo crees?

Su pregunta me golpea de lleno. Miro a Lilly, pero no sé qué responder. Hay una parte de mí que quiere creer a Asher, que quiere pensar que puede dejar atrás a la persona que era. Pero también está la parte que ha aprendido a desconfiar y la que sabe que las promesas no siempre se cumplen.

—No lo sé —admito finalmente—. Quiero creerle, pero…

—Pero no puedes olvidarte de todo lo que ha sucedido —termina por mí, asintiendo con comprensión.

—Exacto.

Ambas nos quedamos en silencio, hasta que Lilly da un sorbo a su vino antes de hablar de nuevo.

—¿Y qué pasa con Londres?

La mención de la oferta de trabajo hace que un nudo se forme en mi estómago. Aparto la mirada y fijo los ojos en la ventana, donde la lluvia ha comenzado a caer suavemente.

—No lo sé. Es una oportunidad increíble, pero siento que aceptar sería como huir —le cuento encogiéndome de hombros.

—¿Y qué tiene de malo huir? A veces es necesario —me responde alzando una ceja.

—No lo sé. Siento que, si me voy ahora, estaría dejando algo sin resolver.

Lilly me observa con atención, como si estuviera tratando de descifrar lo que estoy pensando. Finalmente, deja su copa sobre la mesa y se inclina hacia mí.

—Valerie, tienes que decidir qué es lo que realmente quieres. No puedes quedarte por miedo, ni irte por obligación. Hazlo por ti.

Sus palabras resuenan en mi mente mucho después de que se marche a su habitación. Me quedo en el sofá, mirando la lluvia caer a través de los cristales de la ventana y dándole vueltas a todo. Londres sería un nuevo comienzo, una oportunidad para construir algo propio. Pero también significaría dejar a Asher, y aunque no quiero admitirlo, la idea de alejarme de él me pesa más de lo que debería.

Me levanto y camino hacia la ventana, apoyando una mano en el cristal frío. Desde aquí, la ciudad parece tan tranquila, como si todo estuviera en su lugar. Pero yo me siento como un puzzle con piezas que no encajan. Cierro los ojos y dejo que la lluvia contra el cristal sea el único sonido que llene la habitación.

Al día siguiente, en la oficina, encuentro a Asher hablando con uno de los directivos. Su postura, siempre tan firme, parece menos rígida hoy. Cuando me ve, termina rápidamente la conversación y se acerca a mí.

—Valerie, ¿tienes un momento?

Asiento, aunque mi cuerpo se tensa automáticamente. Entramos en su despacho, y cierra la puerta detrás de mí.

—Quería agradecerte de nuevo lo que hiciste en la reunión con los inversores —comienza, apoyándose en el borde de su mesa.

—No tienes que agradecerme nada. Solo hice lo que creí correcto.

—Aun así, significó mucho para mí.

Su sinceridad me desarma, pero me niego a dejarme llevar. Cruzo los brazos y lo miro con una mezcla de cautela y curiosidad.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Ahora toca seguir trabajando. Demostrarles a ellos, y a ti, que puedo cambiar.

Sus palabras son firmes, pero hay algo en su tono que revela un atisbo de vulnerabilidad. Es un lado de Asher que no estoy acostumbrada a ver y, aunque quiero confiar en él, no puedo evitar sentirme dividida.

—Eso espero, Asher. Porque si no, todo esto habrá sido en vano.

Asiente y me mira con intensidad, como si quisiera decir algo más, pero se contiene. Finalmente, me aparto y salgo del despacho, dejando atrás una conversación que me ha dejado con más preguntas que respuestas.

Esa noche, de vuelta en mi apartamento, abro de nuevo el correo con la oferta de Londres. Repaso cada detalle, cada promesa de un futuro brillante, y me pregunto si realmente soy capaz de dejar todo esto atrás.

Las palabras de Lilly resuenan en mi mente: *Hazlo por ti*.

Pero ¿qué es lo que quiero realmente?

La lluvia comienza a caer de nuevo, y cierro el ordenador. Por ahora, la respuesta tendrá que esperar.

Capítulo 29

Asher

La oficina principal de la empresa de mi padre siempre ha sido un monumento al poder, a *su* poder: líneas rectas, materiales caros y un aire tan frío que parece diseñado para intimidar. Cada vez que cruzo esas puertas, siento que me tragan los recuerdos de un niño que nunca pudo satisfacer las expectativas de su padre. Pero hoy es distinto. Hoy ya no soy ese niño.

Camino por el pasillo principal con pasos firmes. Mis zapatos resuenan en el suelo de mármol, y los empleados que me ven pasar apartan la mirada con rapidez, fingiendo que están ocupados con sus tareas. Quizá noten la tensión en mi cara o el peso invisible que cargo.

La recepcionista, siempre impecable, me lanza una sonrisa medida.

—Buenos días, señor O'Connor. ¿Tiene cita con el señor Richard O'Connor?

—No la necesito —respondo, sin detenerme.

Me dirijo directamente al ascensor y presiono el botón hasta la última planta con más fuerza de la necesaria. Mientras subo, mi reflejo en las paredes de acero pulido me devuelve la mirada. Parezco sereno, aunque dentro de mí, la rabia y los recuerdos arden como un fuego que lleva demasiado tiempo contenido. Cuando las puertas se abren, la secretaria de mi padre, una mujer seria con gafas de montura oscura me observa con sorpresa.

—El señor O'Connor está ocupado —me dice, intentando bloquear mi camino.

—Ya no —le respondo y la esquivo antes de que pueda detenerme.

Empujo la puerta del despacho sin molestarme en llamar. Mi padre está de pie junto a la ventana, observando la ciudad que domina como si le perteneciera. Lleva un traje oscuro, perfectamente ajustado, y sus manos están cruzadas detrás de su espalda. No se inmuta cuando entro, pero sé que me ha escuchado.

—Asher —dice finalmente, sin girarse—. Qué sorpresa verte aquí tan temprano.

—No he venido para charlar —le respondo y cierro la puerta con un golpe seco.

Se gira lentamente hacia mí y sus ojos grises, tan parecidos a los míos, me escudriñan con esa mezcla de desaprobación y superioridad que siempre ha usado para mantenerme en mi lugar.

—Siempre tan impulsivo —comenta, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿A qué se debe esta visita?

—A poner fin a esto de una vez por todas —respondo, avanzando hacia él sin desviarme.

Sus labios se curvan en una sonrisa sarcástica.

—¿Poner fin a qué, exactamente?

—A tu control —le respondo con firmeza—. A tus manipulaciones. A todo lo que has hecho para convertir mi vida en una batalla constante.

Su sonrisa desaparece. Mi padre camina hacia su escritorio y se apoya en él para

cruzarse los brazos.

—¿Control? ¿Manipulaciones? —repite, como si las palabras que acabo de pronunciar fueran absurdas—. Todo lo que he hecho ha sido por tu bien, hijo. Si estás donde estás, es gracias a mí.

—No. Estoy donde estoy a pesar de ti.

Mi declaración llena el aire como un disparo. Mi padre me observa con los ojos entrecerrados, intentando medir si hablo en serio o si es otra de mis *rebeldías sin sentido*, como le gusta llamarlas.

—Te di todo lo que necesitabas —responde finalmente, con un tono que mezcla exasperación y reproche—. Te di una educación, recursos, oportunidades… ¿Y así es como me lo agradeces?

—¿Agradecerte qué? ¿Que me hayas usado como una extensión de tu ego? ¿Que hayas interferido en cada decisión importante que he tomado para asegurarte de que cumplía con tu idea de éxito?

Al escucharme se endereza, y su postura se vuelve aún más rígida.

—Si no te hubiese guiado, habrías terminado siendo un desastre, igual que tu madre.

La mención de mi madre hace que mi rabia alcance un nuevo nivel.

—No metas a mi madre en esto —le digo con los dientes apretados—. No tienes derecho.

—Tu madre… —comienza, pero se detiene, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Tu madre también pensó que podía desafiar este sistema. Y mira dónde terminó.

—¿Qué estás diciendo?

Mi padre suspira y, por primera vez, parece que duda. No porque se arrepienta, sino porque sabe que está a punto de revelar algo que podría cambiarlo todo.

—Tu madre era una mujer fuerte, pero ingenua. Pensó que podía construir una vida fuera de este círculo y que podía ser independiente. Pero no tenía ni idea de lo que eso significaba —se ríe amargamente.

—¿Qué le hiciste?

—No fui yo quien le hizo nada. Fue la realidad. Este mundo no perdona la debilidad. Intentó vivir según sus propios ideales, pero todo se desmoronó. Al final, volvió porque no tenía otra opción.

—¡No intentes justificarte! —exclamo, dando un paso más hacia él—. La destruiste. La obligaste a regresar a un lugar donde no era feliz.

Mi padre me observa con una dureza en su mirada, que apenas logra ocultar.

—Hizo lo que tenía que hacer por ti. Por tu futuro.

Sus palabras caen como un peso sobre mis hombros. Siempre he sospechado que había algo más en la historia de mi madre, que yo no sabía, pero escucharlo de sus labios hace que todo sea mucho más real.

—Voy a hacer que mi empresa sea algo de lo que mi madre estaría orgullosa —le escupo, con la voz cargada de una determinación tan fuerte, que no he sentido hasta este momento—. Y voy a hacerlo sin ti.

Richard no responde. Su mirada, siempre tan calculadora, parece vacilar por un instante. Quizá por primera vez, se da cuenta de que no tiene poder sobre mí.

Doy media vuelta y salgo de su despacho, cerrando la puerta tras de mí con un

golpe que resuena en el pasillo. Mientras camino hacia el ascensor, siento una mezcla de alivio y furia recorriendo mis venas.

El aire frío de la calle golpea mi cara en cuanto salgo del edificio. Respiro hondo, intentando procesar lo que acaba de ocurrir. Me he enfrentado a Richard O'Connor. No como un hijo que busca su aprobación, sino como un hombre decidido a liberarse de su sombra.

Sin embargo, sus palabras sobre mi madre me persiguen como un eco. Pensar en ella siempre ha sido una mezcla de consuelo y dolor, pero ahora siento una rabia que no sé cómo soportar. ¿Cuánto más me ha ocultado mi padre? ¿Cuántas veces utilizó su control para destruir lo que ella quería construir?

Camino sin rumbo durante un rato, dejando que el bullicio de Edimburgo me envuelva. La ciudad sigue su ritmo habitual, ajena al torbellino de emociones que gira sin freno dentro de mí.

Finalmente, decido volver a la oficina. No me puedo permitir perderme en mis pensamientos ahora. Tengo que actuar. En mi despacho, el silencio es casi ensordecedor. Me siento en la silla, mirando los documentos que tengo frente a mí y sobre mi escritorio. Cada informe y cada contrato parecen insignificantes ahora mismo en comparación con mi decisión.

Tomo el teléfono y marco un número que he evitado durante semanas. Cuando la voz de Claudia responde al otro lado, sé que no hay vuelta atrás.

—Soy Asher.

—Cariño, sabía que llamarías tarde o temprano.

—Esto no es una llamada social —respondo con tono firme—. Quiero que recojas tus cosas y te vayas. Hoy mismo.

Hay un momento de silencio, seguido de una risa sarcástica.

—¿De qué estás hablando?

—De que estás fuera de la empresa. Y de mi vida. Y, te aseguro que esta vez es la definitiva.

—¿Estás bromeando?

—No, no bromeo. Ya no tienes lugar aquí, Claudia. He revisado los contratos y mi equipo legal está preparado para anular cualquier acuerdo que pudieras tener con nosotros. Si no haces lo que te digo, tus actos tendrán consecuencias legales serias.

—¿De verdad crees que puedes hacer esto?

—No es que lo crea, es que puedo hacerlo y es lo que estoy haciendo.

Cuelgo antes de que pueda responderme, dejando que el sonido del teléfono al desconectarse cierre la conversación. Me recuesto en mi silla y cierro los ojos por un momento, dejando que el alivio fluya por mi cuerpo.

Por la tarde, convoco a mi equipo directivo a una reunión. Les explico los cambios que quiero llevar a cabo en la empresa y me aseguro de que entiendan que esta empresa ya no será manejada con los métodos de padre.

—Quiero que esta empresa sea conocida por su transparencia y su integridad —les digo, observando sus expresiones de sorpresa—. Y si alguien no está dispuesto a trabajar bajo estos principios, puede coger la puerta e irse.

Hay murmullos entre ellos, pero nadie discute. Aunque sé que será un proceso lento, este es el primer paso hacia algo nuevo.

De vuelta en mi despacho, el cansancio comienza a hacer mella en mí. Me sirvo un vaso de whisky y me acerco a la ventana, observando cómo las luces de la ciudad comienzan

a encenderse. Pienso en Valerie y en cómo sus palabras, su apoyo e incluso su escepticismo me han empujado a querer ser mejor. Saco el móvil del bolsillo y le escribo un mensaje.

Yo:
Gracias por creer en mí, aunque fuera solo un poco.
Estoy trabajando para que ese poco se convierta en algo más grande.

Lo envío sin esperar respuesta, porque no la necesito. Lo que importa es que ella sepa que estoy intentando cambiar.

Miro hacia la ciudad una vez más. Esta vez no lo hago con resentimiento, ni con la sensación de estar atrapado, sino con la certeza de que, por fin, estoy empezando a construir algo que realmente lo siento mío.

Capítulo 30

Valerie

El ascenso a Arthur’s Seat es más empinado de lo que recordaba. El aire frío se cuela por los bordes de mi abrigo, y el viento parece burlarse de cada paso que doy, como si tratara de empujarme hacia atrás. Miro a Asher, que camina unos metros delante de mí, con el gesto serio y los hombros rígidos. No ha dicho una palabra desde que me pidió que le acompañara aquí, pero la tensión en su postura dice más de lo que él está dispuesto a admitir.

—¿Me vas a explicar qué estamos haciendo aquí? —le pregunto al detenerme un momento para recuperar el aliento.

Al escucharme, se gira hacia mí con gesto de cansancio.

—Quiero hablar contigo. Sin interrupciones ni distracciones. Solo nosotros.

Resoplo, ajustándome el abrigo mientras trato de seguirle.

—¿Y no podíamos hacerlo en un lugar cerrado? Quizá con calefacción…

Asher sonríe levemente, aunque sus ojos mantienen esa intensidad que siempre me desconcierta.

—Quería traerte aquí por una razón. Solo espera a que lleguemos.

No respondo, pero continúo subiendo detrás de él. A medida que avanzamos, los sonidos de la ciudad se desvanecen poco a poco, para ser reemplazados por el susurro del viento y el crujido de las piedras bajo nuestros pies. Cuando finalmente alcanzamos la cima, me detengo para recuperar el aliento y observo el paisaje que se extiende ante nosotros.

Edimburgo parece tan pequeña desde aquí, como si la ciudad entera fuera solo una maqueta cuidadosamente construida. Las luces parpadean en la distancia, dibujando un mapa de calles y edificios que me resulta extrañamente familiar y ajeno a la vez. Asher se detiene a mi lado y se mete las manos en los bolsillos mientras observa el horizonte. Durante un momento, ninguno de los dos dice nada.

—Este lugar me ha dado la perspectiva necesaria siempre que la he necesitado— dice finalmente, con la mirada fija en algún punto en la distancia—. Me recuerda que hay cosas más grandes que nosotros, cosas que no podemos controlar.

—¿Es eso lo que buscabas? ¿Perspectiva? —le pregunto, intentando mantener un tono neutral.

Al escucharme, suspira y se gira hacia mí.

—Lo que busco es ser sincero contigo.

Sus palabras, aunque simples, llevan un peso que me obliga a mirarlo directamente. Sus ojos, siempre tan intensos, ahora están cargados de emociones que rara vez deja ver.

—Sé que no he sido honesto contigo, ni tampoco conmigo mismo.

—Eso no es exactamente un secreto…—respondo, cruzándome de brazos.

—Déjame terminar —me dice, con un tono que no es autoritario, pero sí firme—. He pasado toda mi vida intentando demostrar algo. A mi padre, a los demás… incluso a mí mismo. Y en ese proceso, he cometido errores. Muchos.

Sus palabras me desarman, pero no estoy dispuesta a dejarme llevar tan fácilmente.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora?

Él da un paso hacia mí y acorta la distancia que nos separa.

—Porque estoy cansado de fingir. Y porque tú eres la única persona que me ha hecho querer ser mejor, no para demostrar nada a nadie, sino porque realmente es lo quiero.

Mi corazón se acelera, pero me obligo a mantener la compostura.

—Eso suena muy bonito, pero ¿cómo sé que no es solo otra de tus promesas vacías?

Asher me mira con una intensidad que casi me hace retroceder.

—No quiero que lo creas solo por mis palabras. Quiero que lo veas en mis acciones.

Tras escucharle, respiro hondo, tratando de ordenar mis pensamientos.

—No sé si puedo hacer esto. No quiero ser la persona que te salve. Ese no es mi trabajo —le respondo mirándole a los ojos.

—Y no quiero que lo seas —responde rápidamente, con una sinceridad que me sorprende—. No quiero que me salves, Valerie. Solo quiero que estés a mi lado mientras intento salvarme a mí mismo.

Sus palabras me golpean con fuerza.

—¿Y si no lo consigues? —pregunto, temiendo la respuesta.

—Entonces seguiré intentándolo. Porque, por primera vez en mi vida, no estoy luchando para ganar. Estoy luchando por ti.

El viento parece detenerse por un instante, como si incluso la naturaleza estuviera esperando mi respuesta. Pero no sé qué decir. Asher siempre ha tenido una habilidad inquietante para decir lo que necesito escuchar, pero esta vez hay algo diferente en su tono, algo que no puedo ignorar.

—Siempre he sido la persona que arreglaba las vidas de los demás —le digo finalmente, con la voz cargada de emoción—. Pero nunca he aprendido a arreglar la mía.

Asher da otro paso hacia mí, y esta vez no retrocedo.

—No quiero que renuncies a ti misma por mí, Valerie. Si decides estar a mi lado, quiero que sea porque crees que esto puede ser diferente. Que yo puedo ser diferente.

Sus palabras, aunque sinceras, no son suficientes para disipar todas mis dudas. Pero antes de que pueda detenerme, doy un paso hacia él y lo beso. Es un beso cargado de todo lo que no hemos dicho y de emociones que hemos intentado reprimir durante demasiado tiempo.

Cuando nos separamos, Asher me mira con una mezcla de sorpresa y esperanza.

—Esto no es una respuesta —le aclaro antes de que pueda decirme nada—. Aún no estoy lista para decirte que confío en ti.

Él asiente lentamente, aceptando mis palabras con una calma que no esperaba.

—Lo entiendo. Y no voy a presionarte.

Nos quedamos en silencio durante un momento, observando la ciudad que se extiende bajo nosotros. La sensación de estar en la cima del mundo, aunque solo sea por un instante, nos envuelve.

Finalmente, me habla.

—Gracias por venir aquí conmigo.

—Gracias a ti por traerme —respondo y, aunque mis palabras son simples, llevan consigo un significado mucho más profundo.

Mientras descendemos por el sendero, siento que algo ha cambiado. No sé si es en él, en mí o en lo que sea que hay entre nosotros, pero sé que este es un paso hacia algo nuevo y que, ahora ya, no me da miedo explorar.

Capítulo 31

Asher

La oficina tiene un aire diferente esta mañana. No sé si soy yo, o si realmente algo ha cambiado, pero hay una sensación de calma que no había sentido antes. Me detengo frente a la gran ventana de mi despacho, observando cómo la ciudad despierta lentamente. Edimburgo parece menos imponente desde aquí y también menos distante.

En mi mesa hay una pila de documentos que requieren mi atención, pero los ignoro durante unos minutos más. Hoy quiero que todo lo que haga tenga una razón de ser. Nada de decisiones impulsivas, ni movimientos calculados solo para impresionar. Valerie me ha hecho entender que el cambio no llega con un golpe de efecto, sino con pequeños pasos.

Al llamar a la puerta, Emily, una de las administrativas más veteranas de la empresa, asoma la cabeza con un bloc de notas en la mano.

—Señor O'Connor, tiene programada la reunión con el equipo legal para las once. ¿Le parece bien?

—Perfecto, Emily. ¿Puedes, por favor, pedirles que preparen también el informe sobre las reestructuraciones? Quiero revisarlo antes de la reunión.

—Por supuesto. ¿Algo más?

—Sí. Gracias por todo el trabajo que estás haciendo. Sé que las últimas semanas no han sido fáciles supliendo a Valerie.

Ella se queda unos segundos en silencio, sorprendida por mis palabras, pero luego sonríe tímidamente.

—Gracias, señor O'Connor. Es un placer trabajar con usted.

Cuando cierra la puerta, me permito un breve respiro. No sé si fue el tono de Valerie en Arthur's Seat o la forma en que sus palabras resuenan en mi cabeza, pero siento la necesidad de hacerlo mejor. No solo por ella, sino por mí mismo.

Más tarde, me reúno con el equipo directivo. La sala está llena, pero el ambiente es menos tenso que de costumbre. La presencia de Claudia ya no es una sombra que pesa sobre estas reuniones, y mis propios cambios de actitud parecen haber influido en la dinámica.

—Gracias a todos por estar aquí —comienzo, apoyando ambas manos en la mesa y con la intención de que mis palabras sean claras y directas—. Como sabéis, hemos pasado por una etapa complicada, pero creo que estamos en el camino correcto para recuperar la confianza de nuestros inversores y, lo más importante, la de nuestros clientes.

Tras mis palabras, oigo murmullos de asentimiento, pero también miradas expectantes. Durante demasiado tiempo, este equipo ha trabajado bajo la presión de decisiones abruptas y la falta de dirección. Pero hoy quiero demostrarles que las cosas serán diferentes.

—He revisado personalmente cada uno de los proyectos en curso —añado, mirando a cada miembro del equipo directamente a los ojos—. Vamos a priorizar aquellos que

estén alineados con los valores que quiero establecer en esta empresa: transparencia, calidad y compromiso.

Uno de los directores, un hombre mayor con el ceño siempre fruncido levanta la mano.

—-Y qué pasa con los contratos menos rentables? ¿Seguiremos manteniéndolos?

—Si no cumplen con nuestros estándares, los cancelaremos. Prefiero perder dinero a corto plazo, que comprometer nuestra reputación a largo plazo.

Su ceño se relaja ligeramente, como si esa respuesta fuera justo lo que esperaba oír. Cuando la reunión termina, algunos de ellos se quedan para discutir detalles específicos, aunque yo me retiro a mi despacho. El primer paso está dado.

Por la tarde, decido tomarme un momento para salir del edificio de la empresa. Caminar por la ciudad me ayuda a aclarar la mente. Las calles están llenas de gente, como siempre, pero no siento la misma desconexión de antes. Quizá porque ahora sé que quiero formar parte de este mundo, no solo observarlo desde mi torre de cristal.

Paso por una librería pequeña, de esas que parecen escondidas entre las calles, y algo me llama la atención. Entro sin un objetivo claro, pero mis ojos se posan en una sección de libros de autoayuda y liderazgo. Antes habría pasado de largo, considerándolo una pérdida de tiempo, pero hoy, algo me detiene. Tomo un libro con un título prometedor y lo llevo al mostrador.

La dependienta, una mujer mayor con gafas redondas, me lanza una mirada curiosa.

—Buena elección —me dice mientras envuelve el libro—. Siempre es buen momento para aprender algo nuevo.

—Eso espero —le respondo con una sonrisa.

Cuando salgo de la tienda, me detengo un momento para observar la portada. No sé si realmente voy a leerlo o si esto es solo otro intento de demostrar algo, pero decido guardarlo en el bolsillo de mi abrigo. Quizá Valerie lo vea como un paso, aunque sea pequeño.

Al volver a casa, me encuentro con un mensaje en mi móvil. Es de ella.

Valerie:
¿Cómo ha ido el día?

Por un momento, pienso en cómo responder. Podría decirle que ha sido productivo, que estoy trabajando en todo lo que hablamos, pero decido ser más honesto.

Yo:
Ha sido… diferente.
Estoy intentando hacerlo bien.
Gracias por creer en mí.

Dejo el móvil en la mesa y me sirvo un vaso de agua. Sus palabras en Arthur’s Seat aún resuenan en mi mente: *Esto no es una respuesta*. Sé que tiene razón. No basta con decir las cosas; hay que demostrarlas.

Mientras termino de cenar, recibo su respuesta.

Valerie:
No es cuestión de creer.
Es cuestión de que tú lo creas.

Sus palabras me hacen sonreír, pero también me recuerdan cuánto camino tengo aún por recorrer.

Esa noche, decido llamar a Marie, una antigua conocida de mi madre. Hace años que no hablo con ella, pero siempre la he considerado una figura clave en mi vida. Cuando contesta, su voz suena cálida y sorprendida.

—Asher, ¡qué sorpresa oírte!

—Hola, Marie. Necesitaba hablar con alguien que conociera a mi madre mejor de lo que yo lo hice.

Hay un momento de silencio antes de que ella responda.

—Claro, hijo. Dime qué necesitas saber.

Durante la conversación, Marie me cuenta historias de mi madre que nunca había escuchado. Sus sueños, sus sacrificios y la lucha constante que tuvo que librar para encontrar su lugar en un mundo que no siempre la valoraba. Sus palabras me llenan de una mezcla de orgullo y tristeza, pero también de una determinación renovada.

Cuando cuelgo, siento que he recuperado una parte de mi madre que creía perdida. Y, con ello, una parte de mí mismo.

Al día siguiente, cuando estoy en mi despacho revisando algunos informes, Emily vuelve a entrar con una sonrisa discreta.

—Hay alguien aquí que quiere verle —me anuncia señalando hacia la puerta.

Cuando levanto la vista, me encuentro con Valerie. Está de pie en el umbral, con esa mezcla de confianza y vulnerabilidad que siempre la ha caracterizado.

—¿Tienes un minuto? —me pregunta.

Me levanto y le hago un gesto para que pase. Mientras cierro la puerta, me doy cuenta de que, aunque este camino no será fácil, estoy dispuesto a recorrerlo. Por ella. Por mí. Por lo que estamos empezando a crear mano a mano.

Capítulo 32

Asher

El sonido de las llaves tintineando en mi bolsillo me acompaña mientras camino por la calle adoquinada hacia el pequeño café. He pasado tantas veces frente a él sin prestarle atención que resulta casi irónico que ahora este lugar sea mío. Pero esta vez no es una adquisición estratégica, ni un capricho que pueda tachar de mi lista de objetivos cumplidos. Esta vez es algo más.

El aire frío de Edimburgo roza mi cara, aunque no logro sentirlo del todo. Mi cabeza está centrada en la conversación que estoy a punto de tener con Valerie. Desde nuestra charla en Arthur's Seat, algo ha cambiado en mí. No sé si es el peso de sus palabras o la certeza de que, si no actúo con sinceridad esta vez, la perderé para siempre.

Cuando llego frente al café, me detengo un momento para observarlo. Los cristales muestran un interior acogedor, con mesas de madera oscura y una decoración sencilla pero cálida. A estas horas de la mañana, hay pocos clientes, pero el bullicio típico del local ya empieza a hacerse notar. Abro la puerta, y el sonido de la campanilla marca mi entrada.

La dueña, una mujer amable llamada Janet, me recibe con una sonrisa.

—Buenos días, señor O'Connor. Todo está listo, tal y como pidió.

Asiento y me acerco al mostrador. Aunque me he reunido con Janet varias veces para planear esto, sigue habiendo una sensación de incertidumbre revolviéndose en mi estómago.

—Gracias, Janet. ¿Está todo en orden? —pregunto, echando un vistazo a mi alrededor.

Ella asiente, con esa calidez que siempre parece irradiar.

—Sí, el contrato está firmado y el espacio estará listo en cuanto hagamos los últimos ajustes. Espero que esto sea algo especial para ella.

—Eso espero yo también —respondo con sinceridad.

La campanilla suena de nuevo, pero esta vez mi corazón da un salto cuando veo entrar a Valerie por la puerta. Lleva un abrigo beige que realza la intensidad de su cabello oscuro, y sus ojos recorren el lugar con curiosidad antes de posarse en mí.

—¿Qué estás tramando ahora? —me pregunta, sin preámbulos.

—Ven, quiero enseñarte algo —le respondo a la vez que alzo una mano para indicarle que me acompañe.

Valerie me sigue con cautela. Sus pasos resuenan ligeramente contra el suelo de madera detrás de mí. Al llegar al fondo del local, donde antes había un pequeño almacén, abro la puerta para mostrarle el espacio reformado. Las paredes están pintadas en tonos suaves, y hay varias mesas amplias con sillas cómodas, diseñadas para crear un ambiente acogedor. Sobre una de las mesas hay un ramo de flores frescas, y en la pared cuelga un cartel que dice: *Espacio para mujeres emprendedoras*.

Valerie se queda quieta, observándolo todo en silencio. Finalmente, se gira hacia

mí, con una mezcla de sorpresa y desconfianza en su mirada.

—¿Qué significa esto?

—Significa que quería hacer algo que tuviera sentido, algo que no fuera solo para mí. Este café siempre ha sido uno de tus lugares favoritos, y pensé que podríamos convertirlo en algo que también beneficie a otras personas y que tú puedas gestionar.

Su ceja se arquea ligeramente, un gesto que conozco demasiado bien.

—¿Podríamos? —repite, enfatizando la palabra.

—Valerie, sé lo que estás pensando, pero te prometo que esto no es un intento de comprarte, ni de arreglar todo lo que he hecho mal con un simple gesto. No se trata de eso.

—¿Entonces de qué se trata? —me pregunta a la vez que cruza los brazos frente a su pecho.

Sus ojos me desafían, y siento el peso de todas las veces que he intentado manipular situaciones para salirme con la mía. Pero esta vez no voy a caer en esos viejos hábitos.

—De ti —admito, mirándola directamente a los ojos—. Pero no solo de ti. Se trata de lo que me has enseñado sobre cómo puedo ser mejor, no solo para nosotros, sino para los demás. Siempre he estado obsesionado con ganar, con demostrar que soy el mejor, pero tú me has hecho ver que hay formas más valiosas de hacerlo.

Valerie se queda en silencio por un momento, y sé que está procesando mis palabras. Finalmente, deja escapar un suspiro y baja la mirada hacia las mesas.

—Es un gesto bonito, Asher. Pero... ¿Esto es un regalo para mí o para ti?

Su pregunta me golpea con la fuerza de un puñetazo.

—Para ambos, creo —respondo con sinceridad—. Lo hice porque quiero que veas que estoy intentando aprender de ti, pero también porque quiero empezar a construir algo que realmente signifique algo.

Valerie se acerca a una de las mesas y pasa los dedos por la superficie de madera, como si estuviera evaluando cada palabra que he dicho.

—Es difícil confiar en esto —admite finalmente—. En ti.

—Lo sé. Y no espero que cambies de opinión de la noche a la mañana. Solo quiero que sepas que estoy dispuesto a intentarlo.

—Si realmente quieres demostrarlo, tendrás que luchar aún más. Esto no ha terminado —me responde clavando su mirada en la mía.

Sus palabras son como un reto, pero también como un rayo de esperanza. Asiento, aceptando su condición sin reservas.

—Lucharé todo lo que haga falta. Porque tú te mereces eso y más.

Finalmente, Valerie da un paso hacia mí, y por un instante pienso que va a decir algo más. Pero en lugar de eso, se gira y comienza a caminar hacia la puerta. La campanilla suena cuando la puerta se cierra tras ella, y yo me quedo de pie, observando el espacio vacío que ahora tiene la función de ser un comienzo, el nuestro.

Camino de regreso al mostrador, donde Janet me observa con una sonrisa comprensiva.

—Creo que le ha gustado —me dice, ofreciéndome un café con una sonrisa cómplice.

—Eso espero —le respondo, tomando la taza y mirando hacia la puerta por donde Valerie acaba de marcharse.

Capítulo 33

Valerie

El tono serio de la voz al otro lado del teléfono me advierte de lo que está por venir antes incluso de escuchar las palabras.

—Señorita Martin, soy uno de los inversores principales de la empresa de Asher O'Connor. Necesitamos que asista a una reunión extraordinaria esta tarde. Hay ciertas… preocupaciones que debemos abordar, y consideramos imprescindible su presencia como la antigua asistente personal del señor Asher O'Connor.

Mi primer instinto es decir que no. Quiero desentenderme de esta maraña de responsabilidades y tensiones, y centrarme en mis propios asuntos y dejar que Asher maneje su caos por él mismo. Pero la voz del hombre al teléfono no sugiere que tenga otra opción que la que me plantea.

—Está bien, ahí estaré —respondo finalmente.

Cuando cuelgo, dejo mi teléfono sobre la mesa y pierdo la mirada en el paisaje al otro lado de la ventana, donde la luz grisácea del día amenaza con desvanecerse antes de tiempo. No sé por qué accedo a estas cosas. ¿Por qué sigo permitiendo que me arrastren a un mundo que no es el mío? Me froto las sienes, intentando apartar esos pensamientos de mi cabeza, antes de que se conviertan en dudas que me acaben paralizando.

La sala de reuniones está abarrotada cuando llego. El aire, aunque frío, está cargado de tensión. Los inversores ocupan sus asientos alrededor de la mesa, y sus miradas son como pequeñas dagas, que se clavan en mí. Asher está al final de la mesa, revisando unos documentos con expresión tensa. Cuando me ve entrar, me dedica una leve inclinación de cabeza que no logro interpretar demasiado. Me siento a su lado. No hemos tenido tiempo de hablar sobre esta reunión, ni de preparar una estrategia conjunta, pero conozco lo suficiente de esta dinámica como para intuir lo que puede suceder.

La reunión comienza con un inversor de voz grave exponiendo las preocupaciones del grupo. Habla de números, de proyecciones que no se han cumplido y de dudas sobre el liderazgo de Asher. Todo sigue un curso predecible hasta que otro inversor, un hombre de mediana edad con un traje impecable, alza la voz para interrumpir.

—Hay algo más que debemos discutir.

Los murmullos cesan y todos se giran hacia él.

—Hemos recibido información preocupante. Documentos y correos que sugieren que el señor O'Connor y la señorita Harper han actuado con falta de transparencia en la gestión de esta empresa.

Mi estómago se encoge.

—¿Qué tipo de información? —pregunta Asher, con la mandíbula apretada.

El hombre coloca una carpeta sobre la mesa y saca varios folios que distribuye

entre los demás. Mi pulso se acelera cuando uno de ellos llega a mis manos. Reconozco el encabezado del correo, pero no el contenido. Lo que debería ser un mensaje de trabajo se ha convertido en una declaración manipulada, cargada de frases sacadas de contexto que insinúan conspiraciones y engaños.

—Esto es absurdo —murmuro, pero nadie parece escucharme.

—¿De dónde ha salido esto? —exige Asher, levantándose de su asiento con furia contenida.

El hombre alza una ceja con una calma estudiada.

—Una fuente confiable nos ha proporcionado estos documentos. Pensamos que era nuestro deber analizarlos.

Sé exactamente quién está detrás de esto antes de que lo diga: Claudia. No tengo pruebas concretas, pero cada fibra de mi ser sabe que es ella.

—Esto no es más que una manipulación barata —digo, alzando la voz para que todos me escuchen—. Puedo demostrarlo.

Las miradas se posan en mí, algunas curiosas y otras escépticas. Saco el portátil de mi bolso y lo coloco sobre la mesa.

—Esos correos están manipulados —afirmo, tecleando rápidamente—. Aquí tengo los originales. Pueden compararlos y ver las diferencias.

Mi voz no tiembla, aunque siento que el suelo bajo mis pies está lejos de ser estable. Asher se inclina hacia mí, observando mi pantalla mientras abro los archivos correctos y los proyecto para que todos los vean.

—Miren aquí —digo, señalando un párrafo en uno de los documentos manipulados—. Esta frase ha sido editada. En el original no dice nada de lo que está insinuando.

Uno a uno, los inversores comienzan a revisar las comparaciones. El murmullo que sigue me da una leve esperanza de que mi explicación sea suficiente.

—Lo que el señor O’Connor y yo hemos hecho no ha sido perfecto —añado, mirándolos directamente—. Pero al menos no hemos mentido ni manipulado como ha hecho la persona que les ha proporcionado estos documentos.

Finalmente, uno de los inversores más veteranos se aclara la garganta.

—Está claro que estos correos han sido alterados. Pero la cuestión principal sigue siendo si el señor O’Connor está capacitado para liderar esta empresa.

El aire en la sala se vuelve más denso. Asher se endereza, con los hombros firmes y la mirada fija en el hombre que ha hablado.

—He cometido errores, no voy a negarlo —dice con voz firme—. Pero estoy trabajando para corregirlos y para demostrar que soy capaz de dirigir esta empresa de manera responsable. Si me dan esta oportunidad, os aseguro que no se arrepentirán.

Los inversores intercambian miradas, como si pudieran llegar a una decisión con solo observarse. Finalmente, el más anciano asiente.

—De acuerdo. Te daremos esta última oportunidad, O’Connor. Pero si vuelves a fallar, será el final.

Cuando la reunión termina, siento como si hubiese corrido una maratón. Asher y yo salimos juntos, pero no hablamos hasta llegar a la calle.

—Gracias por lo que has hecho ahí dentro —me dice finalmente con sinceridad, mientras el viento frío azota mi pelo.

Me detengo y lo miro.

—No lo he hecho por ti, Asher. Lo he hecho porque es lo correcto.

Su expresión no cambia, pero puedo ver el leve brillo en sus ojos, como si mis palabras le hubieran herido.

—Aun así, gracias —insiste.

Respiro hondo, buscando las palabras adecuadas.

—Asher, no puedo seguir siendo tu apoyo constante. Tienes que encontrar tu propio equilibrio, sin depender de mí.

Él asiente lentamente, pero no dice nada. Sus labios se curvan en una leve sonrisa.

—Lo entiendo —responde al fin, con una voz que suena más resignada que segura.

Sigo caminando, dejándolo atrás mientras las luces de Edimburgo comienzan a encenderse. Hay algo liberador en saber que he dicho lo que necesitaba decir, pero también algo doloroso en la decisión que he tomado.

Capítulo 34

Asher

Las palabras de Valerie se repiten en mi mente como una melodía rota: *«No puedo seguir siendo tu apoyo constante. Tienes que encontrar tu propio equilibrio, sin depender de mí»*. No me había dado cuenta de cuánto dependía de ella hasta que me lo dijo. Ahora, sentado en mi despacho, miro hacia el exterior, pero las vistas desde la ventana no me ofrecen el consuelo que solía encontrar en ella. Edimburgo está ahí fuera, como siempre, pero hoy parece más lejano que nunca.

Sobre mi escritorio hay una pila de documentos, pero no tengo fuerzas para mirarlos. Sé que están llenos de números que deben cuadrar, contratos que deben firmarse y problemas que deben resolverse. Pero nada de eso importa si no consigo enfrentarme a la verdad: he fallado. No solo en mi relación con Valerie, sino también conmigo mismo.

Llevo años intentando demostrar algo, aunque no estoy seguro de qué. Mi valor, mi éxito, mi capacidad para manejarlo todo sin ayuda… Pero ahora veo que esa necesidad de probarme ha sido mi mayor debilidad. Respiro hondo y me levanto de la silla. Hoy tengo que hacer algo diferente, algo que marque un antes y un después en mi vida.

La oficina de mi padre siempre ha sido un lugar intimidante, incluso para mí. El mármol pulido del suelo, las paredes adornadas con cuadros de artistas que no reconozco y el silencio que siempre parece flotar en el aire como una advertencia me hacen sentir como si fuera un extraño. Cuando entro en el despacho de mi padre, lo veo sentado detrás de su enorme escritorio, revisando documentos con su habitual expresión de concentración implacable. Ni siquiera levanta la mirada cuando cruzo la puerta.

—Asher —me dice con tono neutro, sin apartar la mirada de los papeles—. No esperaba verte por aquí.

—Necesitamos hablar —le respondo mientras avanzo hacia él con pasos firmes.

Finalmente, levanta la mirada y sus ojos grises me examinan con la misma frialdad de siempre.

—¿Sobre qué?

Me detengo frente a su escritorio y mantengo la mirada fija en él.

—Quiero dejar las cosas claras entre nosotros.

Por primera vez, su expresión cambia ligeramente. Una ceja se alza y deja el bolígrafo sobre la mesa.

—Adelante —me dice recostando la espalda sobre el respaldo de su silla de piel.

—Durante años, he vivido bajo tu sombra. Cada decisión que he tomado ha estado condicionada por lo que tú querías de mí o por lo que pensaba que esperabas. Pero eso se ha acabado.

—¿Y qué significa eso exactamente? —pregunta entrelazando sus manos sobre la mesa.

—Significa que no necesito tu aprobación ni tus recursos. A partir de ahora, lo voy a hacer a mi manera.

Sus labios se curvan en una sonrisa sarcástica.

—A tu manera… —repite, como si mis palabras fueran una broma —. ¿Y cuál es exactamente *esa* manera?

—Mi manera es aprender de mis errores. No cometer los tuyos.

El sarcasmo desaparece de su rostro y, por primera vez, parece desconcertado.

—Siempre has sido un soñador —me escupe finalmente, con un tono que intenta ser hiriente—. Pero los sueños no pagan las facturas, ni mantienen las empresas a flote.

—Tienes razón —admito, sorprendiéndome a mí mismo con mi calma—. Pero tampoco lo hace el orgullo. Y por eso voy a vender una parte de la empresa.

Sus ojos se entrecierran, y sé que no esperaba esa respuesta.

—¿Qué has dicho?

—Voy a vender una parte de la empresa —repito—. No quiero que mis errores arruinen todo por lo que la gente que trabaja para mí ha luchado.

Mi padre se inclina hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio.

—Eso sería un acto de debilidad.

—No, es un acto de responsabilidad. Algo que tú nunca entendiste.

El silencio que sigue a mis palabras es casi ensordecedor. Finalmente, se vuelve a recostar en su silla y, por un instante, creo ver algo parecido al respeto en sus ojos.

—Haz lo que quieras. Pero recuerda que, si fallas, nadie vendrá a salvarte.

—No espero que lo hagan —respondo, antes de darme la vuelta y salir de su despacho.

La decisión de vender una parte de la empresa no es fácil, pero sé que es necesaria. Paso días revisando opciones, contactando con posibles compradores y negociando términos. Cada llamada y cada reunión me recuerda lo mucho que está en juego. Finalmente, cierro el acuerdo, de tal manera que la empresa no sólo sobrevivirá, sino que tendrá un futuro más sólido. Pero el precio ha sido alto, y no me refiero solo al dinero.

Esta noche, mientras estoy sentado en mi salón con un vaso de whisky en la mano, pienso en Valerie. En sus palabras, en su fuerza y en cómo ha conseguido hacerme ver cosas a las que nunca quise plantarles cara. Y, en este momento, siento que no puedo quedarme aquí pensando en lo que debería decirle. Necesito verla.

Cuando llego al apartamento de Valerie, el aire frío de la noche me golpea, pero no lo siento, porque estoy demasiado concentrado en lo que quiero decirle.

Llamo a su puerta y espero. Cuando se abre, su expresión es una mezcla de sorpresa y cautela.

—¿Asher? —pregunta, sin moverse del umbral.

—Necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Respiro hondo, buscando las palabras adecuadas.

—Sobre nosotros.

Ella me observa durante unos segundos antes de apartarse para dejarme pasar. El

interior de su apartamento es cálido y acogedor, pero no puedo evitar sentirme como un intruso.

—Dime lo que tengas que decir —me pide y se cruza de brazos.

—He tomado una decisión —comienzo, mirándola directamente a los ojos—. He vendido una parte de la empresa.

Valerie parpadea, sorprendida.

—¿Qué? —pregunta estupefacta.

—No podía seguir dirigiéndola como lo hacía. Sabía que, si quería salvarla, tenía que hacer algo drástico.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Porque tú fuiste quien me hizo darme cuenta de que necesitaba cambiar. No por ti, sino por mí mismo.

Valerie no responde de inmediato. Simplemente me mira, como si estuviera evaluando cada una de mis palabras.

—¿Y ahora qué? —pregunta finalmente.

Doy un paso hacia ella, manteniendo la mirada fija en la suya.

—Ahora quiero dejar de ser la persona que era y convertirme en alguien que pueda caminar a tu lado.

Su expresión cambia, pero no puedo descifrar lo que está pensando. Finalmente, deja escapar un hondo suspiro.

—Asher…

—No espero que me perdones de inmediato —la interrumpo—. Solo quiero que sepas que estoy intentando ser alguien mejor. Por ti, pero también por mí.

Valerie me observa durante lo que me parecen horas, aunque sé que solo son segundos. Finalmente, asiente.

—Está bien. Pero esto no significa que todo esté resuelto.

—Lo sé —respondo, con una leve sonrisa—. Pero es un comienzo.

Capítulo 35

Valerie

Mi abrigo se ajusta alrededor de mi cuerpo como un escudo invisible, aunque sé que no es suficiente para protegerme de lo que pueda suceder dentro del café. No sé por qué he accedido a tener esta reunión. Quizá por curiosidad o, tal vez, por esa pequeña chispa que nunca he podido apagar del todo cuando pienso en Asher.

La fachada del café, ahora con un cartel donde pone *Espacio para mujeres emprendedoras*, tiene un aire renovado. El interior, visible a través de los grandes ventanales, está lleno de actividad. A través del cristal, distingo a varias mujeres reunidas alrededor de mesas, hablando, gesticulando, intercambiando ideas con una energía contagiosa. Respiro hondo antes de empujar la puerta y entrar.

El tintineo de la campanilla hace que varias miradas se vuelvan hacia mí, pero la que más me impacta es la suya. Asher está al fondo, observándome con una mezcla de expectativa y algo que parece un atisbo de vulnerabilidad. No sé si es el entorno o la calma que parece haberse instalado en él, pero percibo algo diferente. Me acerco con paso firme, intentando controlar la mezcla de emociones que me embarga.

—Gracias por venir —me dice en voz baja en cuanto estoy a su lado, casi como un susurro destinado solo a mí.

—Quería verlo en funcionamiento con mis propios ojos —respondo, recorriendo el lugar con la mirada.

El café ha cambiado más de lo que imaginaba. Las mesas están dispuestas para fomentar el intercambio, y en las paredes hay pizarras llenas de notas, dibujos y citas inspiradoras. Un rincón está ocupado por una estantería con libros de negocios y desarrollo personal, y hay una pequeña barra donde se sirve café y bollería artesanal.

—¿Qué te parece? —me pregunta observando a nuestro alrededor.

—Es impresionante, no puedo negarlo —admito, aunque mantengo mi tono neutral.

Una mujer se acerca en ese momento para saludarlo. Su expresión es cálida y respetuosa, y Asher le responde con una sonrisa que parece sincera. Ella le comenta algo sobre un próximo taller de liderazgo femenino, y él escucha con atención antes de despedirse con un apretón de manos.

—Ellas han hecho todo esto —me dice cuando la mujer se marcha—. Yo solo les he dado el lugar.

—Aun así, es un gran cambio.

—Valerie… —comienza, pero parece dudar antes de continuar—. Esto no se trata de ti. Se trata de todo lo que me enseñaste sobre ser alguien mejor.

La sinceridad en su voz me desconcierta. Quiero creerle, pero también me aterra

la posibilidad de que todo esto sea solo un esfuerzo calculado para ganarme de nuevo.

—Asher, no quiero sonar ingrata, pero no puedo evitar preguntarme… ¿por qué ahora? —quiero saber sin dejar de mirarle directamente a los ojos.

—Porque, por primera vez en mi vida, he entendido que necesitaba cambiar por mí mismo. No para impresionar a nadie, ni siquiera a ti. Esto es algo que tenía que hacer, sin importar cuál fuera su resultado.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba. Desvío la mirada hacia una de las mesas, donde un grupo de mujeres está trabajando en algo que parece un proyecto conjunto. Veo risas, concentración y complicidad entre ellas. Es evidente que este espacio ha conseguido lo que Asher prometió.

—Es un buen comienzo —admito finalmente, volviendo a mirarle—. Pero todavía tengo dudas.

—Lo sé. Y no espero que desaparezcan de inmediato. Solo quería que vieras esto y comprobaras por ti misma, que estoy trabajando para ser alguien mejor.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes, mientras observo el ambiente que nos rodea.

—A veces siento que hay demasiadas cosas rotas entre nosotros —le susurro—. Y no estoy segura de que todo pueda arreglarse.

—Valerie… —Asher da un paso hacia mí, acortando la distancia que nos separa—. No quiero que te sientas obligada a nada. Solo quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre estaré dispuesto a luchar por esto.

Mis ojos se encuentran con los suyos y, por un momento, siento que el tiempo se detiene. Hay una intensidad en su mirada que me resulta familiar, pero también algo nuevo, una honestidad que no había visto antes.

—Todavía siento algo por ti —admito finalmente, sintiendo cómo las palabras me queman la garganta—. Pero necesito tiempo. Tiempo para sanar y reconstruir mi confianza en ti.

—Tómate todo el tiempo que necesites —responde sin dudar, y hay algo en su tono que me hace creerle.

Antes de que pueda decir algo más, Asher saca un sobre de su bolsillo y me lo entrega.

—Quiero que veas esto.

Lo abro con cautela y descubro un documento que marca el fin oficial definitivo de la participación de Claudia en la empresa. Mi sorpresa es evidente, y Asher aprovecha para hablar.

—Elimina todas las dudas. Este es el último lazo que he cortado con el pasado.

Mi corazón se acelera al leer las palabras impresas en el papel. Es un gesto simbólico, pero también real. Una prueba de que está dispuesto a desprenderse de todo lo que le anclaba a sus viejas maneras.

—Esto significa mucho —le respondo finalmente, cerrando el sobre—. Pero no cambia todo lo demás.

—Lo sé —admite—. Y no espero que lo haga.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes, hasta que finalmente doy un paso hacia la salida.

—Gracias de nuevo por enseñarme esto —le digo, señalando el café con un gesto.

—Gracias a ti por venir —me responde y percibo que su voz está cargada de una emoción que no intenta ocultar.

Cuando salgo a la calle, empiezo a caminar notando como la brisa fría me acaricia la cara mientras avanzo. El café queda atrás, pero las emociones que me ha despertado permanecen. Asher está cambiando, eso es evidente, aunque todavía no sé si es suficiente para reconstruir todo lo que se rompió entre nosotros.

Capítulo 36

Asher

La sala de la gala resplandece con una opulencia casi irreal. Las lámparas de araña cuelgan majestuosas, proyectando una luz cálida que ilumina las mesas perfectamente decoradas. Las conversaciones se entremezclan con el suave murmullo de la música clásica que suena de fondo y crea una atmósfera elegante y calculada. Esta noche, más que nunca, me siento en paz conmigo mismo. Estoy aquí no para impresionar, sino para representar el futuro que quiero construir.

Camino entre los invitados, saludando con inclinaciones de cabeza y estrechando manos. Reconozco a muchas de las personas que están aquí reunidas, empresarios e inversores que, en otro tiempo, me habrían juzgado con una mirada rápida y afilada. Hoy, en cambio, me observan con curiosidad, pero no siento la necesidad de escudriñar sus expresiones. Mi única preocupación es mantenerme fiel a lo que he prometido.

En la mesa de bebidas, pido un vaso de agua. Este no es el tipo de evento en el que perder la concentración tomando alcohol sea una opción. Siento algunas miradas clavadas en mi espalda, pero las ignoro. Estoy aquí para demostrar que soy el Asher O'Connor que se preocupa más por la percepción, que por lo que he dejado atrás.

—Asher —una voz familiar interrumpe mis pensamientos.

Me giro lentamente y me encuentro con uno de los principales inversores, un hombre mayor que siempre ha tenido una presencia imponente en estas reuniones.

—Señor Williams, un placer verle esta noche —respondo estrechando su mano con firmeza.

—El placer es mío. Me he enterado sobre los cambios en la empresa. Diría que estás manejando la situación con más… madurez de la que esperaba.

Sonrío levemente, sabiendo que lo que me acaba de decir es un intento de elogio por su parte.

—Aprender de los errores es una parte esencial de la madurez, ¿no cree?

Williams y yo conversamos unos minutos sobre las estrategias futuras y, aunque no lo dice explícitamente, sé que su apoyo sigue firme. Cuando se retira, me permito un instante de respiro antes de regresar al salón principal. Mientras recorro la sala, mi atención se desvía hacia una figura que se acerca. Claudia. Su presencia no es una sorpresa, pero verla aquí, con su porte impecable y esa sonrisa afilada, es un recordatorio de lo que he dejado atrás.

—Asher —saluda, alargando las sílabas como si el simple hecho de pronunciar mi nombre le divirtiera.

—Claudia —respondo con calma, manteniendo mi tono neutro.

Ella se detiene a escasos pasos de mí, con una expresión que mezcla diversión y desafío.

—¿Disfrutando de la gala? —pregunta, ladeando ligeramente la cabeza.

—Sí. Es un buen lugar para reflexionar sobre el futuro.

—¿El futuro? —repite, como si la palabra le resultara cómica—. ¿El tuyo, el de tu empresa… o el de Valerie?

Su insinuación está claramente calculada para provocarme, pero me mantengo firme.

—Claudia, si tienes algo que decir, adelante.

Ella sonríe, aunque la dureza en sus ojos no cambia.

—Solo me pregunto cuánto tiempo vas a fingir que este nuevo Asher es real. Valerie no va a volver y lo sabes.

—No se trata de si ella vuelve conmigo o no. Se trata de si soy digno de estar con alguien como ella.

Mi respuesta parece descolocarla, aunque recupera rápidamente su gesto de indiferencia.

—Vaya. Parece que realmente crees en esta… redención personal. Veremos cuánto te dura —se ríe secamente.

Sin esperar mi respuesta, se da la vuelta y desaparece entre los invitados. La observo marcharse, pero no permito que sus palabras me afecten. Claudia es el pasado, y ahora mi enfoque está en el presente y en el futuro.

La velada avanza, y el maestro de ceremonias sube al escenario para dar paso al momento central de la noche: los discursos. Anuncian mi nombre y mientras camino hacia el micrófono, siento las miradas de todos los presentes sobre mí. No es una sensación nueva, pero esta vez, no me afecta como antes.

—Buenas noches —comienzo dejando que mi voz resuene en el salón—. Quiero agradecerles su presencia aquí esta noche y, especialmente, su continuo apoyo a nuestra empresa.

Hago una pausa, buscando conectar con mi audiencia.

—Durante años, mi único objetivo ha sido el crecimiento. Pero lo hice sin detenerme a pensar en lo que realmente significaba construir algo sostenible, algo que aportara valor no solo a nosotros, sino también a los demás.

La sala permanece en silencio, expectante mientras yo continúo hablando.

—Los últimos meses han sido una lección de humildad para mí. He aprendido que el verdadero éxito no está en la magnitud de lo que construimos, sino en la solidez de sus cimientos.

Me detengo por un momento, dejando que mis palabras calen en la audiencia.

—Por eso he tomado la decisión de reducir el alcance de nuestra empresa, pero no su impacto. Nos enfocaremos en ser más auténticos, en construir algo que perdure y que represente los valores en los que creo.

Los aplausos que siguen a mi intervención son educados, pero en algunas caras veo algo más: aprobación sincera. Bajo del escenario satisfecho y con la certeza de que he hecho lo correcto.

De vuelta entre los asistentes, algunos inversores se acercan para felicitarme, mientras otros me observan desde la distancia, evaluando mis palabras. Pero no me importa. Lo único que me preocupa ahora mismo es que he comenzado a liberarme de las cadenas que me ataban a expectativas ajenas.

Cuando decido marcharme, recojo mi abrigo y me dirijo hacia la salida. El aire fresco de la noche me golpea cuando cruzo las puertas del edificio, disipando el peso de la gala y la intensidad de mi discurso. Camino unos pasos, dejando que la tranquilidad de la calle me

envuelva, cuando algo capta mi atención. Giro la cabeza y la veo. Valerie está allí, de pie a unos metros y con un abrigo que realza su figura. Nuestros ojos se encuentran, y en ese instante todo lo demás se desvanece. No dice nada, pero hay algo en su mirada, una calma que no había visto antes, que me hace pensar que, quizá, he dado un paso en la dirección correcta. No sé cuánto tiempo pasa hasta que, finalmente, ella asiente levemente y se da la vuelta para marcharse. Me quedo allí, viendo cómo se aleja, con la certeza de que, aunque el camino que tengo por delante aún es largo, no lo estoy recorriendo en vano.

Capítulo 37

Valerie

El viento en Arthur’s Seat parece menos fuerte esta tarde, como si incluso el clima hubiera decidido amainar para lo que está por venir. La colina, que se alza imponente sobre Edimburgo, siempre me ha parecido un lugar lleno de contradicciones. Su cumbre ofrece la paz de estar lejos del bullicio de la ciudad, pero llegar hasta aquí implica un esfuerzo que te deja sin aliento. Supongo que por eso lo he elegido para tener esta conversación con Asher. Si algo merece la pena, debe costar.

Cuando alcanzo la cima, observo el horizonte que se extiende ante mí, salpicado por tejados y calles que parecen dibujar un mapa infinito de posibilidades. El recuerdo de la última vez que estuve aquí con Asher se pasea por mi mente. Entonces, fue él quien me trajo hasta aquí para hablar. Hoy, en cambio, he sido yo quién le ha pedido que nos encontremos aquí. Lo espero hecha un manojo de nervios con la esperanza de que todo salga como me gustaría a mí.

El crujir de las piedras detrás de mí me anuncia su llegada. Me giro para verlo acercarse. Incluso desde la distancia, su figura tiene una presencia que siempre logra captar mi atención. Lleva un abrigo oscuro que se ajusta perfectamente a su cuerpo, y sus pasos, aunque tranquilos, son firmes, como si tuviera calculado cada uno de sus movimientos.

—Hola —le digo cuando llega hasta mí, procurando que mi voz suene tranquila.

—Hola, Valerie —responde con una leve inclinación de cabeza.

Nos quedamos en silencio un momento, como si ambos estuviéramos calibrando la importancia de este momento, mientras preparamos las palabras que queremos decirnos.

—¿Por qué aquí? —me pregunta observando a nuestro alrededor.

—Porque aquí tuvimos nuestra conversación más honesta —respondo, cruzando los brazos para protegerme del frío—. Y creo que este es el lugar adecuado para lo que tengo que decirte.

Él asiente, aunque no habla. Sus ojos se fijan en los míos, atentos y expectantes.

—Asher, no voy a darle demasiadas vueltas —comienzo, eligiendo cuidadosamente cada una de mis palabras—. He estado observándote y he visto los cambios que has hecho. Y quiero que sepas que los valoro.

Sus labios esbozan una pequeña sonrisa, pero no me interrumpe.

—Dicho esto, hay algo que necesito dejar claro antes de dar cualquier paso contigo. No quiero ser tu salvadora, aunque tampoco tu musa. Ni quiero que dependas de mí para mantenerte en este camino. Solo quiero ser tu compañera, alguien que esté a tu lado en igualdad de condiciones y con quien puedas construir algo real.

Él respira hondo, como si mis palabras fueran exactamente lo que esperaba escuchar.

—Lo entiendo —responde con una sinceridad que me llega al alma—. Eso es lo que yo quiero también. Deseo que caminemos juntos, tomados de la mano y sin que uno dependa del otro.

Al escuchar lo que me dice, siento que algo dentro de mí se relaja, como si una tensión que había estado acumulándose durante semanas finalmente se disolviera.

—¿Paseamos un poco? —pregunto, queriendo prolongar este momento.

Él asiente y comienza a caminar a mi lado por el sendero que desciende de la colina. El silencio que compartimos ahora es diferente, menos pesado y más cómodo.

—He estado pensando mucho en cómo podemos empezar de nuevo —dice después de un rato—. Y tengo una idea que quiero compartir contigo.

—¿Ah, sí? —respondo, mirándole de reojo.

—El café. Quiero que trabajemos juntos allí.

Me detengo un momento, sorprendida por la propuesta.

—¿Trabajar juntos?

—Sí. Tú tienes un talento especial para conectar con las personas y entender lo que necesitan. Y yo puedo aportar mi experiencia empresarial para que el lugar crezca y llegue a más gente. Creo que podemos hacer algo realmente especial.

Su voz está llena de entusiasmo, pero también de algo más: vulnerabilidad. Esta no es solo una idea de negocio; es su forma de invitarme a formar parte de su vida de una manera nueva.

—Es una propuesta interesante —admito, retomando el paso mientras lo pienso —. Pero necesito saber que, si hacemos esto, será en igualdad de condiciones.

—Por supuesto —responde rápidamente—. Esto no es mi proyecto ni el tuyo. Es algo que construiremos juntos, si tú quieres.

Seguimos caminando mientras la imagen del café lleno de vida se forma en mi mente poco a poco. Veo las mesas ocupadas por mujeres intercambiando ideas, los talleres llenando el espacio de risas y aprendizajes, y a Asher y a mí trabajando codo a codo para mantenerlo todo en marcha.

—¿Sabes qué? Creo que podría funcionar —le digo finalmente, mirándole con una pequeña sonrisa.

Él se detiene y me observa como si mis palabras fueran la confirmación que había estado esperando.

—¿Entonces, lo hacemos? —pregunta, tendiendome la mano.

—Sí —le respondo y tomo su mano sintiendo cómo su calidez se mezcla con la mía.

El camino hacia abajo es más ligero, como si la decisión que acabamos de tomar hubiera suavizado todo. Cuando llegamos al final del sendero, Asher se detiene y me mira con una intensidad que hace que mi corazón dé un pequeño vuelco.

—Valerie, no puedo prometerte que no cometeré errores —me dice, con una honestidad que me desarma—. Pero lo que sí te puedo prometer es que siempre haré todo lo que esté en mis manos para aprender de ellos.

—Eso es lo único que espero de ti —le respondo, sintiendo cómo una sonrisa se forma en mis labios.

Nos quedamos allí un momento más, con el viento jugando a nuestro alrededor, antes de empezar a descender, pero esta vez, tomados de la mano.

Capítulo 38

Asher

El trayecto hasta el hotel boutique parece más largo de lo que realmente es. Mis dedos se mueven inquietos, rozando la pequeña caja con el anillo dentro, que llevo en el bolsillo. Lo toco como si necesitara asegurarme de que sigue ahí, de que este plan y esta noche, será tan real como las palabras que quiero decirle a Valerie. Ella, sentada a mi lado en el coche, parece ajena a mi nerviosismo. Está mirando por la ventana siguiendo con la mirada las luces de las calles que dejamos atrás. Siempre tiene ese aire de serenidad, incluso cuando sé que su mente está trabajando sin descanso. Ahora mismo me encantaría saber qué está pensando, pero no me atrevo a preguntarselo. Esta noche tiene que ser perfecta.

Cuando llegamos, Valerie desciende del coche con esa gracia natural que siempre me deja sin palabras. Me apresuro a seguirla, notando cómo mis pasos son más pesados de lo habitual. El hotel, pequeño y exclusivo, está iluminado con luces cálidas que dibujan un ambiente íntimo y acogedor.

—Es precioso —me dice mientras observa el exterior del edificio, con una leve sonrisa que ilumina su rostro.

—Quería que esta noche fuera especial —respondo, deseando que mis palabras sean suficientes para transmitirle todo lo que estoy sintiendo.

Cuando entramos, nos recibe un recepcionista que nos guía hasta la suite que he reservado. Valerie no pregunta nada, pero noto su curiosidad en la forma en que sus ojos recorren cada rincón del lugar. La terraza privada, con vistas directas a Arthur’s Seat, es el centro de todo. La mesa está preparada con velas y flores, y el aire fresco lleva consigo el aroma de los pinos que rodean la colina.

—Esto es… —comienza a decir, pero se detiene como si no supiera cómo describirlo.

—Espero que sea suficiente —completo su frase por ella, temiendo que no lo sea.

—Es perfecto.

Su respuesta me da una tranquilidad momentánea, pero no lo suficiente para calmar los latidos desbocados de mi corazón.

La conversación durante la cena fluye con naturalidad. Hablamos de cosas simples: el café, los talleres que están organizando las mujeres emprendedoras, incluso algún plan para el futuro que mencionamos de pasada... Pero apenas puedo concentrarme en lo que hablamos, porque cada vez que se ríe, siento una punzada de emoción que me recuerda por qué estoy haciendo todo esto.

El sol comienza a esconderse tras la colina, pintando el cielo con tonos suaves. Es el momento que estaba esperando. Me levanto despacio y rodeo la mesa para colocarme frente a ella. Valerie alza la mirada, sorprendida, pero no dice nada, solo me mira.

—Valerie… —comienzo, notando cómo mi voz tiembla ligeramente—. Nunca he sido un hombre de promesas, porque siempre he pensado que las palabras son fáciles de decir, pero aún más fáciles de romper.

Ella me observa con atención con sus grandes ojos color miel llenos de emoción.

—Pero contigo… Contigo he aprendido que las palabras no son lo más importante, sino los hechos. Y quiero demostrarte todos los días lo que significas para mí.

Me arrodillo frente a ella, sacando la pequeña caja con el anillo del bolsillo. Su mano vuela a su boca, cubriendo el gesto de sorpresa que sé que no puede controlar al verla.

—¿Te quieres casar conmigo? No como tu jefe, ni como el hombre que cometió mil errores, sino como alguien que quiere construir un futuro a tu lado.

El silencio que sigue es corto, aunque a mí se me hace eterno. Valerie deja caer la mano que cubre su cara, mostrando una sonrisa que es más brillante que cualquier luz de esta ciudad.

—Claro que sí, Asher —me responde y veo cómo las lágrimas ruedan por sus mejillas mientras me mira—. Porque, aunque seas increíblemente testarudo, eres el amor de mi vida.

Mi cuerpo se inunda de alivio, emoción y algo que nunca había sentido antes: una felicidad tan pura que duele. Me levanto, después de colocar el anillo en su dedo, mientras ella me observa con una ternura que casi me desarma y nos besamos.

Nuestro beso se intensifica y siento que toda la tensión acumulada durante los últimos meses se disuelve en este momento. No sé cuánto tiempo estamos regalándonos besos, hasta que yo, sin soltar su mano, la guío hacia la habitación que está preparada con cuidado. Las velas parpadean, lanzando sombras suaves por las paredes, y los pétalos de rosa sobre la cama añaden un toque romántico muy especial.

—Quiero que cada detalle de esta noche sea para ti —le susurro al oído mientras la atraigo hacia mí.

—Ya lo es —responde con una voz cargada de emoción.

La beso de nuevo, esta vez con más intensidad, permitiéndome expresar todo lo que siento. Mis manos recorren su espalda, acariciando cada una de las curvas de su cuerpo con devoción, mientras ella desliza las suyas por mi pecho, desabrochando los botones de mi camisa con una calma que contrasta con la pasión que arde entre nosotros. Cada prenda que cae al suelo es un paso más hacia la intimidad que compartimos, pero esta vez es diferente. Ahora no solo es el deseo el que nos invade, también estamos llenos de amor.

—Te quiero, Valerie —le digo con la voz rota por la emoción.

—Yo también te quiero, a ti. Con todo mi corazón.

La intensidad de sus palabras me empuja a demostrarle con cada movimiento cuánto significa para mí. Mientras la tumbo con cuidado sobre la cama, nuestros ojos se encuentran y, en ese instante, solo existimos ella y yo. El mundo exterior queda atrás, y lo único que importa es este momento somos nosotros.

Mis manos, firmes pero delicadas, se deslizan por su cara, acariciando la curva de su mandíbula y disfrutando de la suavidad de su cuello. Quiero memorizar cada detalle y cada pequeña reacción que experimenta su cuerpo con el contacto de mis dedos. La forma en que cierra los ojos y deja escapar un suspiro cuando mis labios encuentran la delicada piel de su clavícula me dice todo lo que necesito saber. Mi boca traza un camino lento pero decidido, dejando un rastro de besos cálidos que descienden hasta donde comienza el borde de su ropa. Con cuidado, retiro las capas que nos separan. Mi corazón late con fuerza al descubrir cada centímetro de su piel, como si estuviera revelando un tesoro que he esperado toda mi vida para encontrar. Su piel es suave y cálida, y la luz tenue que ilumina la habitación resalta los matices que solo yo tengo el privilegio de admirar. Ella me observa con los ojos brillantes por una mezcla de deseo y confianza, y esa mirada me incendia por dentro.

—Eres perfecta —le digo en voz baja, pero con total sinceridad.

Sus labios se curvan en una sonrisa, tímida pero segura, y alarga una mano para tocarme. Sus dedos recorren mi rostro, bajan por mi cuello y se detienen en el botón de mi camisa. Siento cómo sus manos tiemblan ligeramente mientras desabrocha uno a uno los botones, como si también quisiera tomarse su tiempo y saborear cada momento. Cuando finalmente mi camisa cae al suelo, sus manos recorren mi pecho, explorando cada rincón con una ternura que nunca había sentido antes.

—No hay prisa —me susurra de forma tan suave como una caricia.

Y tiene razón. No tenemos prisa. Este no es un momento para ser apresurado o superficial; es un momento para entregarnos por completo y demostrarnos con cada caricia y cada beso, todo lo que hemos recorrido para llegar hasta aquí.

La tumbo completamente sobre la cama, dejándola descansar sobre las suaves sábanas que parecen envolvernos en una burbuja de intimidad. Mi cuerpo se posiciona sobre el suyo, sin aplastarla ni invadirla, simplemente dejando que nuestras pieles se encuentren sin barreras. El calor que emana de ella me envuelve, y me inclino para besarla de nuevo, esta vez más lento, con la intención de que sienta cada emoción que trato de transmitirle.

Mis labios descienden una vez más, recorriendo su cuello, sus hombros y las curvas perfectas de sus pechos. Ella se arquea ligeramente con mis caricias, dejando escapar un gemido suave que resuena en mis oídos y me hace estremecer. Sus manos se aferran a mis hombros y su cuerpo responde al mío con una sincronía que parece casi mágica, como si estuviéramos hechos para este momento.

—Asher… —susurra mi nombre entre jadeos y el sonido de su voz cargada de deseo y vulnerabilidad me atraviesa como un rayo.

Mi boca sigue su camino, explorando cada rincón de su piel con devoción. Quiero que sepa que no estoy aquí solo por el deseo físico, aunque este sea abrumador. Estoy aquí para ella, para demostrarle que amo, admiro y deseo cada parte de su ser. La rodeo con mis brazos cuando me coloco sobre ella y entre sus piernas. Desciendo un poco para jugar con mi boca y mi lengua en sus pezones, hasta lograr que ella jadee de placer. Desciendo una de mis manos por el lateral de sus caderas hasta la altura de sus ingles y cuelo mis dedos en su sexo, que está mojado y deseoso de mí. Sin pensármelo, agarro mi erección y la guío hasta su entrada y con un movimiento de cadera entro en ella de forma profunda y decidida. Valerie gime al notar como me adentro entre sus paredes estrechas. Nuestros cuerpos se mueven al unísono, creando una sinfonía que solo nosotros escuchamos Cada respiración, cada gemido y cada susurro se convierte en una nota que compone esta pieza única que estamos creando juntos.

—Quiero estar contigo, siempre —le digo contra su piel con la voz rota por la emoción.

Ella no responde con palabras, no las necesita. Sus ojos, su tacto y la forma en que su cuerpo recibe al mío lo dicen todo. Nos movemos juntos, como si cada uno supiera instintivamente lo que el otro necesita y desea. La conexión entre nosotros va más allá de lo físico; es un vínculo profundo y forjado a través de todas las pruebas que hemos superado.

El ritmo de nuestros cuerpos se intensifica, pero sin perder delicadeza. Cada movimiento y caricia están cargados de significado. Ella se aferra a mí con fuerza y hunde sus dedos se hunden en mi cabello mientras su respiración se entrecorta. La veo perderse en el momento, entregándose por completo, y eso me impulsa aún más. Quiero que sienta todo lo que yo siento, que sepa cuánto significa para mí.

—Te quiero, Valerie —susurro con voz ronca, apenas audible, pero cargada de

emoción.

—Yo también te quiero, Asher —responde, y sus palabras son como un bálsamo para mi alma.

En ese instante veo cómo ella explota de placer, por lo que yo la imito y me derramo en ella. El clímax llega como una ola que nos arrastra a ambos, intensa y liberadora. Pero incluso en ese momento de éxtasis, hay una ternura que lo envuelve todo. Nuestros cuerpos tiemblan y nuestras respiraciones se entremezclan, y cuando finalmente nos dejamos caer juntos sobre la cama, todavía aferrados el uno al otro, siento una paz que nunca había sentido.

La habitación se queda en silencio, excepto por el suave sonido de nuestras respiraciones. La abrazo con fuerza, manteniéndola cerca de mí, como si soltarla pudiera hacer desaparecer este momento. Su cabeza descansa sobre mi pecho, y puedo sentir el ritmo constante de su corazón, un latido que parece resonar en perfecta armonía con el mío.

—No sabía que el amor podía sentirse así —le digo con una media sonrisa.

Ella levanta la cabeza para mirarme y en sus ojos veo todo lo que siempre he querido. Me inclino para besarla de forma suave con un beso sin prisa.

—Es como un hogar, ¿verdad? —me responde, con una sonrisa que ilumina toda la habitación.

Asiento, incapaz de expresar con palabras todo lo que siento en este momento. Porque eso es lo que es ella para mí: un hogar, un refugio y la promesa de que todo estará bien mientras estemos juntos.

Nos quedamos así, abrazados, mientras la noche avanza lentamente. No sentimos la necesidad de hablar, porque no hay nada más que decir. Solo que, en este momento y en este lugar, todo es perfecto.

Epílogo

Valerie

6 meses después

El aroma de las flores silvestres llena el aire mientras recorro el sendero que lleva hasta el altar. Cada paso que doy sobre el suelo cubierto de pétalos de rosas rojas parece resonar con más fuerza que las risas suaves de los invitados y el canto de los pájaros. Mis manos, aferradas al ramo que Lilly me ha ayudado a elegir, tiemblan ligeramente, pero no de nervios, sino de pura emoción.

Nunca pensé que mi vida cambiaría tanto en tan poco tiempo. Hace apenas un año, me habría reído si alguien me hubiera dicho que doce meses después estaría caminando hacia el altar para casarme con Asher O'Connor. ¿Yo? ¿La mujer que siempre ponía su carrera y su independencia por encima de todo? ¿Con él, el hombre que al principio parecía ser la representación perfecta de todo lo que yo odiaba? ¿Casarme yo con mi jefe?

Sin embargo y contra todo pronóstico, aquí estoy, rodeada de nuestros seres queridos, avanzando hacia el hombre que no solo ha cambiado mi vida, sino que también me ha enseñado a amarme y a valorarme de una manera que nunca creí posible.

El jardín al aire libre, situado en las afueras de Edimburgo, parece sacado de un sueño. Las flores silvestres crecen en perfecta armonía, como si alguien las hubiera colocado a propósito para esta ocasión, aunque sé que son parte natural del entorno. El cielo, despejado y brillante, nos regala el escenario perfecto para este día. Los colores vivos de las flores contrastan con el verde intenso de la hierba, y las sillas blancas colocadas para los invitados añaden un toque de elegancia a la escena.

A mi derecha, mi madre me lanza una mirada llena de orgullo y emoción. Sus ojos brillan, y aunque intenta mantener la compostura, puedo ver que está al borde de las lágrimas. A su lado, Lilly no se molesta en ocultar su entusiasmo. Me lanza un beso exagerado y un pulgar hacia arriba que me hace sonreír a pesar de la solemnidad del momento.

Pero mi atención no tarda en volver al frente. Allí está Asher. Su figura, erguida y segura, destaca entre todos los presentes. Lleva un traje oscuro que resalta sus hombros anchos y su porte elegante, pero lo que realmente me deja sin aliento es la forma en que me mira. Sus ojos grises, intensos y llenos de amor y admiración, están fijos en mí, como si el resto del mundo no existiera.

Mientras camino hacia él, no puedo evitar pensar en cómo comenzó todo. Nuestra

historia no tiene nada de convencional. No hubo un flechazo a primera vista, ni un comienzo fácil. Más bien, empezó con un acuerdo alocado, una necesidad mutua de resolver nuestros propios problemas. Yo era su asistente personal, atrapada en un trabajo que había perdido todo el sentido para mí. Él, un empresario demasiado seguro de sí mismo, cargado con más problemas de los que estaba dispuesto a admitir.

Cuando Asher me pidió que fingiera ser su pareja para salvar su empresa, pensé que estaba loco. Pero, de alguna manera, ese acuerdo nos ha traído hasta este momento. Lo que comenzó como un acto de conveniencia se acabó convirtiendo en algo real, algo que me ha cambiado de formas que nunca imaginé.

De esa manera, he podido conocer realmente a un hombre que, debajo de su arrogancia inicial, escondía una vulnerabilidad que me ha acabado desarmando y enamorando. Un hombre dispuesto a luchar por lo que amaba, incluso cuando no sabía cómo hacerlo de la manera correcta. Y él conoció a una mujer, que no estaba dispuesta a renunciar a su independencia, pero que también ha acabado aprendiendo que puede dejarse amar sin perderse a sí misma en el proceso.

Nuestra relación no ha sido fácil. Ha estado llena de desafíos y de momentos en los que pensé que no lo lograríamos. Pero cada uno de esos obstáculos nos ha hecho ser quienes somos ahora. Y mientras me acerco a él, no puedo evitar sentirme agradecida por cada lección, cada error y cada reconciliación que hemos vivido durante nuestro camino.

Cuando llego al altar, Asher extiende su mano hacia mí, y yo la tomo sin dudar. Su tacto es cálido y firme. Nos giramos hacia el oficiante, pero no puedo dejar de mirarle. Su expresión está llena de ternura y admiración y, por un momento, siento que el tiempo se detiene.

—Estás preciosa —murmura tan bajito, que los demás no pueden oírle, pero lo dice en un tono suficientemente alto como para que yo lo escuche.

—Tú tampoco estás mal —respondo alzando una ceja, aunque mi corazón me late con fuerza en el pecho.

El oficiante comienza a hablar y sus palabras, aunque hermosas, se convierten en un murmullo en el fondo de mi mente. Todo mi enfoque está en Asher, en la forma en que sus ojos no se apartan de los míos y en la suave curvatura de sus labios mientras me sonríe.

Cuando llega el momento de los votos, Asher toma aire y, por primera vez, parece nervioso.

—Valerie —comienza, y su voz, aunque firme, tiene un matiz de vulnerabilidad que me conmueve—. Prometo amarte, no solo en los días fáciles, sino en los difíciles. Porque tú me enseñaste que el amor verdadero es el que se construye, paso a paso, y eso quiero hacer contigo cada día.

Sus palabras son simples, pero cargadas de una emoción que me atraviesa. Siento las lágrimas acumulándose en mis ojos y no hago nada por detenerlas.

Es mi turno y necesito un momento para recuperar la compostura antes de hablar. Respiro hondo y empiezo con mis votos.

—Asher, prometo caminar a tu lado, ser tu refugio en los días oscuros y tu mayor cómplice en cada sueño que persigamos. Contigo aprendí que el amor no es solo un sentimiento, sino un acto de valentía diaria, y tú, con tu corazón indomable, eres la persona más valiente que jamás he conocido. Te prometo ser tu compañera en cada paso, tu apoyo incondicional y el puerto donde siempre encuentres calma.

Cuando termino, veo cómo sus ojos brillan con emoción. Ambos reímos suavemente y ese sonido rompe la tensión en el aire, reemplazándola por una calidez que se

extiende a todos los presentes.

Cuando el oficiante finalmente nos declara marido y mujer, Asher no espera ni un segundo para besarme. Es un beso suave, pero lleno de pasión, como si quisiera encapsular en él todo lo que siente.

Los aplausos y las risas de los invitados nos envuelven, pero en ese momento solo tengo ojos para él.

Epílogo

Asher

El jardín se ha transformado en un lugar mágico, con luces colgantes que iluminan las mesas y música que flota en el aire. Los invitados de nuestra boda ríen, brindan y comparten anécdotas, creando un ambiente que es tanto íntimo como festivo.

Valerie está rodeada de Lilly y su madre, riendo por algo que no alcanzo a escuchar desde donde estoy. Mientras la observo, Jack se acerca con un vaso en la mano y una sonrisa burlona en los labios.

—Así que lo lograste, O'Connor. No pensé que fueras capaz de convencerla.

—Ni yo tampoco —admito, porque sé que, en muchos momentos, estuve a punto de perderla.

Jack me da una palmada en el hombro y mira en dirección a Valerie.

—Mi hermana es una mujer increíble. Y tú, un tipo afortunado.

—Lo sé. Y pienso recordárselo todos los días.

Mientras Jack se aleja, mi mirada vuelve a buscar a Valerie y nuestros ojos se encuentran. Valerie me sonríe y en su sonrisa hallo todo lo que necesito.

Más tarde, cuando el bullicio comienza a suavizarse, la encuentro sentada en un banco, apartada del resto. Su vestido blanco brilla bajo la luz de las estrellas, y su cabello, suelto y ligeramente despeinado por el viento, enmarca su cara de una forma que me deja sin aliento.

—¿Estás huyendo? —le pregunto mientras me acerco, aunque ya sé la respuesta.

Ella sonríe y niega con la cabeza.

—Solo necesitaba un momento para asimilarlo todo.

Me siento a su lado y, por un instante, nos quedamos en silencio, disfrutando de la tranquilidad del momento y de la belleza que nos rodea.

—¿Sabes qué es lo mejor de hoy? —le pregunto.

—¿Qué?

—Que es solo el principio.

Valerie gira la cabeza para mirarme, y en sus ojos veo el reflejo de todo lo que siento por ella.

—Sí —responde con suavidad—. Pero vaya principio…

Me inclino hacia ella y la beso, un gesto lento y lleno de promesas que no necesitan ser dichas.

Cuando volvemos con los invitados, Lilly anuncia que es hora del primer baile. La música comienza a sonar, y yo llevo a Valerie al centro del jardín, bajo un cielo lleno de estrellas. Coloco una mano en su cintura y tomo su mano con la otra, acercándola a mí mientras nos movemos al ritmo de la música.

—¿Lista para nuestro primer baile como marido y mujer? —le susurro al oído.

—Siempre —me responde y su voz, suave pero firme, llena cada rincón de mi ser.

Los invitados nos rodean, aplaudiéndonos y vitoreándonos. Su cabeza descansa en mi pecho y siento su respiración, tranquila y constante. Cuando la canción termina, seguimos allí, abrazados, mientras los demás se unen a la pista de baile. Es el final de un día perfecto, pero también el comienzo de algo mucho más grande.

Más tarde, mientras caminamos de la mano hacia el coche que nos llevará al hotel, me detengo un momento para mirar atrás. El jardín, las luces, nuestros amigos... todo queda como un recuerdo imborrable. Valerie aprieta mi mano y cuando la miro, veo en sus ojos el mismo amor y la misma esperanza que yo siento en mi corazón.

—¿Lista para nuestro para siempre? —le pregunto esta vez, sonriendo.

—Siempre —responde de nuevo, con una sonrisa que ilumina todo a su alrededor.

Y con esas palabras, comenzamos nuestro camino, juntos, hacia un futuro lleno de promesas, proyectos y, sobre todo, mucho amor.

***

Antes de cerrar este libro, por favor, si me dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, me ayudas a que pueda seguir publicando.
¡Muchas gracias!

Sarah Valentine

Nota de la autora

Querid@ lector@,

Si has llegado hasta aquí, déjame darte las gracias por haberlo hecho. Deseo que hayas disfrutado estas historias y los hayas amado tanto como yo mientras las creaba.

Si te gustan mis historias, te animo a que le des una oportunidad a mis otras novelas publicadas. Mientras, yo continúo trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo mis nuevas historias.

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine

¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/

Instagram: @sarahvalentine_escritora/

TikTok: @sarahvalentine.escritora

Facebook: Sarah Valentine

Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora

Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine

En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Matt y Lara, te animo a que empieces a leer la siguiente entrega de esta serie*: **Lucke. La sumisa del heredero: Un romance oscuro, intenso y adictivo ambientado en Nueva York***
Esta es su sinopsis:
Natalie Williams nunca imaginó que aceptar un trabajo como **asistente personal** en Cooper Holdings la llevaría a un mundo donde **el deseo se confunde con la obediencia**, y **el placer con la rendición**. Trabajar para **Lucke Cooper**, el implacable y **seductor heredero** y CEO del imperio hotelero más prestigioso de Nueva York, significa **someterse a sus reglas**, seguir sus **órdenes y entregarse** a su control absoluto… en todos los sentidos.
Lucke Cooper no es un hombre que sepa amar. **No cree en el amor**, solo en el poder, en la lealtad inquebrantable y en la **sumisión total**. En su mundo, todo se basa en contratos, acuerdos y límites claros. Y **Natalie** acaba de firmar el más peligroso de todos: **ser su sumisa**.
Para ella, aceptar significa explorar deseos que nunca se atrevió a confesar. Para él, es la garantía de que siempre tendrá el control. Pero lo que ninguno de los dos espera es que este **juego de dominación** despierte algo más profundo, algo que va **más allá de la obediencia y el placer.**

Mientras Lucke lucha contra su necesidad de controlarlo todo y Natalie descubre su propia fortaleza dentro de la entrega, **el peligro acecha en las sombras**. Porque cuando el pasado de Lucke amenaza con destruirlos, la pregunta ya no es si Natalie seguirá sus reglas… sino si podrá salvar a un hombre que nunca ha aprendido a ceder.

Un romance oscuro, intenso y adictivo donde rendirse no es una opción… hasta que el corazón dicta lo contrario.
¡Atrévete a descubrirlo!
Y ahora, empieza a leerlo:

Lucke.
La sumisa del heredero
Serie Herederos 9

Prólogo
Lucke

El poder es un veneno que nunca deja de correr por las venas. Algunos lo saborean y se deleitan con su sabor, mientras otros se ahogan en él. Yo, en cambio, aprendí a controlarlo desde niño y a entenderlo como una extensión de mi propia esencia. Me pertenece. Lo domino. Y no permito que nadie me lo arrebate.
El evento en los Hamptons es el mismo circo de siempre. Lujo desbordante, conversaciones que no dicen nada y alianzas tejidas con hilos tan frágiles como el cristal de las copas que tintinean

con cada brindis. Desde el balcón de la mansión, observo a la multitud con la frialdad calculada de quien lo ha visto todo y no se sorprende por nada. Hombres con carísimos trajes a medida discuten de negocios, que ya han cerrado antes de siquiera tocar la copa de whisky, que tienen entre las manos. Mujeres impecablemente vestidas con trajes de alta costura sonríen con ese gesto aprendido desde la cuna, buscando a quién atrapar en su red. Nada en esta escena es nuevo para mí. Nada en este lugar logra afectarme. O al menos, así debería ser.

Recorro la sala con mi mirada sin ningún interés. He estado aquí antes, incontables veces, en distintas mansiones, con distintos rostros y los mismos juegos de poder. Nada cambia. Nadie es distinto. Todos actúan según el guion que la sociedad ha impuesto para ellos. Yo también. Pero esta noche, algo es diferente. No en la fiesta. En mí.

Algunas mujeres asistentes a la fiesta se acercan a mí con la seguridad de quien cree que tiene algo que ofrecerme. Sus labios rojos se curvan en sonrisas diseñadas para atraer y sus manos buscan contacto *casual* con mi brazo, con mi espalda o con mi reloj de edición limitada. Algunas ni siquiera intentan disimular su interés. Me ven como el premio más alto, el trofeo definitivo que ansían conseguir, aunque no significa que lo acaben obteniendo.

Bajo la vista hacia la copa de whisky que tengo entre mis manos y doy un trago, permitiendo que el licor queme mi garganta. Sé por qué estoy inquieto. Sé por qué, por primera vez en años, siento una incomodidad que no puedo etiquetar ni controlar. Sé de quién es la culpa. Natalie Williams.

Su nombre golpea mi mente como un eco que no deja de repetirse. No debería estar pensando en ella y menos aquí. No debería estar pensando en ella, punto. Pero lo hago. Y cuanto más intento apartarla de mi cabeza, más presente está. Es un problema. Uno que no puedo ni debo permitirme.

La recuerdo con una claridad que me molesta. Sus ojos azules, grandes y expresivos, que delatan cada una de sus emociones sin que ella lo quiera. Sus labios gruesos y apetitosos, que se entreabren levemente cuando algo la sorprende. La forma en que se muerde el labio inferior cuando está nerviosa, un gesto inconsciente que he visto repetirse en muchas ocasiones. Natalie no es como las mujeres que se pasean esta noche por la mansión con su perfume caro y sus vestidos de alta costura. Ella no pertenece a este mundo. Y, sin embargo, es la única mujer a la que mi cabeza y mi entrepierna regresa una y otra vez.

Me apoyo en la barandilla con la mirada clavada en la piscina iluminada de la zona trasera de la mansión, aunque mis pensamientos siguen enredados en ella. No entiendo qué tiene de especial, ni por qué su presencia en mi vida ha generado este caos interno que no soy capaz de controlar por mucho que me esfuerce. Para mí, las relaciones siempre han sido simples transacciones. Placer sin ataduras y deseo sin emociones. He creado reglas y me he asegurado de cumplirlas. Hasta ahora. Ahora todo es diferente, hasta yo.

La última vez que la vi, me di cuenta de que todo estaba cambiando. Su forma de mirarme ya no era la misma. No sé si era miedo, desafío o ambos, pero me hizo sentir algo que no debería, ni había planeado. Algo que no quiero.

Cierro los ojos y respiro hondo. No puedo permitirme esto. No puedo dejar que ella se convierta en una distracción. No puedo admitir que algo tan insignificante como una asistente personal rompa con la estructura de acero que he construido a mi alrededor. No lo permitiré.

Abro los ojos y vuelvo la mirada hacia la sala. Nada ha cambiado. Los invitados siguen con su danza predecible de poder y deseo. Una mujer rubia, alta, con un vestido rojo que se ajusta a su cuerpo como una segunda piel, me sonríe desde la distancia y se acerca con la seguridad de quien cree que su destino está escrito. Se detiene a pocos centímetros de mí, lo

suficiente para que el aroma de su excesivo perfume invada el aire entre nosotros.

—Lucke Cooper —me dice con voz sedosa—. Qué sorpresa encontrarte aquí.

La miro sin interés. No me molesto en recordar su nombre. La he visto antes, probablemente en otro evento como este y sé exactamente qué quiere. Lo mismo que todas.

—No es una sorpresa —respondo con indiferencia—. Estaba invitado, supongo que como tú.

Ella suelta una risita suave y se acerca más a mí. Demasiado.

—Pensé que quizás querrías compañía esta noche.

No me molesto en responder. En otro momento o en otra circunstancia, tal vez habría aceptado su oferta. Quizá la habría llevado a mi hotel y habría pasado unas horas disfrutando de su cuerpo sin permitir que entrara en mi mente. Pero esta noche, la idea me parece vacía e insípida, porque no es su cuerpo el que deseo. Ni es su voz la que quiero escuchar susurrando mi nombre entre jadeos.

Exhalo, dejando la copa vacía sobre una mesa cercana, y doy un paso atrás. La rubia parpadea, sorprendida por mi falta de interés, pero no me detiene cuando me alejo. Camino con paso seguro, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Salgo del salón y cruzo la enorme terraza, sintiendo la brisa nocturna contra mi piel. No hay razón para quedarme más tiempo en este paripé disfrazado de fiesta. No hay nada aquí que me interese.

La realidad es clara: el problema no está en la fiesta, ni en las mujeres que me rodean. El problema está en mí. En la manera en que ella se ha filtrado en mi mente, en mi piel, en mis venas y en cómo ha derrumbado todo lo que creía inquebrantable.

Nunca pensé que alguien podría derribar mis barreras, pero ella lo ha hecho. Y lo peor de todo es que no sé si quiero detenerla.

Capítulo 1
Natalie

Las puertas de cristal del rascacielos de Cooper Holdings se abren con un leve zumbido, permitiéndome entrar en un vestíbulo de mármol reluciente e impoluto. La luz artificial de las lámparas se refleja en las superficies pulidas, creando un ambiente frío y calculado. Me siento pequeña e insignificante en comparación con la magnitud del edificio y la gente que se mueve con confianza a mi alrededor, pero no me permito flaquear. Hoy tengo una gran oportunidad y no pienso desperdiciarla.

Me acerco hasta al mostrador de recepción con paso firme, aunque mi pulso late con fuerza en mis sienes.

—Buenos días, tengo una entrevista con la señora Madison Knight —le digo a la recepcionista con voz clara, esforzándome por sonar segura.

La mujer, que está al otro lado del mostrador, tiene el pelo oscuro y lo lleva recogido en un moño tenso. Está concentrada tecleando en su ordenador antes de alzar la vista y posarla en mí.

—Puede tomar el ascensor a la penúltima planta. La señora Madison Knight la está esperando en el despacho que hay a la derecha —me indica con tono profesional y una sonrisa estudiada.

Agradezco con una leve inclinación de cabeza y me dirijo hacia el ascensor, sintiendo el

peso de mi futuro en cada paso que doy sobre el reluciente mármol que tengo bajo mis pies. Cuando las puertas se cierran tras de mí y el ascensor comienza su ascenso, respiro hondo, intentando calmar mis nervios. Sé que esta es solo una entrevista, pero puede cambiarlo todo, mi presente y mi futuro.

Al llegar a la planta indicada, un pasillo amplio y silencioso se abre ante mí. Las paredes están adornadas con cuadros modernos, de esos que valen una fortuna, pero que no transmiten nada. Respiro hondo una última vez antes de golpear la puerta de la oficina a la derecha del ascensor.

—Adelante —escucho que una voz de mujer firme y profesional me habla desde el otro lado de la puerta.

Abro la puerta y entro al despacho. La estancia me parece tan fría e impersonal como el resto del edificio. Madison Knight está sentada tras un escritorio de cristal, con un bloc de notas abierto frente a ella y veo que me observa con una mirada analítica, como si ya estuviera juzgando si merezco este puesto o no.

—Señorita Williams, tome asiento —dice sin perder un segundo.

Me siento con la espalda recta, cruzando las piernas con elegancia, pero sin parecer demasiado rígida. Quiero transmitir seguridad, aunque por dentro esté hecha un manojo de nervios.

—Soy Madison Knight la responsable del departamento de Recursos Humanos de Cooper Holdings. Antes de empezar, quiero dejar claro algo —su tono es neutral, aunque cada palabra que dice me parece que tiene una intención y está totalmente estudiada—. El puesto de trabajo al que usted quiere aspirar, no es uno cualquiera. No estamos buscando a una secretaria, ni a una simple asistente administrativa. Trabajar para el señor Cooper como su asistente personal requiere que usted tenga absoluta disponibilidad, una lealtad inquebrantable y una capacidad de adaptación total. El señor Cooper es un hombre muy exigente, frío y meticuloso. No tolera los errores ni las excusas. Sabiendo esto ¿continúa interesada en el puesto?

Su mirada me atraviesa y debo tragar saliva con disimulo. Pero he llegado hasta esta ciudad buscando comenzar de cero, estoy convencida de que este trabajo puede darme justo lo que necesito.

—Sí, por supuesto que sigo interesada —respondo con firmeza.

La señora Knight asiente levemente y toma su bolígrafo para comenzar con la entrevista.

—Perfecto. Empecemos, entonces, hablando de su experiencia profesional.

Le hablo de mis trabajos anteriores, de mis habilidades en la organización y de mi capacidad para trabajar bajo presión. Intento que mi voz suene tranquila, clara y segura, aunque la suya sigue siendo imperturbable y yo estoy hecha un manojo de nervios.

Después de unos minutos de preguntas rutinarias, cambia el tono.

—Ahora quiero que me hable de su vida personal.

Parpadeo. No esperaba esto. La mayoría de las entrevistas se centran en las habilidades laborales, pero esto... es totalmente nuevo para mí.

—¿Mi vida personal? —pregunto, intentando ganar tiempo.

—Sí. El señor Cooper necesita conocer a fondo a la persona que estará a su lado día y noche. Su asistente personal no es solo una empleada más. Debe ser alguien en quien confíe plenamente. Dígame, ¿vive sola?

Al escucharla no puedo evitar morderme el labio inferior, aunque intento evitarlo simulando que me aclaro la garganta con una leve tos.

—No. Vivo en Brooklyn, con dos compañeras de piso.

—¿Tiene pareja?

—No.

—¿Última relación?

No quiero hablar de Mike, porque me he esforzado en no volver a recordar su manipulación, sus mentiras y en lo difícil que fue salir de aquella relación. Pero Madison Knight no parece el tipo de persona a la que pueda darle una respuesta vaga.

—Terminé una relación hace un tiempo —le contesto, midiendo mis palabras.

—¿Por qué?

Respiro hondo antes de hablar.

—Era una relación tóxica, por lo que decidí marcharme de Chicago, la ciudad donde nací, y empezar de nuevo aquí en Nueva York.

Madison asiente, como si eso confirmara algo que ya sospechaba. No sé qué pensar de eso, pero sigo adelante.

—Muy bien. Pasemos a otro punto. Necesito sus tallas de ropa, sujetador y calzado.

—¿Perdón? —le pregunto notando cómo me ruborizo de inmediato.

—El señor Cooper asiste a numerosos eventos y espera que su asistente luzca impecable en cada uno de ellos. La empresa se encargará de proporcionarle el vestuario adecuado. Es un requisito. Por eso necesito saber sus tallas.

Mi primer instinto es negarme, pero me contengo. Sé que este mundo funciona con reglas distintas y si quiero este trabajo, debo aceptarlas. Así que le proporciono la información que me pide, aunque me siento algo incómoda, pero estoy decidida a conseguir este puesto y nada me va a frenar en mi intento.

—Perfecto —me dice, anotando todo con rapidez—. Ahora, el último requisito.

—¿Cuál es?

—El señor Cooper quiere ver fotografías suyas antes de tomar una decisión.

En ese momento, siento que el suelo se tambalea bajo mis pies.

—¿Fotografías? —repito notando cómo me sonrojo aún más que antes.

—Sí. No se preocupe, no es nada inapropiado —añade sin perder la compostura—. Solo quiere asegurarse de que su presencia es acorde a lo que espera de su asistente. No es solo una cuestión de atractivo, sino de imagen. Debe desenvolverse en entornos donde la apariencia es clave.

Quiero protestar y decir que esto no es justo. Pero este trabajo es demasiado importante como para rechazarlo por algo así.

—Está bien —digo al fin, sin apartar la mirada de ella.

Madison se levanta y saca su móvil.

—Póngase de pie frente a la pared. Relájese y mire a la cámara.

Obedezco, sintiéndome ridícula. No sé cómo saldré en estas fotos, pero lo único en lo que pienso es que Lucke Cooper las verá. ¿Qué pensará de mí? ¿Le pareceré adecuada? ¿O pasaré desapercibida como una aspirante más?

Después de tomar varias imágenes, Madison guarda el móvil y regresa a su escritorio.

—Eso es todo, señorita Williams. En unas horas recibirá noticias nuestras.

—Perfecto, muchas gracias —le digo al levantarme de la silla, mientras siento como el corazón me late con fuerza. Tomo mi bolso y me dirijo hacia la puerta. Pero antes de salir del despacho, Madison me dice con su tono impasible:

—Señorita Williams. Estoy segura de que será una candidata interesante para el señor Cooper.

Al escucharla, no sé si sentirme aliviada o aterrada y lo único que se me ocurre en ese

momento es dibujar una sonrisa en mis labios y salgo de la oficina con una sensación extraña en el estómago.

Si todo va bien, pronto estaré trabajando para Lucke Cooper. Y tengo la sensación de que mi vida está a punto de cambiar de una forma que no soy capaz ni de imaginar.

Capítulo 2
Natalie

El traqueteo del metro resuena en mis oídos mientras apoyo la cabeza contra la ventanilla. El reflejo difuso de mi cara en el cristal se mezcla con las luces intermitentes del túnel y, por un momento, cierro los ojos e intento ordenar mis pensamientos. La entrevista ha sido más extraña de lo que imaginaba. No sé si he pasado una prueba laboral o una evaluación para entrar en un club selecto de la alta sociedad. Sus preguntas han sido frías y meticulosas, como si estuvieran escogiendo algo más que una simple asistente personal. Me remuevo en mi asiento, inquieta. ¿Por qué ha sido tan importante conocer detalles de mi vida privada? ¿Era necesario tomarme fotografías? ¿Y saber la talla de sujetador? No sé, tengo la sensación de que, si finalmente el puesto acaba siendo mío, el señor Cooper va a ser más un enigma que un jefe corriente.

Cuando el metro llega a mi parada, me levanto y me abro paso entre la multitud. Brooklyn me recibe con un abrazo más cálido que el de Manhattan, con sus edificios viejos y su caos cotidiano.

Tengo la sensación de que a este lado del puente de Brooklyn nadie se preocupa tanto de las apariencias, ni se mueve con la perfección calculada que reina en Manhattan. Subo las escaleras de la estación y en cuanto piso la acera, me envuelve la sensación familiar de estar en casa. Este barrio con sus fachadas desgastadas y sus cafeterías con aroma a especias es un refugio del que no quiero desprenderme a pesar de que hace apenas unas semanas que llegué desde Chicago,

En el edificio donde vivo no hay portero ni ascensor, pero tiene algo mejor: Hellen y Everly. Mis compañeras de piso, a quienes hace poco que conozco, pero que día a día se han ido convirtiendo en dos buenas amigas. Abro la puerta de nuestro apartamento y en cuanto la cruzo, el olor a té caliente me rodea.

—¡Mira quién ha vuelto! —exclama Hellen desde el sofá, con las piernas recogidas bajo una manta.

Everly, que está en la cocina, asoma la cabeza con una taza en la mano.

—¿Y bien? —pregunta con curiosidad—. ¿Cómo ha ido?

Dejo mi bolso sobre la mesa del pequeño comedor, que también nos hace de salón, y me dejo caer en el sofá con un suspiro largo.

—Ha sido... intensa. Extraña. Siento que, en lugar de una entrevista de trabajo, me han escaneado por completo.

Hellen se incorpora de golpe.

—¿Extraña en qué sentido? No me digas que te han hecho firmar un contrato de confidencialidad antes de preguntarte si eres capaz de coger llamadas.

Suelto una risa sin ganas al escucharla.

—Casi. Me han preguntado de todo: si tengo pareja, por qué terminé mi última relación, incluso mis tallas de ropa. Supuestamente porque necesitan asegurarse de que mi imagen encaja

con la empresa, pero ha sido... raro.

Everly frunce el ceño.

—Eso no es normal.

Hellen, en cambio, suelta una carcajada.

—¡Madre mía! Parece que tu futuro jefe quiere asegurarse de que no solo sabes archivar documentos, sino que también puede lucirte y presumir de asistente en sus eventos. ¿Te han pedido un certificado médico también?

—No digas tonterías —respondo, rodando los ojos—. Es parte del trabajo. Tengo que acompañarle a eventos y vestir acorde a la ocasión. Nada fuera de lo común en su mundo de multimillonarios.

Everly sigue sin parecer convencida.

—Yo no me fiaría tanto. Los hombres como él no suelen fijarse en nadie sin un motivo.

—No voy a salir con él —respondo, sacudiendo la cabeza—. Es mi jefe, no un candidato a novio. Y, además, ¿sabéis cómo lo llaman?

—¿Cómo? —pregunta Everly con los ojos muy abiertos.

—¡El hombre de hielo! Así que dudo que le interese algo más que no sea su trabajo y su imperio empresarial.

Hellen me mira con una sonrisa burlona.

—Esa es precisamente la clase de hombres con los que terminas enredada antes de darte cuenta.

—Basta ya —protesto, lanzándole un cojín—. Solo quiero el trabajo y nada más.

Everly se sienta a mi lado y deja su taza sobre la pequeña mesa, que tenemos frente al sofá.

—¿Cuándo te dirán algo?

—No lo sé. Imagino que pronto.

Como si lo hubiera invocado, en ese mismo momento, mi móvil vibra dentro de mi bolso. Me abalanzo sobre él y lo saco. Al ver el número de Cooper Holdings en mi teléfono, un escalofrío me recorre la espalda. Trago saliva y mis amigas me observan expectantes.

—Cógelo ya —susurra Hellen, con impaciencia y yo respiro hondo antes de deslizar el dedo por la pantalla.

—¿Sí?

—Señorita Williams, soy Madison Knight —su tono es igual de impasible que en la entrevista—. Le llamo para informarle de que ha sido seleccionada para el puesto de asistente personal del señor Cooper. Su perfil le ha parecido adecuado y espera que se incorpore el próximo lunes a las nueve en punto.

Mi corazón da un brinco al escuchar lo que me está diciendo.

—¿El lunes? Sí… sí, por supuesto. Muchas gracias.

—Nos vemos entonces.

La llamada se corta antes de que pueda reaccionar y yo me quedo con el móvil en la mano y sin ser capaz de articular palabra.

—¿Y bien? —pregunta Hellen con impaciencia.

Levanto la mirada.

—Tengo el trabajo —les cuento incrédula aún.

Un grito de júbilo llena el salón. Hellen y Everly saltan sobre mí, abrazándome entre risas y palmadas en la espalda.

—¡Esto hay que celebrarlo! —declara Everly, corriendo a la cocina—. No tenemos

champán, pero tenemos *limoncello*. Y es lo único con alcohol que hay en casa.

—Dame lo que sea —le respondo divertida aún intentando asimilarlo todo.

Everly regresa con la botella y tres pequeños vasos. Nos sirve los chupitos y Hellen levanta el suyo con una sonrisa traviesa.

—¡Por tu nuevo trabajo! ¡Por el hombre de hielo y por los trajes caros que te van a regalar!

Las tres nos reímos mientras chocamos los vasos y bebemos de golpe. El *limoncello* nos quema la garganta y nos hace apretar los ojos al tragar, pero la risa es inevitable. Justo después, divertidas y con el alcohol corriendo por nuestro estómago, nos dejamos caer en el sofá y ponemos *Friends* en la tele. Una serie que, a pesar de que todas la hemos visto, nos encanta volver a ver una y otra vez. Poco después, las risas enlatadas llenan el salón mientras intento relajarme, pero mi mente sigue dándole vueltas a la conversación con Madison. «Al señor Cooper le ha gustado mucho su perfil».

Pero ¿qué ha visto en mí? ¿De verdad cree que soy la persona adecuada para este trabajo, o hay algo más?

Me abrazo a un cojín y miro la pantalla, pero apenas sigo la trama, mi cabeza vuela y vuela dando vueltas una y otra vez al cambio que estoy a punto de vivir. Sé que mi vida cambiará el lunes, y siento un hormigueo en el estómago que no sé si es emoción o miedo.

Si realmente Lucke Cooper es tan frío y exigente como dicen, ¿cómo será trabajar para él?

No tengo la respuesta, pero en cuatro días lo descubriré.

Capítulo 3
Natalie

El domingo por la noche, el apartamento está en silencio. Hellen y Everly se han ido a dormir hace rato, pero yo sigo despierta, de pie frente al armario abierto, pensando qué ponerme mañana lunes. No tengo todavía la ropa que Madison Knight dijo que me proporcionarían, así que debo apañármelas con lo que tengo.

Lanzo un suspiro y deslizo los dedos por las perchas hasta dar con un vestido negro de corte formal, sencillo y sin adornos innecesarios. Lo cojo y me lo pongo por encima y me miro al espejo. Sí, sin duda es la mejor opción para mi primer día. No quiero llamar la atención con algo demasiado atrevido, ni tampoco dar una impresión equivocada. Me obligo a respirar hondo mientras lo cuelgo en la percha que tengo detrás de la puerta y busco unos zapatos a juego. Entre todos los que tengo, elijo unos tacones negros de altura moderada que yo creo que son suficientemente elegantes y formales. Me detengo un instante y evalúo qué complementos podrían encajar mejor. Algo discreto, profesional, por lo que opto por unos pequeños pendientes de plata, una gargantilla también plateada y un reloj sencillo.

Mientras decido si llevar alguna pulsera o no, me miro en el espejo y mi reflejo me devuelve la imagen de alguien que aún se siente fuera de lugar en esta ciudad. Nueva York es un gigante que me traga entera, pero también es mi oportunidad para empezar de nuevo, así que no puedo desaprovecharla. Este puesto en Cooper Holdings, no es solo el trabajo, es la posibilidad de dejar pagadas las deudas que Micke dejó a mi nombre y que todavía pesan como una losa sobre mis hombros.

Aprieto los labios al recordar el momento en que descubrí la traición de mi ex novio. Su

ludopatía era algo que ignoré durante demasiado tiempo, creí una a una todas sus mentiras, aunque lo peor no fue eso. Lo peor fue abrir el buzón y encontrar cartas de bancos reclamando pagos de créditos que yo nunca había solicitado. Cientos de dólares que él pidió con mi nombre y mi firma falsificada. Y cuando intenté hacerle ver que estaba destruyéndome, se rió en mi cara. «No te pongas así, ya lo arreglaré», me dijo con ese descaro que ahora me revuelve el estómago.

No. No quiero seguir recordándolo. No quiero que su sombra me persiga aquí también. Cierro los ojos un instante y me obligo a centrarme en lo que tengo delante. Mi nuevo trabajo es la oportunidad, que el destino me brinda, de ganar suficiente dinero para saldar las deudas y ser libre de una vez. Lucke Cooper puede ser el jefe más exigente del planeta, pero si eso significa estabilidad y sanear mis cuentas, lo aceptaré.

Me aparto del espejo y reviso mi bolso, asegurándome de que llevo todo lo necesario. Llaves, móvil, una libreta pequeña, un bolígrafo y mi monedero. Mañana quiero llegar puntual, demostrar que sé lo que hago. No me puedo permitir ni un error, por pequeño que sea.

Me siento en la cama y repaso mentalmente la ruta que haré mañana por la mañana para llegar con tiempo de sobra. Primero cogeré el metro hasta Manhattan y después daré un corto paseo hasta Cooper Holdings. No hay margen para imprevistos me digo y un enorrme bostezo me sorprende. Son casi las doce y estoy cansada, aunque mi mente sigue despierta. Así que me levanto de la cama y vuelvo a mirarme en el espejo. Me observo con detenimiento. Este trabajo no solo es sinónimo de un buen sueldo a final de mes, también es una prueba para demostrarme a mí misma que soy capaz de sobrevivir en esta ciudad. Que soy más fuerte de lo que Mike me hizo creer y que puedo ser independiente. Vuelvo a bostezar. Estoy muy cansada, así que lanzo un hondo suspiro y apago la luz del dormitorio. Me meto en la cama y miro el techo en la penumbra que me proporciona la pequeña luz de la mesita de noche. Me pongo de lado y me arropo mientras pienso en la oficina de Cooper Holdings, en Madison Knight con su expresión imperturbable y en Lucke Cooper, el hombre de hielo del que todo el mundo habla… ¿Será tan intimidante como dicen? ¿O simplemente será alguien obsesionado con el control? No tengo respuestas para mis preguntas, aunque tampoco me sirve de nada que me obsesione con darles una respuesta ahora.

Antes de apagar la luz de la mesita de noche, vuelvo a mirar el vestido colgado en la percha de detrás de la puerta. Es solo ropa, pero siento que elegirlo ha sido el primer paso hacia esta nueva etapa de mi vida que ansío comenzar.

«Mañana lunes será el primer día del resto de mi vida», me digo antes de cerrar los ojos y dejarme llevar por el cansancio que invade mi cuerpo.

¡¡¡Hazte con él durante la preventa al 50%!!!

Continúa leyendo aquí:



Encuentra aquí otras novelas de la autora



Encuentra aquí otras novelas de la autora

https://www.amazon.com/~/e/B09S6473S5